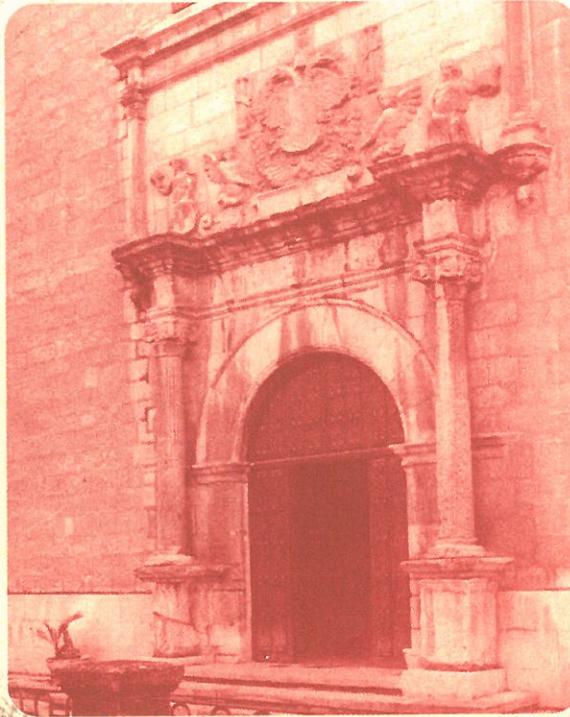
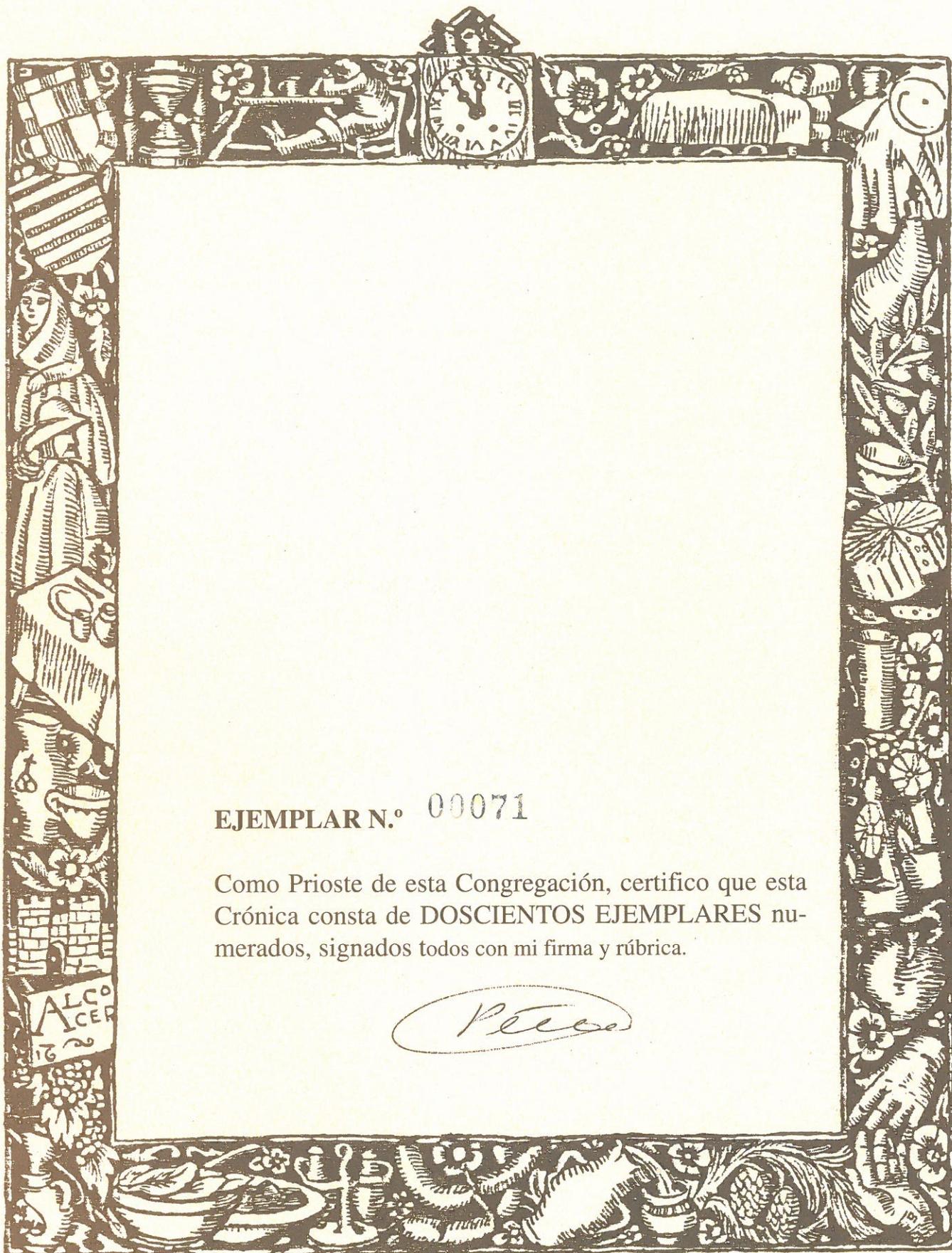


CRÓNICA DE LA "CENA JOCOSA"
2006



Kayser

AMIGOS DE SAN ANTÓN
JAÉN



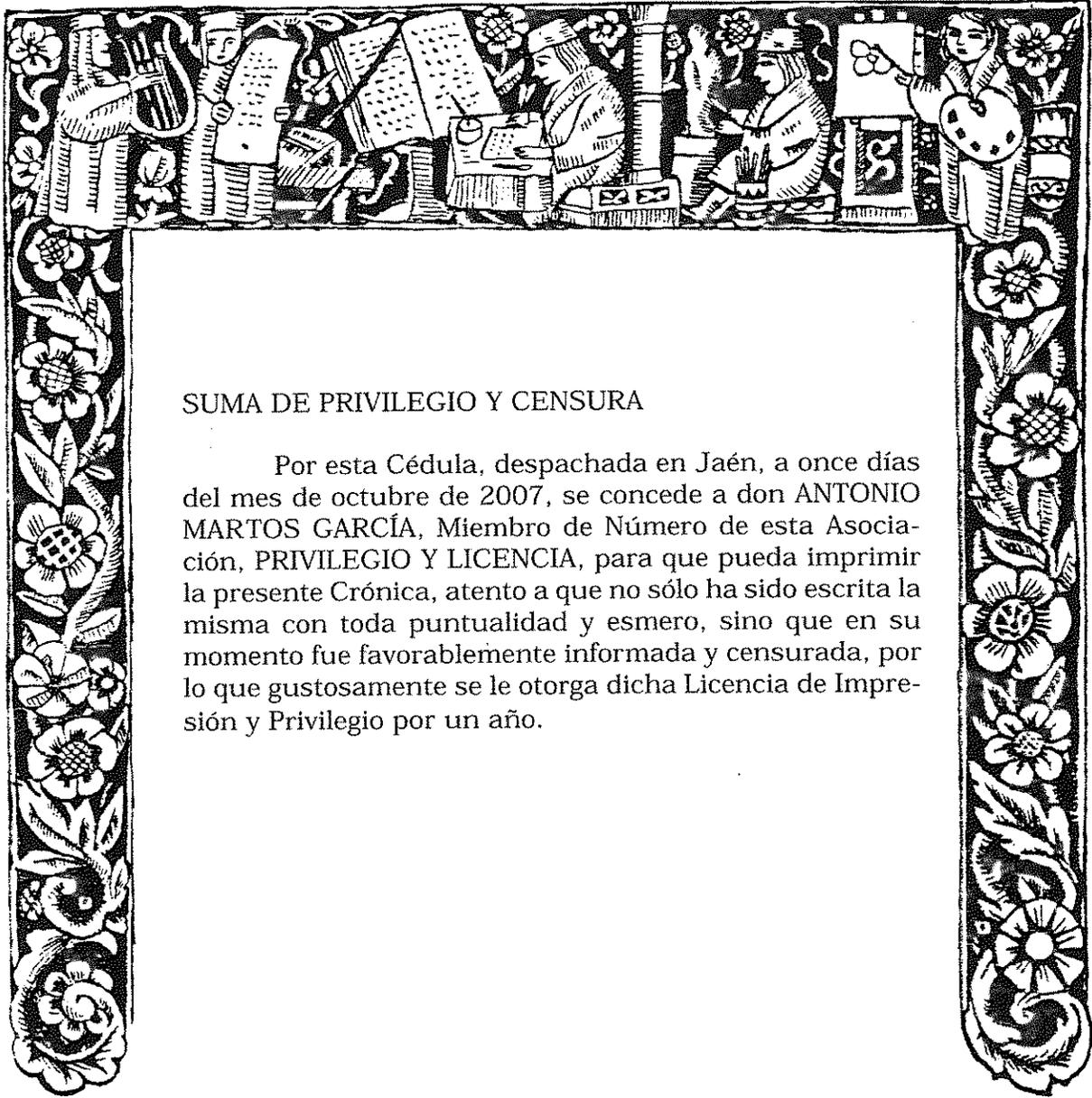
EJEMPLAR N.º 00071

Como Prioste de esta Congregación, certifico que esta Crónica consta de DOSCIENTOS EJEMPLARES numerados, signados todos con mi firma y rúbrica.

Pellico



CRÓNICA
DE UNA MUY FAMOSA
CENA QUE LOS MIEMBROS DE LA
ASOCIACIÓN AMIGOS DE SAN ANTÓN
CELEBRARON EN LA NOCHE DEL
DÍA 25 DE NOVIEMBRE DEL AÑO
DOS MIL SEIS, EN ESTANCIAS
DEL MUSEO PROVINCIAL
DE
JAÉN

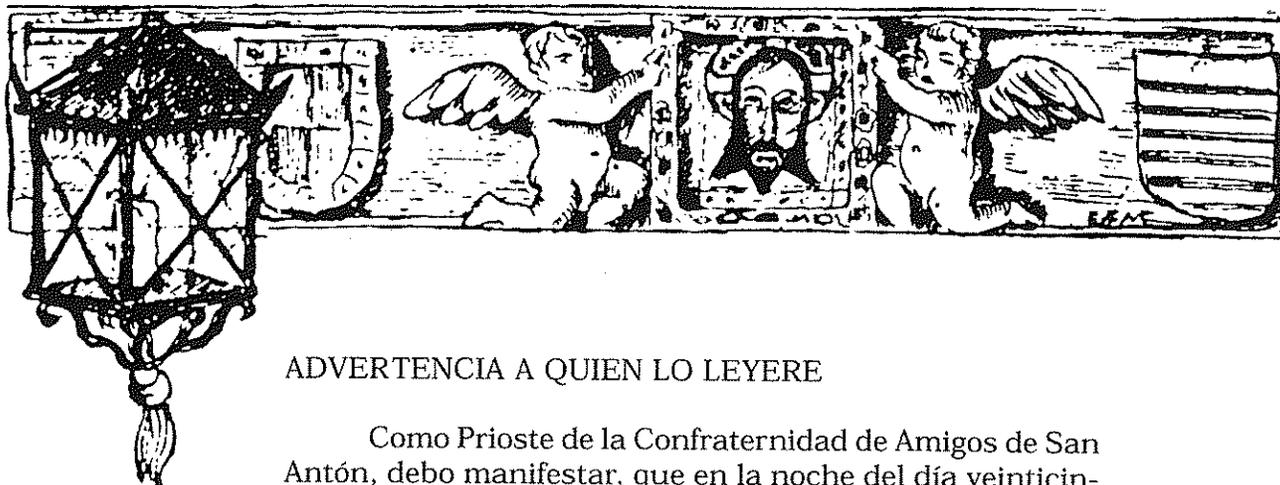


SUMA DE PRIVILEGIO Y CENSURA

Por esta Cédula, despachada en Jaén, a once días del mes de octubre de 2007, se concede a don ANTONIO MARTOS GARCÍA, Miembro de Número de esta Asociación, PRIVILEGIO Y LICENCIA, para que pueda imprimir la presente Crónica, atento a que no sólo ha sido escrita la misma con toda puntualidad y esmero, sino que en su momento fue favorablemente informada y censurada, por lo que gustosamente se le otorga dicha Licencia de Impresión y Privilegio por un año.

SUMA DE TASA

Tasaron los señores de la Confraternidad esta CRÓNICA en.....reales de vellón por página, lo que hace.....reales por ejemplar, según más largamente consta por certificación expedida por el Sr. Administrador de Caudales de la dicha Confraternidad de «Amigos de San Antón», el día 26 de octubre del año 2007.



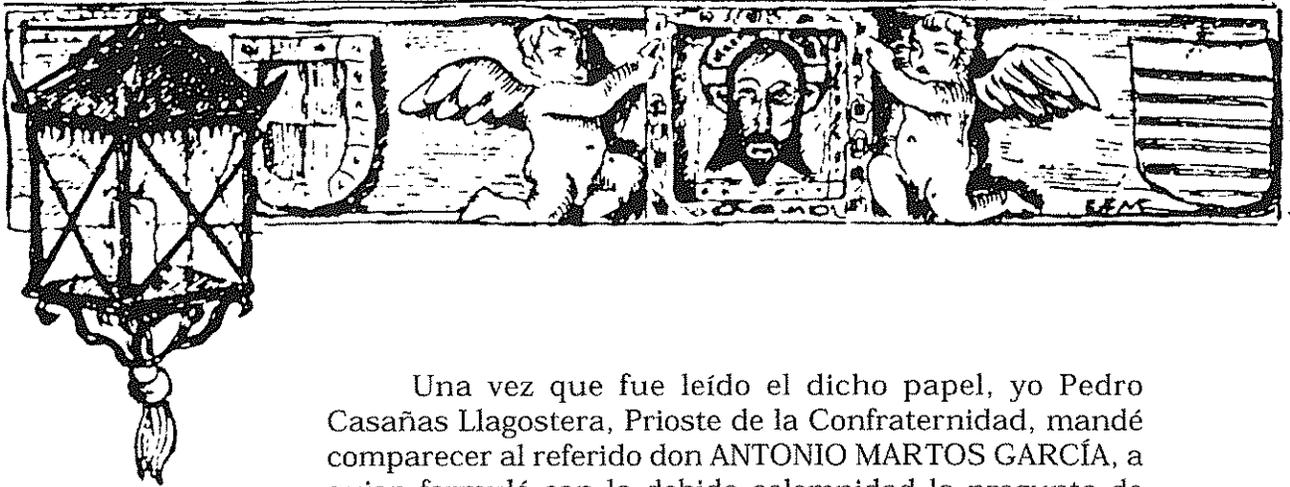
ADVERTENCIA A QUIEN LO LEYERE

Como Prioste de la Confraternidad de Amigos de San Antón, debo manifestar, que en la noche del día veinticinco de noviembre del año dos mil seis, pasado que había sido el toque de ánimas y estando reunida la dicha Confraternidad, así de Miembros de Número como de Honor, en estancias nobles del Museo Provincial de Jaén, leí cierto papel cuyo contenido era del tenor siguiente:

«Notorio y manifiesto sea a los aquí presentes, cómo la Asociación Amigos de San Antón, estando junta y congregada, como lo hace de uso y costumbre para tratar y conferir de las cosas tocantes a la utilidad de la Confraternidad, el día diez de octubre del año 2006, en la estancia alta del Arco de San Lorenzo de Jaén, entre otras disposiciones y acuerdos se adoptó el siguiente:

«Vistas y examinadas cuidadosamente las circunstancias que concurren en el muy honorable señor don ANTONIO MARTOS GARCÍA, Miembro de Número de la Asociación, con sentimiento unánime se conviene en que se le comunique el deseo de que sea el Cronista o Relator del desarrollo y pormenores de nuestra Cena Jocosa o de Santa Catalina del año 2006, que habrá de tener lugar en la noche del día veinticinco de noviembre que vendrá, debiendo ser esta Crónica, fiel reflejo de todo cuanto en ella aconteciere, a fin de que por la misma se deje constancia fidedigna a la posteridad».

Dado en Jaén a 10 de octubre de 2006.



Una vez que fue leído el dicho papel, yo Pedro Casañas Llagostera, Prioste de la Confraternidad, mandé comparecer al referido don ANTONIO MARTOS GARCÍA, a quien formulé con la debida solemnidad la pregunta de rigor:

— Muy honorable señor don ANTONIO MARTOS GARCÍA, ¿sois conforme en redactar fiel y cumplida Crónica de todas cuantas cosas viéreis y oyéreis durante el desarrollo de esta Cena de Santa Catalina del año 2006?

A lo que atentamente respondió el referido don ANTONIO MARTOS GARCÍA:

— Sí, lo soy.

A lo que yo como Prioste manifestele:

— Complacidos agradecemos esta aceptación, encareciéndoos y exhortándoos a que sin demora ni dilación alguna os iniciéis en el encargo, entregándoos para ello el correspondiente Recado de Escribir.

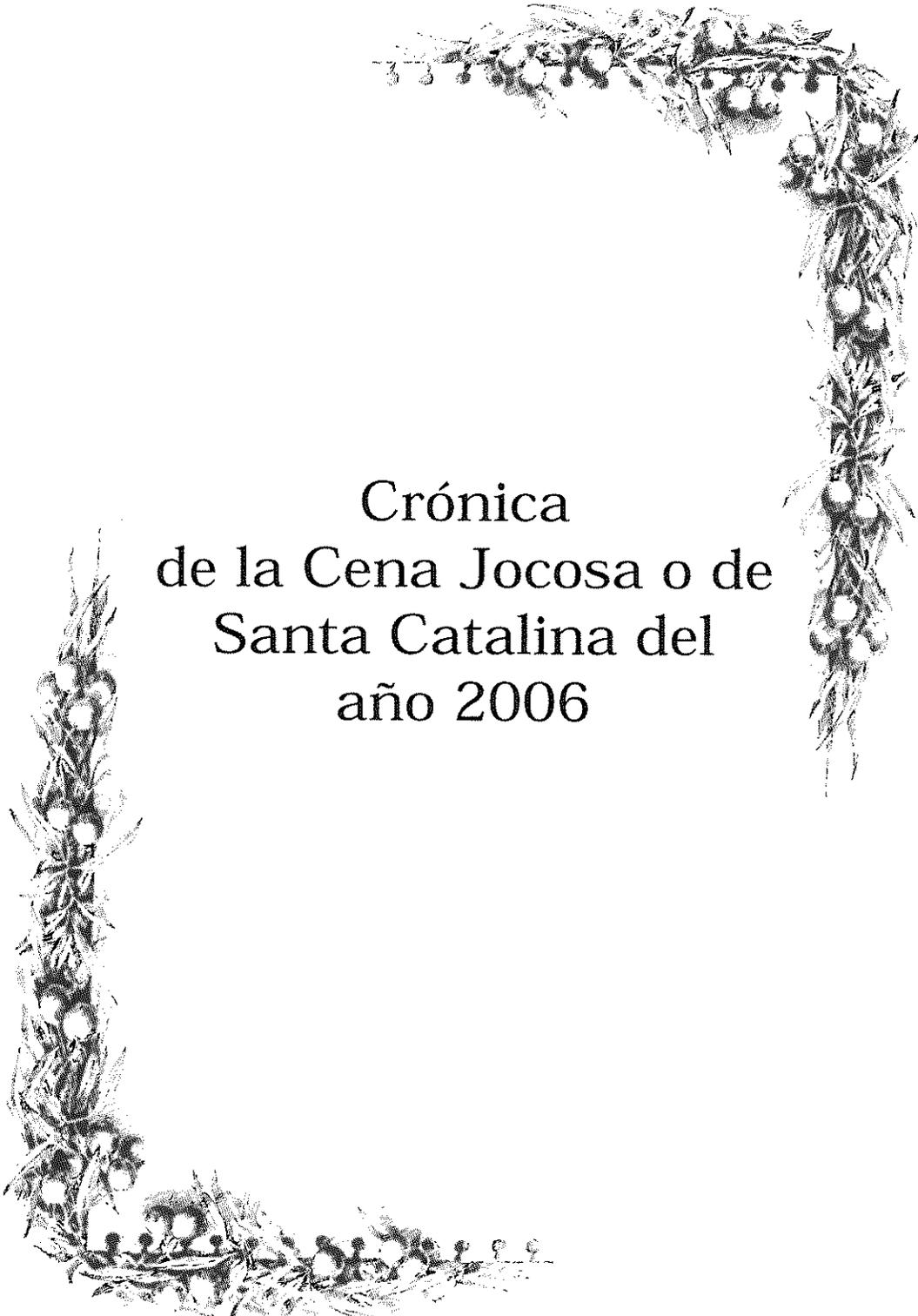
Aceptó el dicho don ANTONIO MARTOS GARCÍA, el Recado de Escribir del mejor grado, recibiendo con él las noragüenas y parabienes de todos los presentes.

Y por ser de utilidad, yo, el dicho Prioste, pongo aquí testimonio de ello para conocimiento de quien leyere.



ASISTENTES A LA CENA

Juan Antonio López Cordero.- Miguel Calvo Morillo.- Juan Enrique Espinilla Lavín.- Pedro Casañas Llagostera.- Francisco Cano Ramiro.- Juan Higuera Maldonado.- Ángel Aponte Marín.- Ignacio Ahumada Lara.- Antonio Martos García.- Ángel Viedma Guzmán.- Pedro Jiménez Cavallé.- María José Sánchez Lozano.- Antonio Casañas Llagostera.- José María Pardo Crespo.- María Isabel Sancho Rodríguez.- Pilar Sicilia de Miguel.- Pedro Alejandro Ruiz Ortiz.- Pedro Cruz Casado.- José Rodríguez Molina.- Manuel López Pérez.- Vicente Oya Rodríguez.- Pedro Antonio Galera Andreu.- Julio Puga Romero.- Juan Cuevas Mata.- José García García.- Luis Coronas Tejada.- Arturo Vargas-Machuca Caballero.- Rufino Almansa Tallante.- Alfonso Parras Vilchez.- José Luis Chicharro Chamorro y José Casañas Llagostera.



Crónica
de la Cena Jocosa o de
Santa Catalina del
año 2006



Fachada del Museo Provincial de Jaén

Parte primera

Donde el cronista «In Péctore», aflora recuerdos y expresa sus miedos.

Amable y sufrido lector: has de saber que una fría mañana de noviembre, de hace 29 años, mientras esperaba celebrar entrevista con el propietario de un supermercado sito en la Avda. de Andalucía, para tratar sobre la instalación de aire acondicionado en su establecimiento me puse a ojear de forma un tanto distraída un ejemplar del periódico Jaén que había sobre el mostrador.

Llamó mi atención la reseña de una cena que un grupo de amigos, acogidos bajo la denominación de «Amigos de San Antón» y coincidiendo con el aniversario de otra cena celebrada en honor de Don Alfredo Cazabán, habían ofrecido a un grupo de personas que se habían distinguido por sus aportaciones culturales que, al tiempo de enaltecer a nuestra tierra, la dieron a conocer fuera de nuestro ámbito, bien mediante escritos donde quedaban reflejados trabajos de investigación, como costumbristas, haciendo revivir nuestro folclore, fundando un «Premio Jaén de piano» que se haría famoso mundialmente, ó efectuando restauraciones de reconocido mérito, en edificios que, prácticamente, habían sido abandonados,

La reseña iba firmada por Vicente Oya y entre los asistentes, a unos los conocía «de vista», otros de oídas, con algunos había mantenido algún tipo de relación y dos eran muy amigos. Juan Castellano y Juan Miguel Jiménez.

Este último era el que tenía más a mano, por lo que me senté frente a él en su mesa de trabajo del Banco Popular y mientras firmaba, punteaba y revisaba documentos bancarios, me fue refiriendo todo cuanto allí aconteció, dejándome boquiabierto de acto tan bello por el que se reconocía, de forma espontánea, el mérito de unos invitados que, a buen seguro, no habían sido tenidos en cuenta por los regidores de nuestra ciudad.

Me dijo que dicho acto había quedado institucionalizado y que a ésta, seguirían otras cenas, a las que se irían sumando incorporaciones de personalidades que, al igual que las primeras, reunieran los necesarios merecimientos.

De tales actos, irían quedando constancia mediante la correspondiente crónica.

Prometiéndome un ejemplar para el próximo año, me separe de él sintiendo una saludable envidia (si es que la envidia es saludable) por la suerte que tenía al haber estado presente en tan señalado evento.

Transcurrido el año y justo al día siguiente de haberse celebrado la cena, Juan Miguel me entregó no uno sino dos ejemplares de la crónica referida a aquella primera celebración. Uno quedó en mi poder, haciendo seguir el otro a mi hermano Pepe que vivía en Granada y del que estaba seguro le gustaría disponer de un ejemplar. A éste, le siguieron otros, por lo que gracias al desprendimiento de Juan Miguel, tengo, desde el primer número, todas las crónicas que, sobre las «cenas jocosas» se han escrito. Igual ocurría con mi hermano.

Aquella primera crónica, para mí magistral, había sido escrita por Manuel López Pérez y a ésta, siguieron otras de igual mérito.

Entretanto, el inquieto Prioste había comenzado a organizar todos los jueves, una tertulia en el Arco de San Lorenzo, a la que me sumé en cuerpo y alma, empapándome de todo cuanto allí se decía.



La inauguró Don Juan Lozano Perales y asistimos seis o siete formando círculo a su alrededor.

De su boca oímos anécdotas referidas a personajes de Jaén, vivimos los carnavales (que muchos no conocíamos) asistimos a épicos partidos de la Olímpica Jiennense y un sin fin de pasajes de nuestra pequeña historia que íbamos asimilando como insaciables esponjas.

A Don Juan Lozano, le siguieron otros y las tertulias derivaron en interesantes conferencias que convirtieron el Arco de San Lorenzo en una especie de «parnasillo» no por la categoría de los conferenciantes, que era y es mucha, sino por la poca capacidad del local, lo que obligó a instalar altavoces en la parte baja para que los que no tenían cabida en donde se celebraba el acto, al menos pudieran seguir la palabra a través de la megafonía.

Todo esto, gracias a la incansable labor de Pedro Casañas, quien con la escasa ayuda que podíamos prestarle, dio comienzo a esta serie de actos que han marcado una impronta en el devenir cultural de Jaén y que aún se siguen celebrando; son los denominados «Jueves del Arco».

Por si fuera poco, la Asociación que él comanda, aprovechando que la lotería que vendíamos, había sido agraciada con el reintegro, que nadie o casi nadie cobró y junto con la impagable ayuda y colaboración de otros que vertieron su saber en interesantes trabajos, muchos de los cuales pertenecéis a esta Confraternidad. La Asociación fundó la revista *Senda de los Huertos*, sugerente título que nos retrotrae a un idílico entorno de un Jaén ya desaparecido. Revista que ha calado entre las gentes que sienten y aman nuestra tierra,

Viví en primera fila todo este trajinar y de forma un tanto tímida, de vez en cuando, procurando no hacerme pesado, preguntaba qué había que hacer para ser admitido en los «Amigos de San Antón».

Unos, poniendo cara de circunstancias, decían que era harto difícil, el bueno del padre Casañas me daba esperanza de entrada tan pronto como supiera «recitar el Credo al revés», lo que se me antojaba, en mis pecadores labios, un tanto irreverente que uno, allá por su tierna infancia, bien que lo sabía recitar con su mijaja de sonsonete, al igual que el Misterio de la Encarnación, conocido por «el fueque» por que empezaba: «Fue que vino...» Sólo Juan Miguel me pedía paciencia, que ya llegaría el día. Y llegó, cuando menos lo podía remusgar.

Una tarde recibí la visita de Juan Castellano, Juan Miguel Jiménez, Luis Armenteros y Pedro Casañas.

Me entregaron un sobre que, según ellos, contenía escrito pidiendo presupuesto de estufas con las que acondicionar el Arco.

Les pedí que eligieran el tipo de estufa para darles el necesario presupuesto, insistiendo ellos en que leyera el contenido del ya citado sobre. Aduje por mi parte que no era necesario, que primero habían de elegir las estufas y en este toma y daca, abrí el sobre, debiendo poner los ojos como platos cuando leí que ¡al fin! había sido admitido en el seno de una Confraternidad, para mí única, y por lo que tanto había suspirado.

Abrazos, por mi parte de agradecimiento, por la de ellos de bienvenida y feliz como niño con zapatos nuevos, nos fuimos a celebrar tan para mí fausto acontecimiento en el «Club de los Monteros», sito en la calle Salsipuedes, con la ingesta de unas frescas cervezas, que la cosa lo merecía.



Casería de «La Vereda»

Debuté como cenacantano en la que se celebró en la casería de «La Vereda», preciosa edificación rural debida a la traza del arquitecto Berges Martínez y a la sazón propiedad de su sobrino Luis Cándido Medina Berges.

Por ausencia del mismo, hizo el ofrecimiento de la casa el confraternal y primo hermano suyo, Luis Berges, quien con gran sentimiento, desgranó recuerdos de su infancia y primera juventud transcurrida en aquellos nemorosos y encantadores parajes bajo la amparadora sombra de sus tíos y el cariño del resto de la familia.

Allí tuvo lugar la para mí imborrable presentación que de Luis Coronas hizo Alfonso Sancho y la contestación de éste, ambas rebosantes de un extraordinario y fino humor.

Fui presentado por Juan Castellano, quien casi me había visto nacer y escuché, arrobado, la poesía y el recitar de Miguel Calvo y Felipe Molina Verdejo.

Recibido como uno más, en ningún momento me sentí extraño y departí con todos como si los hubiera conocido de toda la vida, que así son los miembros que componen esta Confraternidad.

La consabida fotografía, fue hecha en el amplio portal con suelo de olambrilla y paredes decoradas con trofeos de caza. Cuando nos fueron entregadas, vimos que algunos de los asistentes «lucían» sobre sus cabezas desaforadas cornamentas.

Compartí mesa, entre otros, con el bueno de Paco Olivares, quien había sido nombrado cronista de aquella celebración. A partir de ahí, la dicha encomienda se me antojó un tanto complicada.

Tenía el ejemplo viviente de Paco.

Tan pronto como el campanillazo del Prioste imponía silencio, soltaba los cubiertos y, alongando el oído, procuraba no perder sílaba de todo cuanto se dijera.

Si alguno de la mesa hacía en voz baja algún tipo de comentario o manejaba de forma un tanto ruidosa el cubierto, un educado pero perentorio ¡«chist!» nos hacía poner punto en boca o soltar los trebejos cuberteriles,

Observé que, al estar pendiente de todo cuanto allí sucediera, apenas probó bocado, por lo que me atrevo asegurar que el buen amigo Paco pagó una cena de la que apenas disfrutó.

Cuando leí la crónica, comprobé que era fiel reflejo de todo cuanto allí sucedió, con el añadido de una especie de «currículum» de todos los asistentes, que así de pulcro se mostró aquél atento cronista.

Confieso que aquello me marcó.

A la tensión vivida y como añadido, el pergeñar una crónica que esté a la altura de las ya escritas y ahí es donde flaquea el ánimo mejor templado.

He aquí que un grupo de buenos amigos se disponen a celebrar cena y, entre todos, uno queda nombrado como cronista. Es un honor, no cabe duda, pero casi prescindir del condumio, rato de conversación con unos y otros, y escuchar las intervenciones que se van produciendo sin otra preocupación, también tiene su sacrificio.

Es por ello que, a cada nombramiento de cronista al que he asistido, le apuntaba al «agraciado» por lo bajini: «Esta noche no cenas».

Y como la cosa no iba conmigo, alegre como la cigarra del cuento iba viendo pasar cronistas, sintiendo hacia ellos una pizca de lástima por lo que se iban a perder y curiosidad de cómo enfocarían la correspondiente crónica.

Que nunca hasta entonces, tuve adivinación ó presciencia de que algún día me pudiera ocurrir,

Y hete aquí que, unos días antes de celebrarse la cena correspondiente al año pasado, el Prioste, de forma «distráida» me preguntó si yo había sido alguna vez cronista ¡cómo si él no lo supiera!

El pardillo que llevo dentro, contestó con humildad que nunca había ejercido tan honroso cargo.

Prometió someterlo a la aprobación reglamentaria, dejando al que esto relata un punto preocupado, por no decir atemorizado.

Acudieron a mi mente prácticamente en tropel, todas las crónicas de las que tenía recordación, unas más bellas, otras menos, pero todas interesantes y me vi impotente de poder quedar siquiera a media-
na altura de la peor escrita (si es que alguna merece tal calificativo).

Me confortó el pensar que aún quedaba tiempo, algo más de un año, y en tan dilatado periodo pueden pasar muchas cosas, como por ejemplo, padecer de algún «tipo de alifafe» que me permitiera ponerlo como excusa para eludir tan para mí alto compromiso.

Por otra parte, sentí cierto halago de verme convertido en todo un cronista de «Cena Jocosa» y como reconozco que soy un catasalsas, alejé de mí las preocupaciones y encaré de una forma más optimista lo por venir.

Cuando faltaban dos o tres días para la celebración de la citada cena, nuevo sofoco.

El Prioste se deja caer diciendo que es posible que María Soledad Lázaro, que había sido nombrada cronista, no pueda asistir, por lo que tendría que sustituirla.

Se desplomaron sobre mi cabeza todos los palos del sombrero y, junto con Francisco Cano, hice mi particular vía dolorosa, agravada por el mal estado de la calle, levantada por interminables obras, el fallecimiento del muy querido Antonio Martínez Lombardo y la demora en la llegada de María Soledad, a la que cuando vi hizo saltar de gozo mi corazón al compás de mi atribulado ánimo ¡Con qué alegría la saludé!

Y es que, sin prácticamente tiempo para preparar mi encogido ánimo, hubiera quedado como un auténtico majagranzas, tan sólo capaz de hilvanar una descosida faramalla, lo que sin duda hubiera contribuido de forma poderosa, al descaecer del buen nombre de este tipo de crónica.

No acabaron aquí mis cuitas, El Madrid perdió en su campo con el «eterno rival» y en la mesa brillaban por su ausencia el chorizo, la morcilla, las «moradillas» y los «tostaos» que tan necesarios son para dar empaque y sabor al tradicional convite de entrada. En su lugar, unos canapés con apariencia de ser de plástico, cubrían las añoradas ausencias. ¡Antonio, Antonio!, ¿por qué te has jubilado? Hemos quedado huérfanos de tus resucitadores sopicaldos. A tu cocina casera, adiós para siempre. Ahora cenaremos de «catering» que ignoro si es palabra mal sonante o algo que tenga que ver con el yantar, pero desde luego, no es lo mismo.

Parte segunda

Donde el cronista, todavía «In Péctore», se encamina hacia su presentido calvario.

Y llegó el ansiado momento en el que el «Criado Portugués», siguiendo el mandato de su señor Don Lope de Sosa, nos hace llegar misiva indicándonos lugar y fecha donde se ha de celebrar la venidera cena.

Esta carta, que todos esperamos con la natural impaciencia, une, a la citación, la belleza de un lenguaje propio del «Siglo de oro» al que Don Lope recurre para gozo de cuantos la recibimos.

Dice así:

Notorio e manifiesto sea a V.M., cómo ya mediada que va siendo la otoñada de las calendas que corren, llámome mi señor Don Lope e díjome, que mester fuese ir dando aviso e recordanza a los Amigos de señor San Antón, de la cercana verificación de la Cena Jocosa o de Santa Catalina, que en cada un año se apareja en remembranza, de aquella otra cena, que de guisa tan galana e donosa, compusiera el marcial sevillano Baltasar del Alcázar.

Expresóme asimesmo mi señor, su gran contento e satisfacción, al ver como de forma tan continuada e sin falta de año alguno, han venido cumpliendose estos privados e fraternales acaecimientos, e que anotándose hogaño la cota que marca su veintinueve edición, se establece lo que en buena ley dijérase ser, añejo e memorable acaecer en el devenir cultural de esta noble e famosa ciudad.

Muy laboriosas e cumplidas diligencias hubo de practicar mi señor, a fin de hacer prevención conveniente e satisfactorio acomodo, para que se pueda evocar un año mas este singular rito, empeño cumplido e alcanzado, merced e beneficio conseguido por prodigalidad e muy buena obra, de la Ilma. Sra. Dña. Francisca Company Manzano. Delegada Provincial de Cultura, que puso su mejor disposición en ello.

Sepa pues V. M. en consecuencia, que pasado que sea el toque de ánimas (8,30 de la tarde), del sábado día veinticinco de noviembre que vendrá, ha de tener escena, velada tan deleitosa como debe ser la Cena Jocosa del año dos mil e seis, en estancias principales que al afecto se disponen, en el Museo Provincial de Jaén, núcleo cultural que con muy buen tino gobierna don José Luis Chicharro Chamorro.

E como esta carta por vos leída fuese, quede V. M. notificado dello, demandando hagais e cumplais fiel asistencia e non fagades falta por alguna manera, e seades pronto e diligente en ello, que enojo e desasosiego causaria a mi señor el no hacerlo, exhortandoos del mesmo modo, a lo prudente que es facer discretos ayunos ante diem, a fin de dar la cuenta correspondiente del pábulo o sustento que al efecto se adereza.

Dóile este recado de aviso e recordación, pasadas que con las fiestas del señor San Lucas, deste año de gracia que cuenta dos mil e seis, del Nacimiento de Nuestro Salvador Jesucristo.

El Criado Portugués.

Quedo sorprendido del sitio tan particular e insólito y doy en pensar que al Prioste le está pasando lo que a las gallinas viejas de las que, según dicen, dan el mejor caldo y él a medida que avanza en edad, encuentra unos asentamientos que se pudieran calificar de inmejorables para la celebración de nuestro anual encuentro.

Me apresuro a felicitarlo. Jamás hubiera llegado a pensar que un edificio tan emblemático y dedicado a museo, abriera sus puertas para que en su interior pudieran celebrar cena los «Amigos de San Antón».

Llamo a Francisco Cano y quedamos citados para las ocho menos cuarto del día señalado. Es tarde lluviosa, por lo que hay que echar mano del paraguas y, paseando, ponemos proa al museo por la llamada Plaza de la Constitución, más conocida como de «Las Palmeras» o del «Mercado», que el pueblo sabio, ha sabido mantenerse lejos de vaivenes políticos y cambios de nombres interesados.

A la plaza, no le falta de nada. Escalones imprevistos por los que romperse la crisma, baldosas que se levantan regando al que las pisa, jardines, la estatua de Don Bernabé Soriano, monumento al alfarero, fuente luminosa, una especie de balcón por donde otear, una edificación de cristal en forma de pirámide y otra parecida a un vagón que tapa gran parte de la plaza, si ésta es contemplada desde la acera donde en tiempos ¡ay! se levantó el teatro Cervantes.



Plaza del Mercado o de Las Palmeras. (Final de los años cuarenta)

Y sin remedio, viene a las mientes el recuerdo de una plaza limpia de obstáculos, circunvalada de palmeras, el recuerdo a Don Bernabé Soriano en el centro, chiquillería cambiando cromos o tebeos adquiridos en el cercano quiosco de Serrano, ubicado en la misma plaza y por qué no decirlo. Pepe «el largo» descabezando un sueñecito compensatorio de su escaso dormir nocturno, en las gradas del monumento a Don Bernabé.

Plaza pueblerina, si se quiere, pero transmitiendo sosiego.

Enfilamos Roldán y Marín y a su terminación, a través del paso de peatones, encaramos el Paseo de la Estación, margen izquierda conforme se baja, procurando soslayar los «adornos» que de trecho en trecho figuran en el acerado y que, en día de lluvia, tienen toda la pinta de procurar un resbalón seguido de costalada a quien ose poner sus confiadas plantas sobre ellos.

A nuestra derecha, un destrozado Paseo de la Estación convertido en polvorosa pista de carreras con varios carriles, en donde rugen cáfilas de coches provistos de potentes motores a los que ponen freno rojos semáforos, acompañados por el ruidoso petardeo de incontables «motos» que, a toda velocidad, se dirigen a ninguna parte.

No estoy en contra de lo que a muchos, esto les parece progreso, pero calificarlo como «calidad de vida ...».

El todavía non nato cronista, que tuvo la suerte de conocerlo en su estado primitivo, añora aquél llamado (por el pueblo) «Camino de la Estación» por que en ella terminaba, provisto de amplias aceras en sus partes laterales, dos carriles de bajada y subida para el tránsito de vehículos y en el centro, amplio paseo bien dotado de acogedores bancos donde poder descansar, delimitado por artísticas farolas y una frondosa arboleda que, tendiendo un verde toldo, lo protegía del sol.

Y abriéndose como una flor, «la guitarra». Idílico lugar donde entre jardines y espesa arboleda, se levantaba el monumento de «las batallas». Todo destruido para favorecer la circulación rodada, ¿Y de los «andantes» qué?

Sabedor de que existe el delito ecológico, uno se pregunta ¿para cuando el delito al mal gusto urbanístico?

Llegados al edificio que va a acogernos, penetramos por una puerta accesoria que se abre a nuestra derecha. Vamos con la loable intención de echar una mano en el preparar de la mesa, encontrándonos que todo ha sido ya colocado.

En vista de ello, nos pusimos a buscar el sitio donde la sabia mano del Prioste nos había asignado.



«La Guitarra» o Plaza de las Batallas

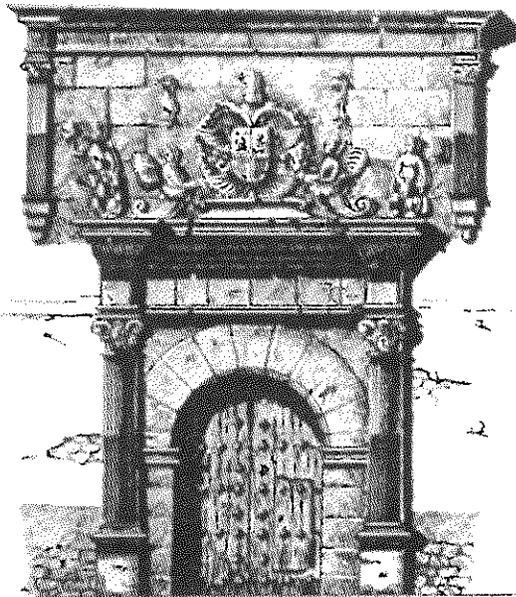
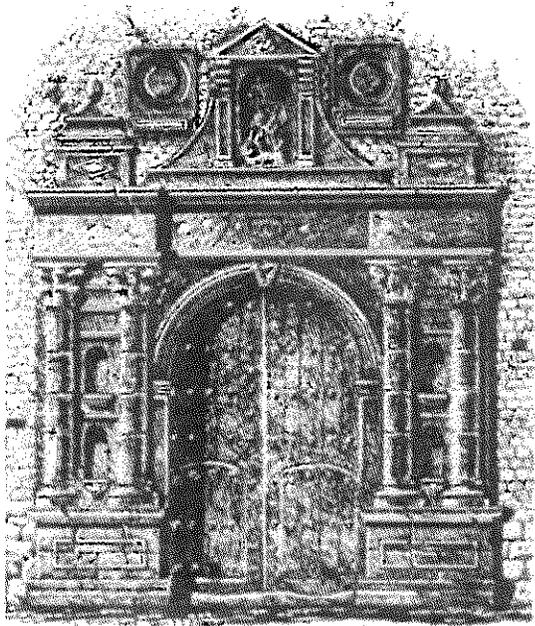
Durante un corto espacio de tiempo, estuvimos solos los tres, hasta que empezaron a llegar confraternos, con los que intercambiar afectuosos saludos y seguir esperando la llegada de otros. Una vez todos juntos, se dio comienzo al tan esperado acto,

El cual, como antes queda dicho, va a tener lugar en el edificio proyectado por Don Antonio Flores Urdapilleta, luciendo en el mismo las portadas que en su día fueron del Pósito y de la iglesia de San Miguel.

Gracias a las gestiones que para ello hizo Don José del Prado y Palacio, a instancias de Don Alfredo Cazabán Laguna por entonces Director del museo que estaba enclavado en los bajos del edificio de la Diputación Provincial.

Acoge muchas obras de arte, sobre todo de arte ibérico, limitándome a dar estas ligeras pinceladas sin ánimo docente por ser de todos vosotros más que conocido, pero he creído oportuno hacerlo para constancia del lugar en que se va a llevar a cabo nuestra celebración.

En mi andariega infancia, lo recuerdo visto desde la altura de la carretera de Córdoba, por su parte trasera, en donde depositada en el suelo, había una escultura de mujer desprovista de cabeza y piedras labradas diseminadas a su alrededor que, juntas, formaban una fuente. Sentados en ellas, soldados del Batallón de Lepanto limpiaban sus botas o simplemente, descansaban al sol.



Portadas de San Miguel y del Pósito, según dibujos de Juan de Dios López.
Años 1914 y 1916

Hoy, esa fuente y la escultura –ya con cabeza– que realizó el escultor Damián Rodríguez Callejón, adornan el patio del edificio de la Diputación Provincial, por lo que habiendo quedado libre de obligaciones castrenses, ha sido dedicado a lo que en un principio se proyectó como museo.

Y es aquí donde por generosa dejación de la Ilma. Sra. Doña Francisca Company Manzano, Delegada Provincial de Cultura, y por la buena disposición que para ello ha mostrado su Director, Don José Luis Chicharro Chamorro, los «Amigos de San Antón» celebran cena la noche del 25 de noviembre de 2006, festividad de Santa Catalina.

Parte tercera

Donde el cronista, ya electivo, deja de ser «In Péctore» y relata, como puede, todo lo que en la dicha cena sucedió.

Sobre las ya preparadas mesas, se empiezan a colocar platos y fuentes conteniendo lonchas de jamón, de queso, almendras, patatas de



Juan A. López
Cordero.
José
Rodríguez
Molina y Juan
Cuevas Mata

Paco y otras menudencias que, entre nosotros, son conocidas como convite de entrada.

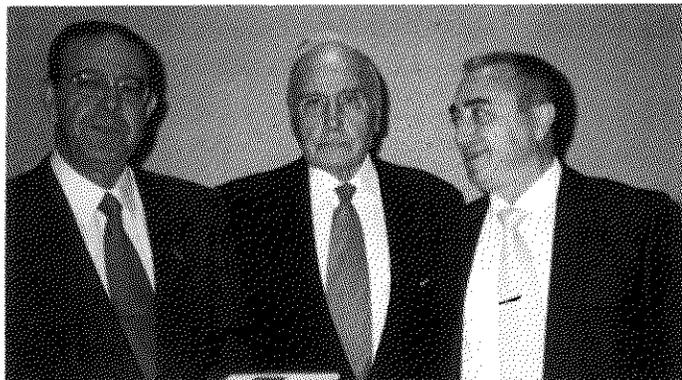
Junto con tales preparativos, la fresca cerveza o la copa de vino, tinto o blanco, qué más da.

Aplicados andábamos en dar lastre a nuestros cuerpos, cuando la campanilla manejada por el Prioste impuso silencio y se da lectura a mi nombramiento como cronista de la

cena que hace 29 de las ya celebradas.

Así se redactó el ya dicho nombramiento

A requerimiento del antes citado Prioste, y de la forma más sosegada que me fue posible, reprimiendo mis miedos, procuré contestar entonadamente (creo yo) el sí de mi conformidad, recibiendo en aquel momento el correspondiente recado de escribir que, de forma ostensible, introduje en un bolsillo, procurando que, con este gesto, la concurrencia



Manuel López Pérez. Julio Puga y Juan Espinilla

entendiera que el fin primordial era gozar de la cena, de la conversación, de la amistad, dejando para la memoria el relato de todo cuanto allí aconteciera.

En unos, ví chispeantes miradas que más o menos venían a decir; «A ver cómo te las apañas. Ha llegado tu San Martín». En otros, con media sonrisa que se podía interpretar como: «Esta noche no cenas» o

bien; «Donde las dan las toman», en tanto que, con gestos, procuraba hacerles llegar mi decisión de dedicarme en cuerpo y alma a la cena y después ya veremos, lo que no deja de ser una insensatez por parte de un cronista que ha de relatar un evento que tiene lugar una sola vez al año y de tanta importancia.

Con este proceder, dejé de gulumear por los corrillos que se forman, pero como antes queda dicho, quería disfrutar de la cena.



El confraternal José María Pardo, portando en una mano un trozo de queso, atravesó la estancia para, abrazándome, darme la enhorabuena por mi nombramiento. Se lo agradezco con toda el alma. El ya lo fue, pero como es sabio, le endilgó la tarea a un entrometido gato que relató –por cierto, muy bien– a otros congéneres lo sucedido en la cena celebrada en el edificio de la Cámara de Comercio antes de su remodelación.

M^a José Sánchez.
Pedro Galera
y José Luis Chicharro

Así, los lectores de aquella crónica supieron, a través del relato de este gato, lo ocurrido, pero José Mari quedó exento de responsabilidad. Yo no tengo esa salida, por lo que he de apechugar con un compromiso honroso, sí, pero no buscado.



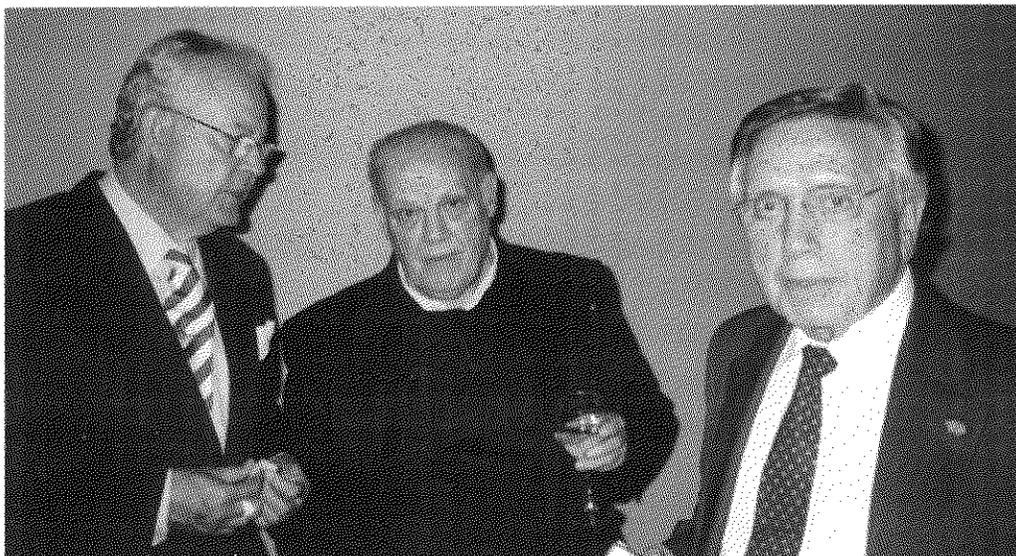
Después del nombramiento, vuelta a la normalidad de ir «picando» junto a Arturo Vargas-Machuca con el que prácticamente pasé toda la velada, ya que hasta fuimos compañeros de mesa. El uno junto al otro.

Miguel Calvo.
Arturo Vargas
y Pedro Cruz

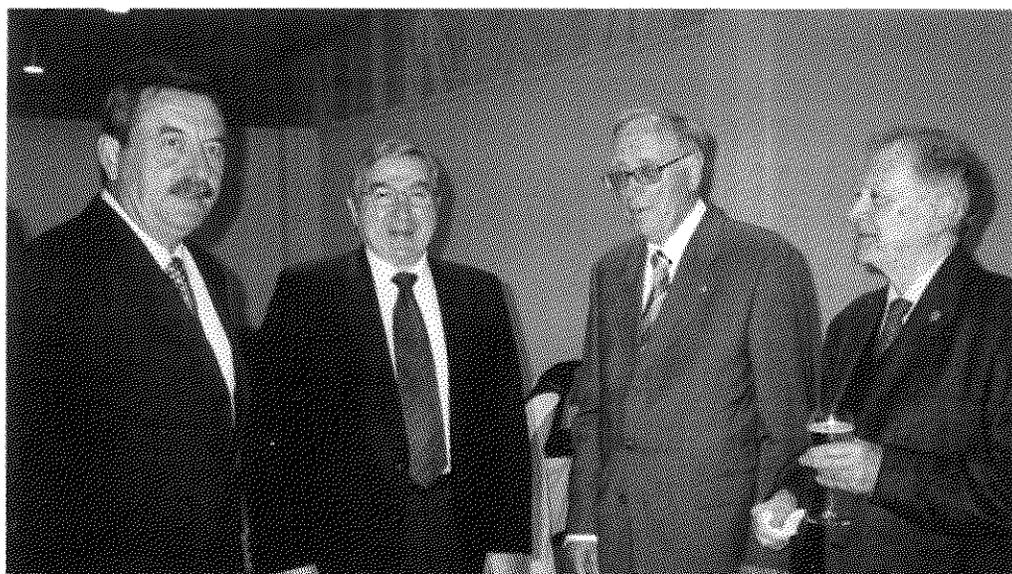
Durante el tiempo que estuvimos juntos, hablamos de todo, saliendo a colación, a propósito del llamado «doping», la época en la que él ¡ay! perteneció a los juveniles del Real Jaén.

Que este alarife tiene tan buen toque en lo concerniente a construcción y diseño de edificios, como de balón.

Nuevo campanillazo del Prioste. Hecho el silencio, con la donosura que en él es proverbial y haciendo bueno el refrán de que «quien no es agradecido no es bien nacido», Pedro Casañas agradeció vivamente a D^a Francisca Company Manzano, Delegada Provincial de Cultura y a don José Luis Chicharro Chamorro, Director del Museo el acogimiento prestado a esta ambulante Confraternidad en tan emblemático edificio.



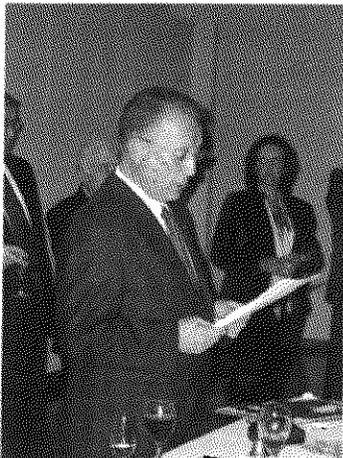
José M^a Pardo. José Casañas y Antonio Casañas



Pedro Alejandro Ruíz. Ignacio Ahumada. Luis Coronas y Juan Higuera

Así se expresó el mentado Pedro Casañas:

Amigas y amigos: Bienvenidos todos a este anual a la vez que ya tradicional encuentro, que es la verificación una vez más, de nuestra querida y entrañable Cena Jocosa o de Santa Catalina, y que en este año que se cuenta ya de 2006, alcanza su veintinueve edición.



De cortés y obligado cumplimiento deben ser las primeras palabras que en este acto se pronuncien, de expresión sincera de gratitud y reconocimiento, hacia la Il^{ta}. Sra. D^{ña}. Francisca Company Manzano, Delegada Provincial de Cultura, por el generoso gesto que ha tenido, al permitir que esta noche se realice velada tan singular, en un escenario tan espléndido y grandioso, como es la realidad que contemplamos, del Museo Provincial de Jaén.

Asimismo, expresión cordial del mayor afecto, hacia José Luis Chicharro Chamorro, Director de este Santa Santorum de las Bellas Artes y la Arqueología de nuestra provincia, que con acertada y diestra mano gobierna, por el acogimiento y excelente disposición que desde el primer momento que hablamos de este tema ha mostrado, para que se hiciesen feliz realidad estos momentos. José Luis, sincera gratitud de la Asociación por tu buen hacer.

Realmente es una verdadera satisfacción poder celebrar en tan significado lugar la Cena del año 2006, como asimismo es deleitoso encontrarse entre estas paredes que son motivo de nostálgica recordación hacia aquellas personas que fueron tan importantes pioneros en la inquietud por un Museo para Jaén, personalidades cada cual en la parcela que le fue correspondiendo, como fueran José del Prado y Palacio, promotor e impulsor de la idea que, junto a la perseverancia de Alfredo Cazaban Laguna, compusieron la gran base sobre la que, después de diversas y dilatadas vicisitudes, se coronara esta realidad, en la que justo es añadir nombres tan relevantes como Inocente Fe Jiménez, José Nogué y Massó, Manuel Ruiz Córdoba, Luis Enrique Muñoz Cobo Arredondo, José Martínez Puerta, Isaac Usano Massot y Pablo Martín del Castillo, entre otros, todos ligados a la época que consideramos más gloriosa, por las grandes dificultades que hubieron que salvar. Para todos ellos elogio y admiración por el buen servicio que prestaron a Jaén.

En la fecha que nos encontramos y ya desde los años sesenta del siglo recientemente pasado, aquel Museo que soñaran Prado y Palacio y

Cazaban Laguna, es una admirable realidad llena de vida, gala y prestigio de la cultura giennense, de la que todos nos enorgullecemos.

Al pronunciar estas palabras en los prolegómenos de la velada, cada vez me resulta más penoso y sentido, el deber de hacer recordación de algún miembro de la Asociación que nos haya dejado, mas pensando en que son circunstancias tan naturales, pues ley de vida son, con naturalidad lo hacemos, y en esta ocasión recordamos a Fernando Lorite García, José Chamorro Lozano y Francisco Cerezo Moreno, tres buenos y excelentes amigos, que el año 2006 se ha llevado. Para ellos, cariñoso y sentido recuerdo.

Antes de finalizar, lamentemos también las ausencias, que por diversas dolemas impiden la presencia de Juan Eslava Galán y de María Soledad Lázaro Damas. Ambos, hablando con ellos hace un par de días, mostraban su contrariedad, rogando hiciese llegar a todos afectuoso saludo y deseos de estar en la Cena del año 2007, junto en este caso, con Luis Berges Roldán, que circunstancias familiares le retienen hoy en Madrid.

Y ya amigos, cumplida la introducción a la velada, iniciémonos en su desarrollo, no sin antes reiterar a José Luis Chicharro Chamorro, nuestro más sincero reconocimiento por el favor que nos haces. Gracias, José Luis.

Juzga tú, amable lector si cuanto he dicho antes del mencionado Pedro Casañas, no lo ha hecho él, con sus palabras, cierto.



Ignacio Ahumada. Vicente Oya y María Isabel Sancho

El Sr. Chicharro, en su contestación, hace tender el oído al cronista para no perder sílaba de cuanto diga, pues interviene sin ningún tipo de apunte que luego pueda servir para dejar constancia de sus palabras. Es decir, sin red, como un atrevido trapeceista.

Exculpa a D^a Francisca Company que no ha podido estar presente en este acto, ya que se encuentra presidiendo otro y viene a decir que ha puesto todo su interés en que esta cena se celebrara en tan incomparable marco gracias a que el Prioste, junto con su petición, le había hecho entrega de unas crónicas referidas a cenas anteriores y, a través de ellas, pudo hacerse idea exacta del transcurrir de las mismas, así como de su aportación a la cultura, por lo que no era en modo alguno contraproducente el que se celebrara en un lugar también dedicado a la cultura.

Es lo que hasta aquí entendí. Perdona, sufrido lector, que las palabras que siguieron a éstas, se convirtieran para mí en un murmullo inaudible. Mi cacumen quedó como paralizado por el miedo, dejándole fuera de todo entendimiento.

Si el Sr. Chicharro llega a este convencimiento a través de la lectura de crónicas ya editadas ¿cómo puede pedir el Prioste la celebración de venideras en edificios de esta categoría con la que yo mal escriba?. Nos veo cenando en la choza de un melonero.

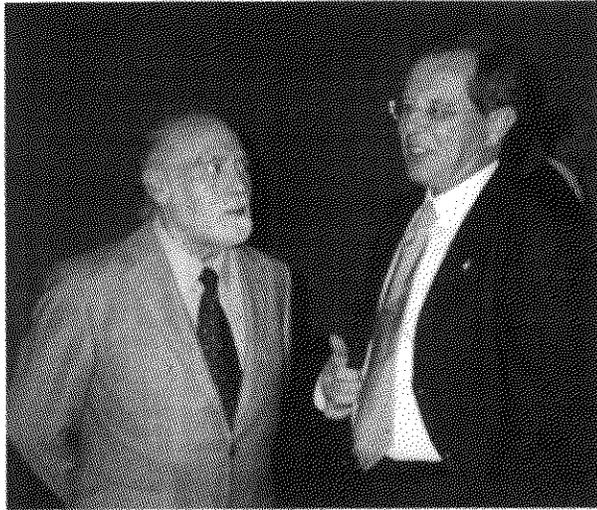
Me ¿consuelo? pensando en que podremos decir con D. Juan Tenorio aquello de: «A los palacios subí y a las cabañas bajé» pero desde



José García. Ángel Viedma y Antonio Martos



Pillar Sicilia y Juan Cuevas



Alfonso Parras y José García

luego quedo embargado por honda preocupación. Ahí es nada, desahuciados por culpa de una mala crónica de la que soy autor.

Paralizado, ni tan siquiera me atreví a pedir al Sr. Chicharro que tuviera la amabilidad de darme por escrito cuanto nos dijo. Pediré a Pedro que lo consiga.

Conseguido, gracias a la loable gestión de Pedro, ésta fue la intervención del mentado Sr. Chicharro:

Sr. Prioste, estimados amigos y amigas de San Antón: Permitidme unas palabras de bienvenida al Museo de Jaén pues para mí es un honor poder recibirlos en nuestra institución cultural. Sí porque como nuestro Museo vuestra Asociación se enraíza profundamente en lo jaenero y tiene sentido celebrar esta entrañable «Cena jocosa» entre el rico patrimonio de la institución. Por eso desde el mismo momento en que me visitaron con los preparativos hace algún tiempo Pedro Casañas y Juan Cuevas mi determinación fue clara y precisa. Por ello hoy para mí es una gran satisfacción el que estéis aquí porque como asociación significáis mucho para Jaén y desde luego cada uno de vosotros ha trabajado y se esfuerza por día a día por Jaén.



Además el Museo de Jaén está vinculado a esta celebración merced a nuestro primer Director, el apreciado cronista de Jaén, Don Alfredo Cazabán Laguna, que fue

homenajeados en aquella otra «Cena jocosa» del año 1928. Celebración que como sabéis se llevó a cabo –como en este año– el 25 de noviembre en el antiguo Palacio del Condestable Iranzo. En aquella retomada «Cena jocosa» también colaboraron el que habría de ser Presidente de la Junta de Patronato de nuestro Museo hasta su fallecimiento, Don Inocente Fé y el que sería Director del mismo en 1931, el pintor Don José Nogué, quién personalizó los cubiertos en madera de boj de aquella memorable cena con dibujos pirograbados.

Como veis vuestro sitio natural es este. Quisiera recordaros que la consigna que establecieron los organizadores de la cena de 1928 era conseguir «originalidad, intimidad y cordialidad» y yo espero y estoy seguro de ello que esta noche de Santa Catalina se va a conseguir de nuevo ese objetivo.

Muchas gracias y esta casa de todos los giennenses, es vuestra casa.



Terminado el «picoteo», el Sr. Director del museo nos invita a visitar una sala donde se exponen esculturas de arte ibérico procedentes de excavaciones realizadas en el «Cerrillo Blanco» en el término de la antigua Obulco que, como todo ilustrado sabe, es la actual Porcuna. Datan del siglo V antes de Cristo.

Causa no poca admiración el verse rodeado de tan bellas esculturas, habida cuenta del tiempo en que fueron realizadas y, para la posteridad, antes de hacernos la foto de «familia», poso con Francisco Cano teniendo como fondo una de estas esculturas.



En esta sala, el Sr. Chicharro nos dirige la palabra, dándonos una lección magistral sobre lo que en ella se expone. Nos dijo:

Juan Espinilla
y Francisco
Cano

SALA DEL CONJUNTO ESCULTÓRICO IBÉRICO DE CERRILLO BLANCO (PORCUNA, S. V a. C.)

Sr. Prioste, estimados amigos y amigas:

El día 5 de marzo de 1999 la Consejera de Cultura de la Junta de Andalucía procedía a inaugurar esta nueva sala y montaje que el Museo de Jaén ha dedicado al importante Conjunto Escultórico Ibérico de Cerrillo Blanco (Porcuna, S. V a. C.)



Hasta ver de esta manera expuesta la estatuaria de Porcuna ha habido que recorrer un camino complicado de más de veinte años. Camino que ha tenido siempre como protagonista indiscutible el conjunto de esculturas pero en el que han intervenido numerosas personas que han dedicado su tiempo y su esfuerzo a la atención del excelente legado.

Quisiera reconocer esta noche el esfuerzo continuado de diversas personas que han llevado a cabo una notable tarea de trabajo hasta que hemos podido ver la sala montada con esta nueva museografía. Es una labor continuada en el tiempo con diferentes etapas hasta que ha cristalizado la presente exposición.

En 1975 fueron descubiertas estas esculturas y desde entonces pasaron a formar parte del centro museístico jienense y se convirtieron en el eje central de las colecciones del museo y objeto de atención de los responsables de esta entidad.

A Juan González Navarrete, Director a la sazón, le cupo el honor de la recuperación de las esculturas y fragmentos así como la posterior excavación y recomposición del conjunto ayudado por el escultor Constantino Unguetti. El material escultórico se convertiría en una treintena de piezas de importancia indiscutible a más de centenares de fragmentos. Tras el hallazgo comenzó una excavación que dio más frutos escultóricos y en adelante hubo otras campañas a las que se incorporó el Prof. Oswaldo Arteaga de la Universidad de Sevilla quien sigue estudiando Porcuna en un Proyecto de investigación sistemática.

Bajo los niveles arqueológicos del S.V a de C. se halló en el mismo Cerrillo Blanco una tumba tartésica que estudió Juan Félix Torrecillas tras su excavación.

Se dio a conocer el hallazgo a través de la prensa local regional y nacional y surgió un interés lógico en los investigadores. Sin embargo fue el propio Navarrete quien las estudió y catalogó y andando el tiempo organizó su presentación pública (1980 y 1981) y la publicación de su libro Escultura Ibérica de Cerrillo Blanco -1987-.

Iván Negueruela Martínez, tras su incorporación a la dirección del Centro, continuó el estudio e interpretación del conjunto, haciendo aportaciones muy notables, tales como la interpretación del Monumento de los Guerreros o la recomposición del Guerrero de la doble armadura que se refleja en su libro Los monumentos escultóricos ibéricos del Cerrillo Blanco de Porcuna (1990).

Tras mi incorporación al museo en octubre de 1989 he trabajado en tres caminos convergentes. Por un lado la difusión, por otro la restauración con criterios rigurosos y por último, una nueva presentación.

Ya en 1990 impulsé la exposición Escultura ibérica en el Museo de Jaén con la publicación de un catálogo que tuvo un notable interés para los investigadores y para el público en general pues la edición se agotó al poco tiempo. Más de la mitad de las piezas expuestas pertenecían al legado de Porcuna.

A mitad de los años 90 empezamos las negociaciones con la organización de la muestra Los Iberos, Príncipes de Occidente para el préstamo de un número notable y significativo de piezas del museo para la magna exposición. Sabíamos que era una concentración de riesgos para el museo y para los jaennenses que durante casi dos años no podrían disfrutar de su estatuaria. Sin embargo creíamos desde el museo que merecía la pena pues sería un revulsivo para Jaén y hay que reconocer que así ha sido.

Condicionamos el informe positivo del préstamo a la financiación de la restauración y presentación homogénea de las piezas que se solicitaban. La respuesta fue positiva y propusimos a la Consejera de Cultura que nombrara una Comisión Asesora de Expertos que fijara los criterios de intervención y presentación y así se hizo.

Ésta se reunió a lo largo de 1997. Estuvo formada por los profesores-arqueólogos Arturo Ruiz, Teresa Chapa, Oswaldo Arteaga, Juan Blánquez, y los restauradores Antonio del Rey del Instituto de Conservación y Restauración del Ministerio de Cultura, Rainiero Baglioni del Insti-

tuto Andaluz del Patrimonio Histórico y como secretaria actuó la Conservadora del Museo M^a Dolores Pegalajar y yo tuve el honor de presidirla.

Siguiendo los criterios fijados por la Comisión se han restaurado en los últimos dos años casi 20 piezas financiadas por diversos organismos. Así el Museo de Bonn, la Consejería de Cultura, el Ministerio de Cultura, la Fundación la Caixa y la Asociación amigos de los iberos.

Las intervenciones se han llevado a cabo en los talleres del propio museo por la empresa Taller de Restauración del Patrimonio lo que ha supuesto un esfuerzo enorme para el Centro. El Instituto Andaluz del Patrimonio Histórico ha realizado toda la analítica de la piedra y la gammagrafía y en sus instalaciones se han restaurado dos piezas.

Tras la devolución de las esculturas prestadas en 1998 decidimos adecuar esta sala en el edificio anexo ya que es un espacio cercano a los 200 mts cuadrados y con buenas condiciones expositivas que permite ver las obras como nunca se han visto pues al ser de bulto redondo podemos observarlas desde diversos puntos de vista.

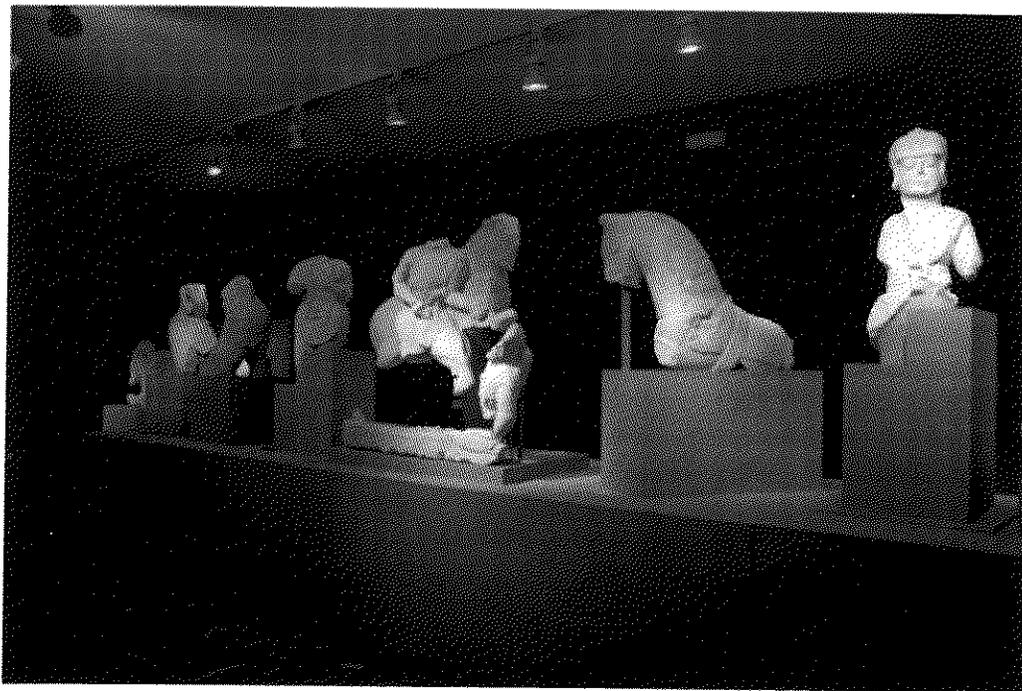
Como el profesor Ricardo Olmos ha señalado el Conjunto de esculturas representa la historia de un linaje aristocrático que ostenta el poder en Porcuna. Es la autorepresentación de su universo principesco plasmado de manera ideal en piedra calcarenita. En él dan cabida a su mundo que es complejo. Así el universo de sus antepasados con representaciones como el Varón con manípulo. O el mundo sagrado con Oferente con cápridos, o el ámbito de lo mítico con la Esfinge que marcaría los límites del oppidum de Porcuna. Junto a ellos el espacio de los jóvenes aristócratas que se ejercitan con las escenas de pugilato, o de caza con Cazador de perdices o Cazador de liebre. Hay numerosas imágenes de guerra que se presentan de dos en dos el triunfo del clan dominante: guerrero vencedor y vencido como el Guerrero alanceando al enemigo caído. Frente a estos grupos guerreros el podio de animales fantásticos como el grifo que en lucha épica con el aristócrata dará sus valores de animal heroico al aristócrata con lo que el personaje adquiere un nivel superior.

La naturaleza de las esculturas de Porcuna ha actuado como imán de los distintos responsables del Museo en cada momento y de todo Jaén -por qué no decirlo- y hoy nos permiten en esta entrañable Cena Jocosa seguir disfrutando de su belleza y de sus interesantes mensajes.

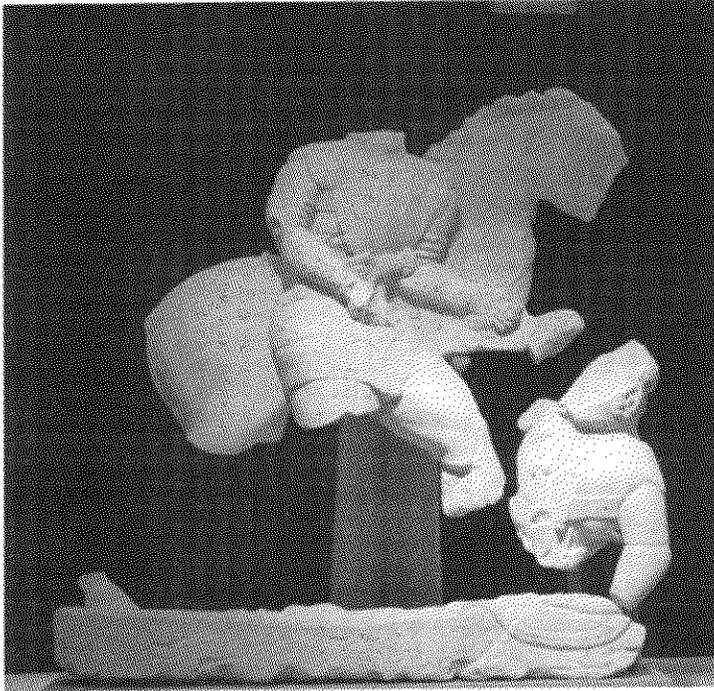




Vista general de la Sala del Conjunto de Porcuna



Guerreros de Porcuna



Jinete alanceando al enemigo caído



Guerrero de Porcuna



Pugilato

Después de lo anterior y aprovechando la escalera, posamos todos. Es la llamada foto de «familia» a la que antes he aludido y que aparecerá en la crónica que, sobre esta cena ¡ay de mí! se escriba.



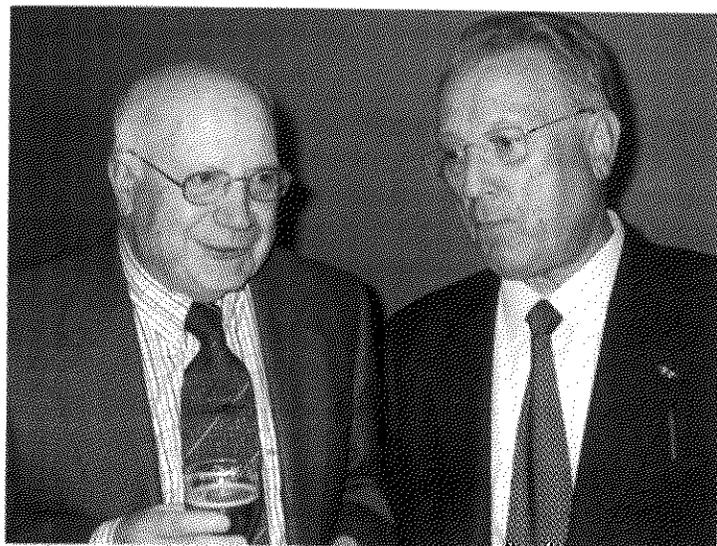
Antonio Casañas y Ángel Aponte



Pedro Jiménez Cavallé y José Luis Chicharro

Pausado paso, conversación distendida, llegamos al salón donde tendrá lugar la celebración.

Luce de un modo esplendoroso una larga y ancha mesa conteniendo, junto a la vajilla y cubiertos, las cartelas con los nombres de los asistentes y el sitio a ocupar, las correspondientes minutas y con ellos, el magnífico recuerdo de cerámica.



Rufino Almansa y Pedro Casañas

Repique de campanilla del Prioste, sentado a mi siniestra mano y petición de silencio para que el Padre Casañas recite en «ripio» la oración a San Antón para que nos depare una buena cena.

Con reposado hablar, Don José entonó:

Señor San Antón Abad:
los aquí cenantes, tus amigos
alrededor de esta mesa reunidos,
rogamos de tu amistad
que nos mantengas siempre unidos.

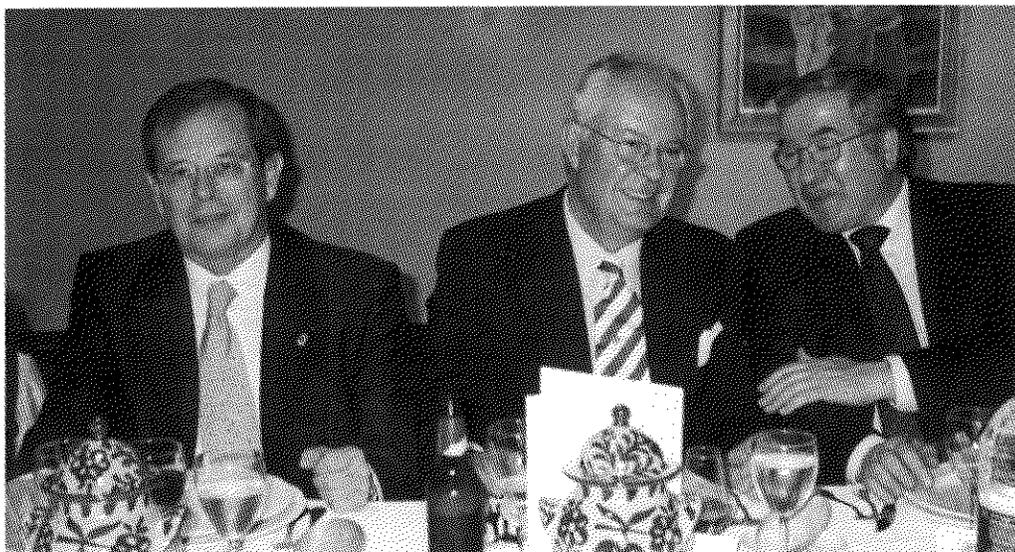
Que, como a nuevo rebaño
nos quieras apacentar
este año y otros...

Y, como broche final,
pedimos en común consenso,
bendigas este humilde pienso
que vamos a trasegar
regado con vino espeso.

Amén

Entramos a saco en crema de verduras, cuando el Prioste, previo toque de campanilla, concede la palabra a Vicente Oya.

Viene siendo norma que, en todas las cenas, la primera intervención sea la suya.



José García. José M^a Pardo e Ignacio Ahumada

Debe de ser por la mesura y el sosiego que imprime a sus palabras, trasladando esos mismos sentimientos a los asistentes.

Por que Vicente es, ante todo, un hombre bueno. Lo es en apariencia y lo es en sus hechos.

Baste leer sus escritos o escuchar en alguna de sus muchas conferencias, para catalogarlo como tal.

Se levanta de forma pausada, mete la mano en uno de sus bolsillos y saca unos pliegos donde, con gran sentimiento, va desgranando recuerdos y analizando la obra de un gran pintor y mejor amigo, ya ido que es, o mejor dicho, fue. Paco Cerezo, uno de cuyos lienzos cuelga frente al mentado Vicente.

Representa el rostro de un viejo campesino quemado por soles y cierzos, lleno de arrugas como surcos de arado.

Nos dijo:

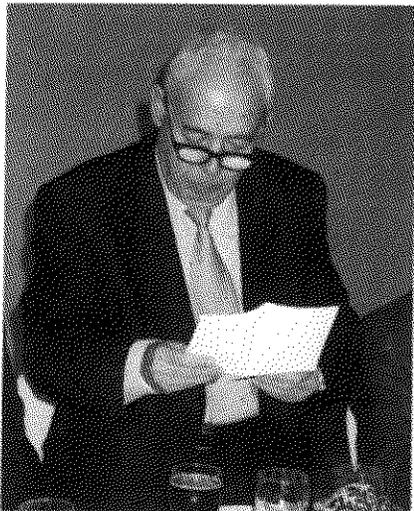


Ángel Aponte. Juan Antonio López y Pedro Cruz

EN MEMORIA DE PACO CERESO

I.- INTRODUCCIÓN

Al repasar un puñado de fotografías en mi archivo particular, que el tiempo ha dejado atrás como un buen vino, me encuentro con diversas instantáneas de estas entrañables cenas jocosas. Una de ellas me ha llamado la atención porque, al contemplarla, se me ha encogido el alma. Todos los de un grupo de Amigos de San Antón, con los que una noche compartí mesa, mantel y amistad, ya no están con nosotros, Y en ese documento gráfico sólo quedo yo, pendiente de dar el paso definitivo de ésta a la otra orilla. La observación me produce como un escalofrío especial.



Los últimos en irse, durante este mismo año, han sido Fernando Lorite

García, José Chamorro Lozano y Francisco Cerezo Moreno. Con los dos primeros compartí la aventura diaria del periodismo local durante bastantes años. Lorite tenía su mesa de trabajo al lado de la mía en la Redacción del diario Jaén, en el entrañable viejo caserón de la Carrera de Jesús, y luego seguimos juntos también en el nuevo edificio del Polígono de Los Olivares, que ya era otra cosa. Comentábamos las noticias que trabajábamos cada día. Él era todo un gran maquetista y yo trataba de ajustarme a los cánones de los titulares breves y expresivos para que llegaran con fuerza a los lectores, de la mano de Chamorro entré yo en el Periodismo. Fue mi director durante catorce años y admiré en él su gran capacidad de trabajo y la sabiduría que llegó a alcanzar en el oficio periodístico. Para los dos, desde la emoción que me produce tan sólo citar sus nombres, mi recuerdo lleno de afecto y de admiración.

Con Paco Cerezo fui yo muchas veces el periodista que lo entrevistaba para el periódico. Era parco en palabras y de una sencillez extraordinaria. Decía las cosas como a cuenta gotas. En 1981, dentro de mi serie periodística «Una vida en seis capítulos», de aquel entrañable periódico Jaén le hice una biografía y también, mucho tiempo después, para otras publicaciones. A la cota de nuestros días aquellas manifestaciones suyas adquieren el valor de lo clásico.

II.- UN CLÁSICO DE LA PINTURA CONTEMPORÁNEA

Sencillo, amante de la obra bien hecha, perfeccionista en horas de silencios duros, sufridos, interminables, creadores. Francisco Cerezo Moreno, con alma de niño grande, se convirtió en un clásico de la pintura en Jaén. Se ha dicho que era un maestro consumado en el paisaje, el bodegón y el retrato. Todo un pintor con oficio de temas trascendentes.

En aquellas entrevistas me recordaba Paco Cerezo los años de su niñez en su pueblo de Villargordo. Paco pasaba muchas horas de cada día en la fragua de su padre, José Cerezo Rodríguez, artesano viejo, admirable herrero. Los golpes del martillo, implacables, sobre el duro yunque, venciendo al hierro incandescente. De aquellos encuentros con la realidad viva de su padre le venía a Paco Cerezo su amor por la obra bien hecha. Fue entonces cuando nuestro pintor aprendió a valorar el esfuerzo y cuando supo, viendo los sudores de su padre, que hay que entregarse al máximo, con sentido perfeccionista, esto es, con espíritu de responsabilidad. Aquellas inquietudes se fortalecerían después con el paso del tiempo. En Jaén, y en la Escuela de Artes y Oficios, con los profesores Márquez Montilla y Martín del Castillo, Paco Cerezo, el muchacho introvertido, aprendió a dibujar. Pero aprendió, sobre todo, a trabajar con honradez y con fidelidad

a unos principios. Cuando pintaba lo hacía con una devoción especial. Los grandes artistas, los que nos han hecho el regalo de obras perdurables, con el valor de lo clásico, llegaron a la consumación de sus trabajos por el camino del arte y de la sensibilidad. Por ese camino donde es imposible que duren los pasos inciertos, inseguros, imprecisos, fluctuantes, los de tantos oportunistas y arribistas que en el mundo han sido.

Para el profesor Manuel Capel Margarito, que le dedicó un libro, «la más sentida dedicación de Cerezo está en el retrato», porque hacía gala de fino psicólogo, airaba y ahondaba en sus modelos hasta descubrir el mensaje universal de subjetividad.

Fue uno de los más grandes bodegonistas de la pintura española. Que no nos queda ni la más mínima duda. Las prendas y manjares pintadas no las recubría de luz sino que ésta la insuflaba y con ella emergían los objetos. «En este género, de destreza y ensayo, (apuntaba Capel) descansaba la retina del artista que evocaba el costumbrismo jaenés, lleno de seriedad y realismo, no exento de expresividad».

En los paisajes de Cerezo Moreno sabía crear una atmósfera de luminosidad, sin estridencias, diáfana, llena de intimidad, forjando un gran equilibrio entre las figuras humanas y la tierra.

III.- LAS TABLILLAS PARA SOBREVIVIR

En el Madrid de los años cuarenta del siglo pasado aprendió a restaurar mientras pintaba tablillas para sobrevivir. Restaura una colección pictórica de la Diputación y también hizo trabajos restauradores en este Museo que guarda varias de sus obras como el espléndido retrato del viejo fumador y uno de sus mejores bodegones. Trabajó en el Instituto Central de Restauración y estudia en la Escuela de Santa Isabel de Hungría, de Sevilla. Restauró el Crucificado de Sebastián Martínez y descubría la firma del autor en el Museo de la Catedral de Jaén. Por toda España hizo espléndidas restauraciones y presentó muchas exposiciones de su obra que le valieron numerosos premios y otras distinciones.

Paco Cerezo, con sus lápices y sus pinceles, logra ser un cronista de excepción. Las escenas de la vida rural, pintadas por él, en sus famosas tablillas, eran unas espléndidas prolongaciones de los íntimos ambientes de las familias campesinas. Era oficiante del arte, sin prisas, acotador de tiempos y de espacios, de alma y de colores, en diálogo permanente con sus inquietudes claras y limpias.

Durante su larga trayectoria el color jugó un papel importante en su obra. Al principio sus trabajos estaban presididos por un signo tenebrista,



como un reflejo del estado de ánimo. Después su retina se fue ampliando y sus colores llegaron a ser luminosos, propio de quien había superado muchas dificultades.

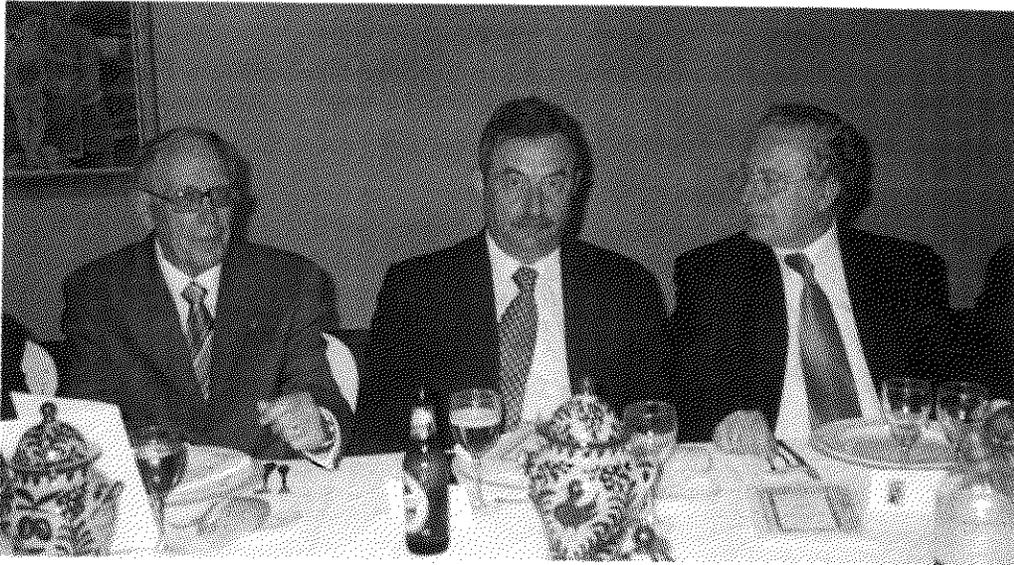
Nunca quiso el pintor salir de su tierra y jamás su pintura se apartó de los temas de su ambiente íntimo. Varias veces estuvo a punto de salir de Jaén, pero, a la hora de la verdad, pudieron más los sentimientos.

Hay que destacar, entre sus publicaciones, Mis cuadernos de dibujo, editada por el Instituto de Estudios Gienenses, y en la que se recogen dibujos que había hecho entre 1948 y 1981. Este libro lleva una introducción de Manuel López Pérez, a la sazón secretario general de dicho Instituto. Otra publicación es la de los castillos y murallas de toda la provincia, magníficos dibujos, con los textos de Juan Eslava Galán.

No cabe duda de que en sus dibujos a lápiz nos dio una hermosa visión de ese Jaén nuestro de tantos entrañables rincones que, en muchos casos, lamentablemente, han desaparecido.

Nacido en 1919 se nos ha muerto a los 87 años de edad, el día 10 de octubre de este año de 2006, cuando la ciudad se llenaba de ruidos por la feria de San Lucas. Parece que quiso aprovechar la ocasión para recoger los bártulos, su paleta y sus pinceles, camino de la región del silencio que tanto amó. En su pueblo, que le hizo hijo predilecto, dejó un magnífico Museo con su obra. Y muchos trabajos suyos, repartidos por todos sitios, que habían salido de sus estudios del Camarín de Jesús, la Plaza de San Bartolomé y el edificio de López Rivera donde estuvo finalmente. Unos días antes de su muerte me lo encontré sentado en un banco de la Plaza de la Constitución. Nos saludamos con un abrazo. Nos dijimos que pronto iba a ser esta cena jocosa. Ya no ha podido venir. Su última sonrisa de aquel encuentro ha quedado como pintada en mi memoria.





Luis Coronas. Pedro Alejandro Ruiz y Pedro Jiménez Cavallé

Aplaudida que fue la dicha intervención, que a todos nos trajo recuerdos muy gratos de Paco Cerezo, de nuevo nos aplicamos a quitar de en medio lo que sobre la mesa se iba poniendo.

Nuevo tintinear de la campanilla priostal, al que tengo tan cerca que me hace soltar de inmediato los aparejos que ayudan al buen yantar y aguce el oído. De Miguel Calvo, que ha sido el llamado, no se puede perder ni coma de cuanto diga. Unas veces en plan jocoso y otras en serio, Miguel es único.

Esta noche, tal vez debido a la importancia del lugar donde nos encontramos, Miguel ha echado mano de su vena poética y nos ha recitado una oda dedicada al comprovinciano Rafael Zabaleta, uno de cuyos cuadros figura expuesto en el salón donde cenamos.



Arturo Vargas y Antonio Martos

Así recitó Miguel:

ODA PARA CANTAR A RAFAEL ZABALETA CERCA DE SU MUSEO

Aquí, tu corazón, latiendo todavía
está junto a la luz rabiosamente amada.
Aquí está vivo el sol que calcina la tierra,
el paisaje inicial, las flores inmarchitas.
Aquí estás tú y el mundo inocente y recreado
que brotó del telúrico amor de tus pinceles.
Aquí la tarde ungida se detiene a beber
la vibración, callada y sostenida,
y abandona la sierra y los pinos gigantes.

Aquí, Quesada, dentro y fuera, cal y siglos,
navega por el tiempo sin sentir añoranzas;
la muerte no es dolor si la vida es fecunda,
la muerte no es olvido si la llama no cesa.
La muerte es como un vino que gana con los años,
como ganan tus obras conforme el tiempo pasa.
Aquí, Rafael -arcángel de candores-, podrán
venir a conocerte, a mirarse en tu espejo,
a sentarse en tu silla o figonear en tu arca,
y tentar tu paleta con los colores fósiles,
mesando la cabeza de tus nobles pinceles,
y buscar el secreto de tu sabiduría ingenua,
o verte con tu traje azul de los domingos
y a asomarse a tus ojos en donde tu alma brilla.
Aquí, junto al silencio ¡cómo el arte se granda!
Cómo el barro se hace hombre para amasar la tierra,
adobes y ladrillos, tejas, nazaríes: casa
-tierra vertical para el blanco de las cales-.

Aquí, Rafael -señor del campo- la vida sigue,
y la sangre recorre su camino de venas
por las manos raíces, por las arrugas surcos,
por los pechos feroces de las mujeres del pueblo.
Y relucen las hoces en las doradas mieses
de los campos de agosto, y surgen las redondas
faenas de la trilla bajo los mismos cielos
y con los mismos aires, con dornajo y botija,
bieldo, rastrillo, pala... y el sol como testigo
bañando con su luz el lienzo de la tarde.



*Las cosas duelen, como duelen, también, las obras,
y hay que llevarlas puestas como un traje invisible
y dejarlo colgado en la percha del tiempo,
por si alguien, tal vez, pueda necesitarlo.
Aquí, en la geometría sagrada del triángulo,
pitagóricamente descubres la belleza
del vuelo de los pájaros, la arrogancia amorosa
de los machos cabrios, el giro de la ardilla....
la primitiva astucia de los alimañeros
o el petulante porte del cazador más listo.*

*Pero tus ojos buscan más allá de las sombras
y la sombra te ofrece su virginal lirismo.
Y descorres el velo secreto de la vida
latiendo, palpitando bajo la luna inquieta
que marca la distancia del polígono exacto.
Nocturnos de Quesada. Fulgurantes nocturnos.
Desde el balcón abierto hacia las lejanías,
o buscando la anécdota en la bonita plaza:
escenario del tiempo, esencia del instante.*

*Callado está el tambor de los titiriteros,
valleinclanesca raza de la mirada triste
que devoró la sierpe del motor y la prisa,
parientes de los cómicos -trinidad de pasiones-
en torno de la bella, que se mira al espejo
mientras que la guitarra derrama su lenguaje.*

*No se puede alterar, Rafael, nada en la vida,
tú sabías los secretos de renovar creando,
desnudar los desnudos para la firme línea;
buscar en los chineros los quinqués que lucían,
las fuentes granadinas, los cacharros de Andújar,
los platos de Manises...tantas y tantas cosas.
El candil y la alcuza, el cántaro y la hogaza...*

*Quizá por un exvoto, te encaminaste a Tíscar,
y surgió ante tus ojos un enjambre de luces.
El color y la forma, lo divino y lo eterno,
lo humano y lo mundano ¡lo sencillo de veras!
El pueblo con la Virgen, la Madre con el pueblo.
El bancal y el olivo, la rosa con espinas,
el llanto y la esperanza, la sonrisa y la copla...*

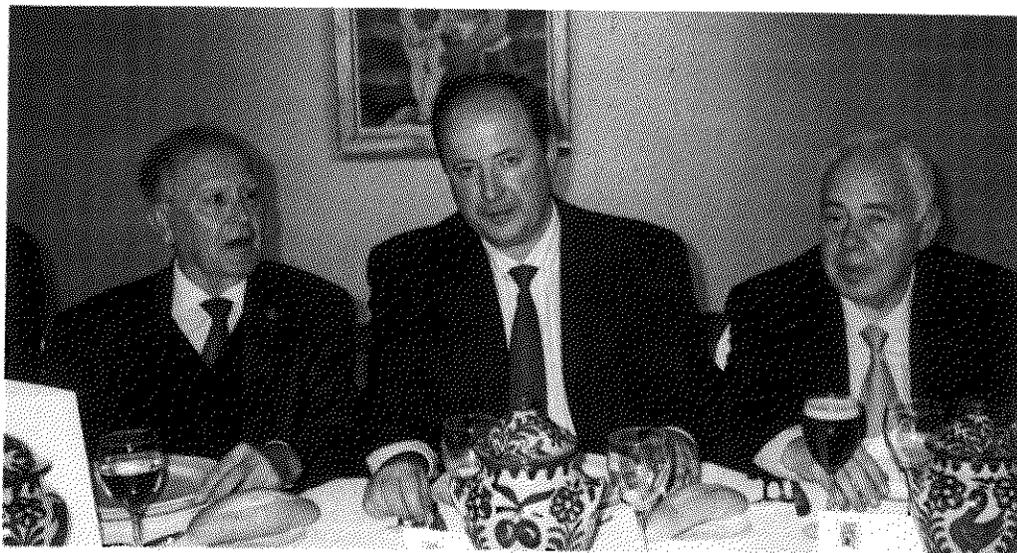
*Con distancias medidas, con libertad exacta,
un lenguaje de formas nos dejó tu paleta.
Rafael, en el umbral estoy purificado,
deja a mi corazón que lata con el tuyo.*

Jaén, un día azul de primavera.



De nuevo, una vez terminada la anterior intervención y entre Arturo Vargas-Machuca y Pedro Casañas, reanudé la siempre grata tarea de comer en ambiente tan distendido y agradable, rodeado de personas que tanto aprecio merecen.

El Prioste, que ha dejado descansar un tanto su campanilla, ahora la hace sonar requiriendo la intervención de Pedro Galera.

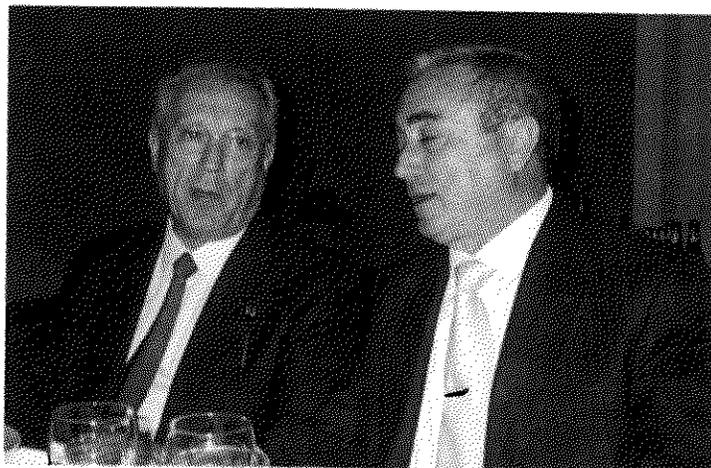


Juan Higuera. José Luis Chicharro y Vicente Oya

A Pedro Galera, se le puede calificar como el «enfant terrible» de todo cronista que por tal se tenga.

Habla de manera suave. Mueve las manos como queriendo remarcar la verdad de cuanto dice y, sumergiéndose en el particular y profundo pozo de sus conocimientos, con sabia verbosidad nos da una lección de arte, de tal forma, que no diría mejor el autor de la obra.

En la presente ocasión, nos habló de un cuadro con dos figuras, de autor desconocido, que estaba expuesto, representando un



Pedro Casañas y Juan Espinilla

paisaje que Pedro, con su certero decir, analizó de forma exhaustiva y con claridad meridiana. Es decir, no entró en tecnicismos y hasta yo lo entendí.

Lo malo es que en sus intervenciones, no lleva ningún tipo de apunte, por lo que cuando terminó, el que esto mal relata, se levantó, trasladó la servilleta de sus rodillas a la mesa y dirigiéndose donde estaba, posando de forma suave sus manos sobre sus hombros, le espetó: «Si quieres que la posteridad tenga noticias de lo que hoy has dicho, me lo tienes que dar por escrito».

Esbozó una pícaro sonrisa de niño bueno cogido en falta y prometió que lo tendría.

Y como cumplió, juzga tú, amable lector al que tu infinita paciencia te ha permitido llegar hasta aquí ¡loado seas!, lo mucho que de arte sabe Pedro.

Dijo así:

TOBÍAS Y EL ÁNGEL

Queridos cofrades: Me pide nuestro Prioste, Pedro Casañas, que hable acerca de un cuadro de la selección realizada por nuestro anfitrión y director de este Museo, José Luis Chicharro, que nos acoge esta noche para nuestra singular cena de todos los años, rodeados de obras de arte representativas de la colección de la institución museística. Y ha elegido para la ocasión este cuadro, no muy grande, de apenas medio metro de alto por uno y poco más de largo, que tengo a mis espaldas: San Rafael y Tobías o Tobías y ángel o, como ahora desarrollaré: El viaje de Rafael con Tobías..., pieza depositada por R.O. de 1915 en este Museo Provincial de Jaén, recién creado entonces, pero perteneciente al Museo del Prado.



El título completo del mismo es, según el Catálogo del Museo Nacional de 1865: El viaje del Arcángel San Rafael con Tobías en el fondo de un país, fecho como e media cuarta y cuerpo entero, que formaba pareja con de idénticas dimensiones, La lucha

de Jacob y el ángel, depositado dos años antes que éste en el Museo Municipal de San Sebastián¹.

El largo y detallado título original contiene los dos motivos principales que me atrajeron del cuadro: el tema iconográfico del asunto bíblico y el tema del paisaje («país»), como encuadre de los anterior.

Comencemos por el primero, el viaje de Rafael y Tobías. De toda la narración que contiene el Libro de Tobit o Tobías, en el Antiguo Testamento, respecto a este piadoso y misericordioso israelita que mantuvo fiel al culto a Yahvé, frente a la mayoría de sus compatriotas, incluidos los de su propia tribu de Neptalí, adoradores de Baal, este es el pasaje más significativo. Recordemos brevemente la historia. Durante el cautiverio del pueblo judío en Babilonia, un día, en Nínive, a raíz de una de las obras de misericordia favoritas de Tobit, la de enterrar a los muertos, el héroe se queda dormido con los ojos abiertos y los excrementos de los pájaros al caerle en ellos lo dejan ciego. A partir de aquí una serie de desgracias, entre las cuales la más acusada fuera la pobreza, le empuja a rogar a Dios por su desdicha y a que recordara a la vez la deuda que su pariente Gabael tenía contraída con él, lo que motivará enviar a su hijo Tobías a rescatar los diez talentos de plata debidos a la lejana región de Media. Un viaje largo y siempre peligroso, que motiva la compañía y ayuda de un hombre conocedor del camino y de confianza; un compañero que encuentra en el arcángel Rafael, enviado por Dios en recompensa y atención a sus oraciones, bajo la apariencia de un hombre corriente y que con el nombre de Azarías pasa incluso por ser de la familia.

Este viaje, que como todos los viajes, se ofrece lleno de incógnitas; metáfora de la vida misma; símbolo iniciático también para el joven Tobías, tendrá dos episodios cruciales: la pesca del pez en el río Tigres con la extracción de las vísceras curativas por consejo, naturalmente, de Rafael y el encuentro en la ciudad de Ecbatana con su prima Sara, cuyo padre y tío de Tobías, Raguel, había invocado igualmente a Dios en paralelo a su hermano el favor divino para librar a su hija del poder del diablo Asmodeo, que enamorado de Sara, mataba a todo aquél que se casara con ella ¡y ya iban siete! La legítima aspiración, por Ley Mesíasica, que Tobías tenía a desposarse con su prima se salva gracias a la primera aplicación de una parte de las vísceras del pez, el corazón y el hígado, quemados en la noche de bodas para ahuyentar definitivamente al demonio.

Felizmente casado y recuperada la deuda de Gabael, el viaje de retorno acaba con la doble felicidad de sanar a su padre aplicándole la

¹ Museo del Prado. Inventario General de Pinturas. Madrid, Espasa-Calpe, 1991. T. II, pág. 86.

hiel del pez en los ojos. Será entonces al final, cuando se desvela la identidad del arcángel, en ese bellissimo tono literario de la Biblia: «Yo soy Rafael, uno de los siete santos ángeles que presentamos las oraciones de los justos y tienen entrada ante la majestad del Señor» (Tobías, 12, 15).

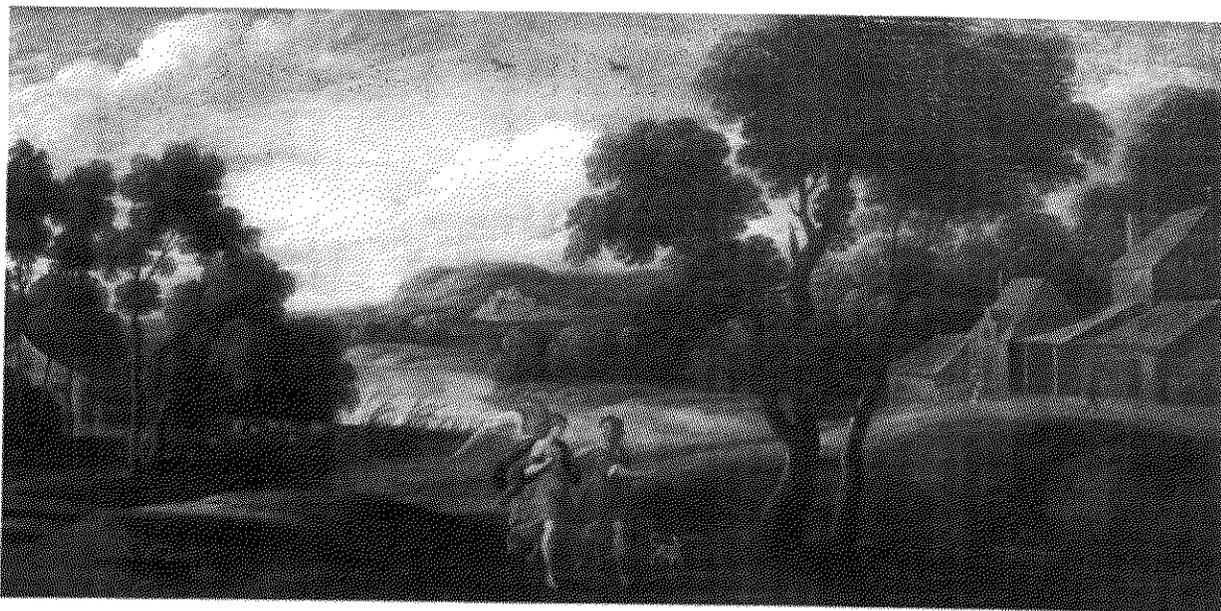
El tema, muy representado desde el siglo XV en Italia, concretamente en Florencia, se ajusta a una iconografía que ha registrado desde entonces pocas variantes: los dos caminantes, ambos jóvenes y vestidos con hábitos civiles, aunque con frecuencia –como aquí– se destaca a Rafael por su vestimenta angélica; el perro, animal de compañía; el pez, ilógicamente entero y pequeño, cuando lo habían descuartizado y cenado, que lleva Tobías y la bolsa que suele llevar el ángel, caja de remedios o de dinero, pero en cualquier caso como «sanador» y «protector», San Rafael se hizo popular en el imaginario de la floreciente ciudad renacentista como santo patrón de marcaderes y comerciantes, quizás como sugiere E. Gombrich, por lo frecuente con que los hombres de negocios florentinos habían de recurrir a sus hijos como emisarios a otras ciudades y países para solventar sus asuntos económicos, invocando en esos momentos la protección del guardián celestial, costumbre que aún perdura entre nosotros. También la íntima relación de Tobías con la labor misericordiosa de dar sepultura a los muertos pudo tener bastante que ver –como sugiere el citado historiador Gombrich– con una pujante cofradía de Florencia, la «Compagnia della Misericordia», suprimida por el poderoso Cosme de Medicis en 1425, que se dedicaba a este mismo menester y tenía por patrón a San Tobías, que luego resurgiría a finales del siglo².

En esta pintura que contemplamos, más tardía, de pleno siglo XVII, no de escuela madrileña, como decía en la ficha primitiva a la que debe acogerse la Revista Don Lope de Sosa³, sino claramente de escuela flamenca, destaca sobremanera el paisaje, el segundo aspecto que me interesaba destacar. Un bellissimo paisaje o «País», según se decía en esa época, género de pintura específico que alcanzó un inusitado desarrollo en el Barroco, a menudo en boca de poetas, y que aquí se compone de forma equilibrada a la manera clásica del barroco italiano con masas arbóreas a los lados para enmarcar un vacío central en el que situar a los protagonistas y el contrapunto realista de una casa de campo característica de Flandes. En apertura e inmensidad, este paisaje trata de abarcar telescópicamente ese largo recorrido hasta Media, con su ciudad perdida

² Gombrich, E.H. «Tobías y el ángel». en *Imágenes Simbólicas*. Madrid, Alianza, 1986, págs. 60-61.

³ *Don Lope de Sosa*, nº 30; 1915, pág. 189. Aparte de que se le asigna el nº 217 del Catálogo del Prado, cuando en realidad corresponde al 218, se la clasifica como de autor desconocido de «Escuela madrileña del último tercio del s. XVII».

en lontananza, convirtiéndose en el testigo incuestionable del «viaje», con sus sombras y con sus luces; su amabilidad y sus peligros, imponiéndose a los protagonistas, que en realidad son absorbidos por esa Naturaleza dominante que en su grandeza los minimaliza. A través de ella los caminantes, con paso rápido, se convierten en imagen misma del viaje simbólico que es la vida.



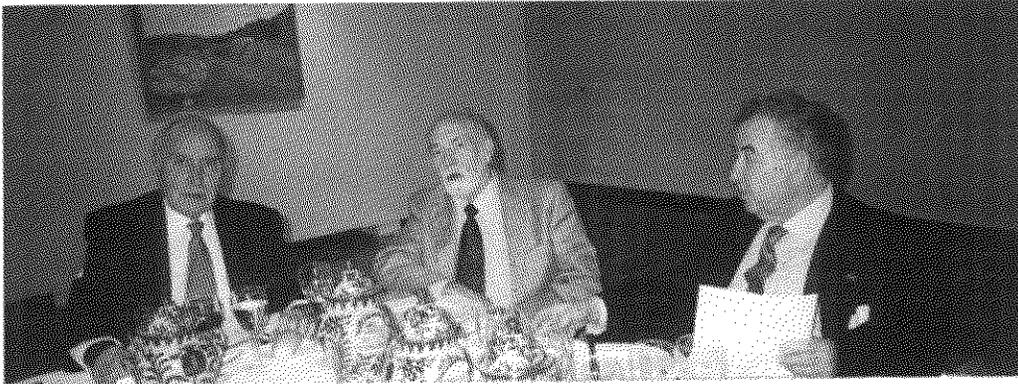
Nueva tregua seguido de nuevo toque de campanilla.

En la presente ocasión, la llamada va dirigida a María Isabel Sancho.

Maribel, como por todos es conocida, felizmente casada con Manolo Sáenz bien afamado oftalmólogo, es persona por la que sentimos un especial afecto.

Fue la primera mujer en incorporarse a esta Asociación que hasta entonces tenía fama de misógina y su presencia nos ayuda a soportar las murrias que muchos de nosotros sentimos por la ausencia de su padre, el profesor Alfonso Sancho.

De igual vocación que el autor de sus días, es decir, la formación de profesores de E.G.B. a los que antaño conocimos con la hermosa denominación de MAESTROS o MAESTRAS, Maribel une la de ser una rigurosa investigadora, plasmando el resultado de sus trabajos en importantes obras que, al tiempo de ser publicabas, han merecido la concesión de numerosos premios.



Julio Puga. Alfonso Parras y Miguel Calvo

Todo ello, sin descuidar la atención que ha de prestar tanto al buen gobierno de su casa como a su familia. ¿De dónde sacará el tiempo?

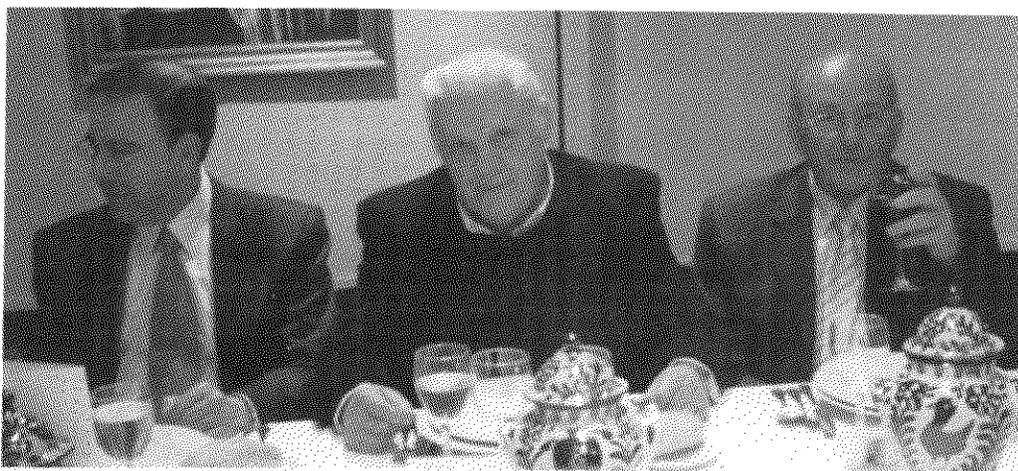
La requerida, echa mano a unos apuntes y nos habla de un cuadro de reciente adquisición por la Junta de Andalucía, con destino a nuestro museo provincial, en el que aparece la co-patrona de Jaén, Santa Catalina, cuya fiesta se celebra en el mismo día de la cena.

Es un cuadro del pintor jiennense del siglo XVII Sebastián Martínez, quien fue pintor de Felipe IV y que, a juzgar por la obra que contemplamos, tenía una forma de pintar un tanto anómala para la época que le tocó vivir.

En el dicho cuadro, aparece Santa Catalina luciendo esplendorosa vestimenta sobre la que destaca un rico broche.



María Isabel Sancho. Rufino Almansa y José Rodríguez Molina



Manuel López Pérez. José Casañas y Francisco Cano

Sujeta con su diestra mano una espada, apareciendo la rueda llena de clavos, atributo de su martirio.

De Sebastián Martínez, vino a decir el autor clásico Palomino «Que fue pintor insigne, y por una manera muy caprichosa, extravagante, rara, pero con buen gusto y corrección».

Maribel, con su mucho conocimiento y con la rigurosidad que en ella es habitual, disertó sobre la citada obra de la siguiente forma:

La semana pasada, cuando daba los últimos retoques a la intervención que iba a hacer esta noche acerca de algunos chanchullos urba-



nísticos de épocas pasadas que tenían que ver con la historia de este edificio en que nos encontramos, recibí una llamada de nuestro Prioste pidiéndome, casi ordenándome, que cambiara el tema y preparara unas líneas acerca del cuadro de Santa Catalina que fue recientemente adquirido por este Museo por consejo de su Director José Luis Chicharro. Yo le contesté que había entre los amigos y amigas de San Antón varias personas que habían trabajado sobre el autor y que estaban mucho más cualificadas que yo para hablaros de ese cuadro, pero él insistió, argumentando una serie de poderosas razones, y no pude negarme. ¡Vaya deberes que me pu-

sistel, Pedro. La verdad es que yo, que a veces soy bastante osada, empecé de inmediato el cambio de tema, y vamos a ver qué sale, si San Antón y Santa Catalina me protegen.

Ante todo, creo que el cuadro fue, en efecto, una magnífica adquisición, tanto por su autor Sebastián Martínez Domedel, como por el tema, la patrona de Jaén, bajo cuya advocación celebramos estas cenas.

Cuentan que Santa Catalina de Alejandría fue una mujer muy joven, murió con 18 años, de gran belleza, de largos cabellos dorados, de una gran sabiduría y elocuencia, y de gran virtud. Como es sabido, la iconografía cristiana, en líneas generales, se formó en el transcurso de los siglos, basándose en los libros del Antiguo y del Nuevo Testamento, pero también en las tradiciones y relatos cristianos. Aunque los sabios hagiógrafos dudan de la existencia de Santa Catalina, y atribuyen su historia a un tardío relato con fines edificantes, no cabe duda alguna de que, aunque no haya pruebas históricas de su existencia, de su historia se han ocupado numerosos escritores y hagiógrafos¹. Pero su divulgación y extensión por Europa, y asimismo por España, se ha debido a la Leyenda aurea o Vida de Santos de Jacobo de Voraggio, más conocido como Jacobo de la Voragine, publicada en latín en el año 1264.

Las pasiones, entre ellas la de Santa Catalina, son narraciones martiriales que se fueron configurando poco a poco a lo largo de los siglos medievales, especialmente en el siglo V y el VI, partiendo de unos hechos reales, y completándose con datos recogidos de la tradición.

En la Historia de Santa Catalina hay hechos históricos, fácilmente comprobables, entremezclados con otros muchos de reminiscencias fabulosas y legendarias.

Entre los sucesos fabulosos, podemos destacar el detalle de que unos ángeles rompieran la rueda del martirio; o que tras la decapitación de la joven, de su cuello brotara leche en lugar de sangre; o el traslado del cuerpo de la santa al monte Sinaí llevado por unos ángeles; o el hecho de

¹ En el siglo X, Simeón Metafrasto, extrajo de los textos griegos numerosas historias de santos y, entre ellas, la Pasión de Ecaterina.

Lorenzo Surio, en 1750, publicó su *Vitae sanctorum ab Alonsio Lipomanno olim conscriptae* en la que ordenó las vidas de los santos publicadas por Lippomano.

A lo largo de los siglos XIX y XX se han publicado numerosas obras acerca de la santa, entre los que destacan los alemanes: H. Knust (1891) y H. Varnahagen (1891); el francés Jean Viteau (1879) con su *Passions des Saints Écaterine et Pierre d'Alexandria, Barbara et Anysia*; el inglés P. Peeters (1907) con *La Passio graeca de S. Catalina*, o los italianos Bronzini (1960), *La legenda di S. Catalina d'Alessandria. Passioni greche e latine*; o G. Batellei (1928), *La più belle Leggende Cristiane*, Milan.

que de los restos de la Santa, depositados, como es sabido, en una triple arqueta de bronce, plata y oro mane un aceite balsámico que sana a los enfermos, de donde procede la idea de que Santa Catalina es una santa sanadora. Como puede verse, la Pasión de Santa Catalina mezcla la historia con la ficción para satisfacer el gusto de los lectores, ávidos de maravillas.

Del mismo modo, la relación de Santa Catalina con Jaén está plagada de falsas verdades, mitos y leyendas, sobre una base de hechos históricos.

No es el momento aquí de relatar el especial empeño que Fernando III tenía por conquistar Jaén, que tantos desvelos le venía costando. Historiadores hay que lo han narrado detenidamente: nuestro amigo sanantoniano Rodríguez Molina (1999), por ejemplo.

Muchos de los hechos históricos están probados documentalmente. Pero sabemos que en la memoria colectiva de Jaén se conserva una novelada y bella historia de la conquista de nuestra ciudad por la intervención de Santa Catalina que en sueños se le apareció a San Fernando, indicándole de qué forma entraría en Jaén e, incluso, dándole las llaves de la ciudad y, además, se dice erróneamente que la conquista se llevó a cabo el mismo día 25 de noviembre, fecha en la que se celebra la festividad de la santa y nuestras cenas.

Todos alguna vez hemos soñado, incluso despiertos, en la realización de deseos imposibles. Bien pudo Fernando III soñar con la Santa objeto de su devoción. Aunque los historiadores se empeñen en buscar la verdad documentalmente, la transmisión oral, fantaseada con el paso de los siglos, por el transcurso del tiempo, encierra una gran belleza y el pueblo prefiere los hechos fabulosos que se relatan de padres a hijos.

Aunque se ha escrito mucho acerca de que el culto de Santa Catalina lo trajeron a Europa los cruzados, lo cierto es que los cauces por los que se transmitió el culto a dicha santa fueron variados. La figura de Santa Catalina fue llevada a Roma en el siglo VIII por los monjes griegos que venían huyendo de la invasión musulmana a los Santos Lugares. Y, a partir de ese siglo, son abundantes las representaciones que, de ella, podemos encontrar. En todos los lugares y en todas las épocas ha sido objeto de la atención de innumerables escultores y pintores.

Y en nuestra ciudad hay numerosas representaciones de la Santa: en el convento de Santo Domingo, antigua universidad acogida al patronazgo de Santa Catalina; hasta siete representaciones encontramos en la catedral; en la iglesia del San Ildefonso; en el convento de las Bernardas; en el Parador de Turismo o, incluso, en el mural de la iglesia de Cristo Rey.



Del autor de este cuadro objeto de nuestra atención hoy se tienen pocos e inseguros datos tanto personales como profesionales, aunque sobre él han trabajado ilustres investigadores como Capel Margarito, Cañada Quesada, y nuestros amigos de San Antón, Pedro Galera o M^a Soledad Lázaro Damas (razón por la cual creo que ellos debían haber hecho esta intervención y no yo); por tanto, Pedro, Soledad y todos vosotros perdonadme por los errores que pueda cometer y admito rectificaciones para la publicación definitiva².

La fecha de su nacimiento aportada por la bibliografía no es muy segura pues se barajan fechas que van desde 1599 a 1619. En cualquier caso, parece seguro que nació en Jaén, y que, tal vez estudiara en Córdoba con alguno de los discípulos de Céspedes y posiblemente visitara Sevilla donde podría haber contemplado las pinturas de Zurbarán, Alonso Cano, Martínez Montañés, Velázquez y Murillo. Definitivamente, se establece en Jaén y pronto adquirió gran prestigio. Documentalmente probados son sus viajes a la Corte donde pudo contemplar las colecciones reales y entraría en contacto con las escuelas pictóricas europeas y con las obras de los maestros flamencos e italianos y la pintura de la época. Aunque sin docu-

mentación acreditada, algunos insisten en que entró como pintor de la Corte a la muerte de Velázquez. Murió, y eso sí parece comprobado, en Madrid el 30 de octubre de 1667³.

² CAPEL MARGARITO, Manuel (1971), «Sebastián Martínez, discípulo de Velázquez y pintor de cámara de Felipe IV, n la catedral de Jaén», *Boletín del Instituto de Estudios Giennenses*, 67, 33-45.

PALOMINO, A. (1988), *Vidas*, Edición de N. ayala, Madrid: Alianza, 210.

CAÑADA QUESADA, R. (1991), «Nuevas noticias sobre el giennense Sebastián Martínez», *Senda de los Huertos*, 21, 27-32. Las noticias que aporta contradicen las fechas aportadas por Palomino y otros autores como Ceán, Romero de Torres y Bonilla Mir.

LÁZARO DAMAS, Soledad (1991), «Consideraciones en torno a Sebastián Martínez y su obra», *Boletín del Instituto de Estudios Giennenses*. Esta autora sitúa la fecha de nacimiento de Martínez entre 1615 y 1620.

Entre las obras de este autor en Jaén destacan *El martirio de San Sebastián de la catedral de Jaén o el Crucificado y la Virgen de la O, o de los Compadres del Museo catedralicio o las pinturas del retablo del Santo Rostro, copias de cuadros de las colecciones reales*⁴. No creo que sea el momento de hablar del resto de su obra, sino de la que tenemos hoy delante: el cuadro de *Santa Catalina de Alejandría*.

El cuadro⁵, como podéis ver, nos muestra una gran figura en primer plano de la Santa alejandrina, con una indumentaria del siglo XVII, la época de Martínez, llena de colorido y detalle. En una esquina, en la oscuridad se puede ver la rueda de cuchillos destrozada, símbolo de su martirio. En la mano derecha empuña la espada, propia de los defensores de la religión, mientras con la izquierda sostiene delicadamente la falda. Se echa a faltar algunos de los atributos iconográficos tan característicos de las representaciones de esta santa, como la corona de los santos, la palma del martirio, el libro de la sabiduría y el conocimiento, la espada de la decapitación y la cabeza del tirano (Maximino o Majencio según las versiones) sobre la que generalmente apoya triunfante un pie. En lugar de corona podemos observar un tocado de plumas que junto al peinado, la postura, el brillante colorido de las faldas, la ligereza de las mangas y las joyas que prende en el corpiño o los cortinajes que enmarcan la figura nos recuerdan mucho a determinados cuadros en los que todos estaréis pensando, seguramente⁶.

El detalle de la figura de la Santa centra la atención, subordinando el fondo al elemento central figurativo. Impecable imagen con anacrónica y rica indumentaria, bien podría ser el retrato de alguna de las damas que Martínez hubiera conocido en la Corte⁷. Pese a estar representando a una santa, se aleja en esta obra de las contorsiones y escorzos de sus cuadros

³ IBÁÑEZ, Vicente (1918), «Partida de defunción de Sebastián Martínez», *Don Lope de Sosa*, 169.

⁴ Más noticias documentales acerca de Martínez en Madrid podemos verlas en AGULLÓ Y COBO, M (1978). *Noticias sobre pintores madrileños de los siglos XVI y XVII*, Granada-Madrid.

⁵ Firmada «Seba...t...F.», óleo sobre lienzo 205x113 cm. Según Nancarrow y Navarrete, que han estudiado con detalle esta obra, en la radiografía que se hizo de este cuadro, antes de la última subasta, se ha descubierto un retrato de Caballero que sigue los modelos velazqueños. Firmado «Seba...t...F.», óleo sobre lienzo 205x113 cm.

⁶ Se ha querido ver relación entre la obra de este autor con la de algunos otros como Velázquez, Antonio del Castillo, Zurbarán e, incluso, Alonso Cano o Rubens.

⁷ Los detalles de los ojos son muy semejantes a uno de los angelitos que sostienen el Santo Rostro del frontal que cierra el relicario donde se guarda la reliquia. Ese frontal es también obra de Sebastián Martínez, lo que nos puede llevar a pensar en algún rostro familiar o en alguna modelo habitual del pintor.

religiosos para darnos una visión más serena y cortesana, tanto en la figura como en el atuendo. Las sugerentes y ricas telas, los matizados pliegues aportan colorido y luminosidad a la santa dejando en la zona del claroscuro la rueda hecha añicos.

Belleza clásica, donde el barroquismo destaca en el modo de iluminar la figura, luz superior derecha, que modela las telas y marca los pliegues, a la par que acentúa la claridad del rostro, para mí un poco triste e inexpresivo.

Después de describir el cuadro desde el punto de vista de una aficionada a la pintura, quiero también contaros mis indagaciones acerca de él que, aunque infructuosas, han sido para mí interesantes.

Antes de escribir estas notas, quise yo saber algo más del cuadro y me puse en contacto con José Luis Chicharro quien amablemente me informó de que la obra había sido adquirida por la Dirección General de Museos, a propuesta suya, en una subasta realizada el 22 de junio de 2005 en una sala de subastas, «Arte, Información y Gestión». Ante mi insistencia, me detalló el número del lote, 307, y el precio final, 104.616 euros, a la vez que me aseguraba que hasta ahí llegaba su información, pero sabía que procedía de unos particulares.

Como mi curiosidad no se había saciado, y no perdía nada, me puse en contacto con la sala de subastas. Tanto su Secretaria, como su Director, estuvieron amabilísimos conmigo y me aportaron algunos datos interesantes. Según me contaron, el cuadro había permanecido, durante bastantes años, junto a obras importantes de Zurbarán, Murillo y otros grandes pintores de la escuela sevillana, en una sala «especialísima y reservada» de un conocido y peculiar anticuario sevillano, quien no quería vender el cuadro, sabedor de su gran interés e, incluso, en la idea de que bien podría ser de otro autor más importante que Martínez, ya suponéis de quién.

Parece ser que este anticuario tenía por costumbre adquirir casas y palacios completos, de los que adquiría hasta las alcayatas. Según me contaron, muchas nobles y arruinadas casas sevillanas habían acabado en los locales de este anticuario. Como yo quería seguirle la pista al cuadro, el Director de la casa de subastas me dijo que era imposible hacerlo, pues el anticuario había muerto y sus herederos se habían apresurado a vender las innumerables obras de arte que tenía en su poder. Fue comprado entonces por quienes posteriormente lo sacaron a subasta. Indudablemente mi discreción y mi osadía no llegaron a tanto como para seguir preguntando quiénes habían sido los compradores, entre otras cosas porque lo que realmente a mí más me interesaba era de dónde procedía la obra.

No obstante, me pusieron en contacto con un reconocido especialista en arte⁸, por si él me podía dar alguna otra información, pues había participado de alguna forma como consejero de los compradores. Si la amabilidad de los responsables de la casa de subastas fue grande, no os podéis imaginar lo que disfruté hablando con este señor. Me dijo que él había visto el cuadro hacía bastante tiempo en el local del anticuario y que se había enamorado de él, que suponía que vendría de alguna gran casa sevillana, pero no podía asegurar cuál. Al preguntar yo si podría venir de algún palacio o convento de Jaén, él mantuvo su teoría de la procedencia sevillana. Seguía yo insistiendo y él quiso acabar con la indagación diciendo «Pero ¿no sabe usted que los cuadros tienen alas y pies?» y me hizo referencia a que ese mismo día, el 7 de noviembre, se había producido el robo de un Goya, *Los niños del carretón*, propiedad del Museo de Arte de Toledo, Ohio, mientras era trasladado al Guggenheim de Nueva York. Precisamente el señor con el que yo hablaba es especialista en Goya y tiene bastantes trabajos publicados sobre el pintor de Fuendetodos. Como es conocido, después de varios días sin saber nada acerca del paradero del cuadro robado, fue recuperado el pasado día 20.

Y esto es todo lo que dieron de sí mis indagaciones. Prometo seguir erre que erre y si mis pesquisas llegan a más, os lo contaré cuando esto se publique.

Afortunadamente como decía este amable señor, los cuadros tienen pies y éste ha venido a parar a nuestro Museo, aunque haya sido previo pago de una considerable suma, pero creo que bien merece la pena. ¿No pensáis vosotros lo mismo?

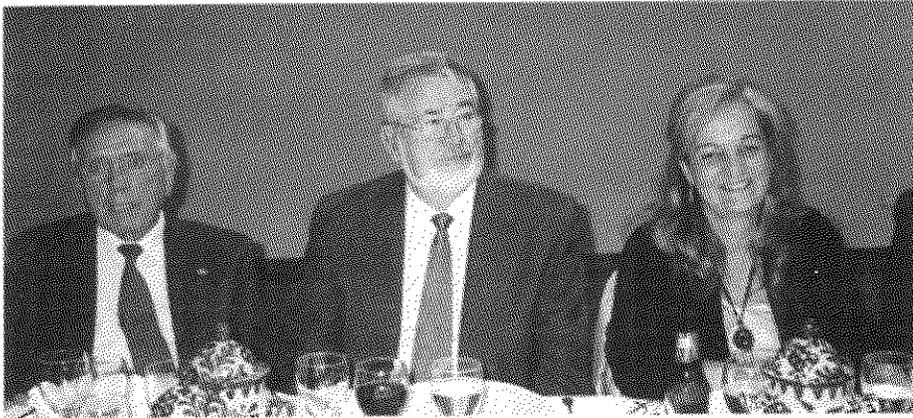


Degustada la macedonia de frutas salida de las hacendosas manos de Esperanza Casañas, a la que da un punto insuperable, así como los dulces y bebidas acompañantes, el Prioste sumerge una mano en uno de sus bolsillos para, sacando unas cuartillas, despedir el acto al tiempo de emplazarnos para el que viene. Nos dijo:

⁸ Después de la Cena 2006 me puse nuevamente en contacto con este señor con el fin de pedirle su autorización para desvelar su nombre y él accedió a ello. Me refiero a don José Manuel Arnaiz Tejedor, destacado especialista en arte tanto a nivel nacional como internacional y gran conocedor de Goya, pintor al que ha dedicado infinidad de artículos, fruto de sus investigaciones. Muchas gracias por su amabilidad.



Pedro Galera. Juan Cuevas y Pilar Sicilia



Antonio Casañas.
Ángel Viedma y María José Sánchez

Amigos: Nuestra querida Cena Jocosa o de Santa Catalina del año 2006, utilizando galénica expresión, podemos decir que se encuentra en situación terminal.

Pero antes de que este finiquito se produzca, quiero haceros partícipes de unos inquietos sentimientos y unas bulliciosas inquietudes, que cada año y en determinadas fechas se experimentan en mi, sensaciones siempre relacionadas claro está, con el memorable acontecer en el que en esta noche nos encontramos.

Cuando el relajado y caluroso mes de agosto ha tocado a su fin, y nos adentramos en el inquieto septiembre con los afanes e inquietudes propias de un curso que se inicia, junto al esbozo que se adivina de la estación otoñal, comienza mi caletre a cavilar pensando en que se aproxi-



ma, el volver a revivir estos aconteceres anuales, que si para todos son esperados y queridos, os podeis figurar lo que para mi representan, al estar tan metido y enquistado en este deleitoso menester, desde aquel veinticinco de noviembre del año mil novecientos setenta y ocho.

Y en todo este pensar y cavilar acerca de si este año habrá posibilidad, de cómo, de en que lugar de acomodo y demás pormenores, que a veces no son tan menores, que conlleva el poner en pie estas veladas, a la vez de todo ello y así, de vez en vez, me surgen en ese par de meses de planes y provisiones, impulsos de componer algo para la Cena que se acerca, sobre todo algún modesto poema, en función claro está, de mis ya conocidas pálidas y desvaídas cualidades para tal empeño, y en este año y ya metidos en el mes de octubre, me surgió una de estas ideas que, alimentándola con un poco de aliño, brotó como sin querer, esta sencilla pero sentida composición, que a la postre resultó ser, algo así como un remedio de tres espinelas, que os las ofrezco como final de este entrañable encuentro.

Así pues, ahí van estas tres décimas que titulo: «Tres espinelas para La Cena del año 2006».

TRES ESPINELAS A LA CENA DEL AÑO 2006

En Jaén el toque de ánimas suena
de noviembre en noche silenciosa,
gentes con puntualidad rigurosa,
criaturas todas de enhorabuena
acuden con Don Lope a su Cena;
rito que todos los años conmemora
lúcida composición encantadora
que describe en forma deliciosa
una notable y famosa Cena Jocosa
que alumbró Baltasar en buena hora.

Son sin dudar destacados eventos
los que conforman estas veladas,
ya por muchos años consagradas,
y hechas a mayores abundamientos
en muy particulares alojamientos.
Conjunto de personas cabales,
si con dedicaciones desiguales,

todos de San Antón sus Amigos,
y cada año diligentes testigos
de estos encuentros fraternales.

A vos amigos, derroche de probidad,
actores de estas cenas sin querellas
en que se dicen tantas cosas bellas
y se rinde pleitesía a la amistad,
por favor, vuestras copas levantad,
¡por nuestra Asociación brindemos!
y que abundantes años apostemos
por estos encuentros deleitosos
de sentires tan jaeneros y jugosos
que todos sin excepción queremos.



Terminada que fue su intervención, puso en marcha el magnetófono y dejó oír en cinta el «Canto a Jaén» al que todos, con más ó menos fortuna (más bien menos) procuramos acompañar.

Recogida y apunte de ejemplares de la crónica de la cena anterior (que luego hay que pagar) afectuosas despedidas, requerimiento de prendas de abrigo y paraguas, tocando a Francisco Cano y a mí, el honroso cometido de servir de escuderos y acompañantes a María José Sánchez hasta quedar depositada en su domicilio.

Ello cumplido, junto con Francisco, encaminamos nuestros pasos a las cercanas viviendas haciendo comentarios sobre lo acontecido en la cena que, al igual que las anteriores, ha resultado incomparable.

En lo que se refiere a este aprendiz de cronista, después de acosado, sigue rebobinando recuerdos y trata de encajar los mismos en una hipotética crónica que todavía está por escribir.

Hasta aquí, paciente lector, lo que han dado de sí mis torpes entendederas.

Sin duda, todos los que me precedieron, fueron mejores relatores, pero tengo a mi favor el haber disfrutado de una cena, que ya es irrepetible, charlado con amigos y vivido de forma intensa unas horas que, por celebrarse cada un año son, como antes digo, irrepetibles.

Como de todas formas ya había contado con mi inutilidad y daba por sentado un mal resultado, preferí entregarme en cuerpo y alma a vivir lo que tan de tarde en tarde nos llega.

Si por un casual, tu benevolencia diera en pensar que no ha estado del todo mal, cosa que agradecería infinitamente, habría que aplicar el dicho de: «Si con barbas, San Antón, si no ...»

Y la paz.



Óleo sobre tabla, anónimo, en el Museo Diocesano, con figura de San Antón



Figura de San Antón sacado del cuadro anterior

Addenda

a la Crónica de la Cena Jocosa del año 2006

De lo que por falta de tiempo no pudieron decir
cinco amigos de San Antón en el transcurso
de esta Cena:

Juan Antonio López Cordero

Juan E. Espinosa Lavín

Rufino Almansa Tallante

José García García

Ángel Aponte Marín

Desertores

Juan Antonio López Cordero



El servicio militar ha sido tradicionalmente una contribución de sangre, de la que sólo podían librarse aquellos mozos que por suerte, limitaciones físicas o condiciones sociales y económicas podían hacerlo. A finales del siglo XVII los famosos tercios españoles fueron sustituidos por los regimientos, unidades de soldados con armas de fuego, pero no afectó a la situación de los soldados, pues las continuas guerras continuaban provocando levadas numerosas y la consiguiente angustia y dolor en la población.

Hasta el siglo XVIII, el sistema de reclutamiento en España se realizaba por reclutamiento pagado y levadas de vagos, mendigos y marginados en general. En 1704, la dinastía borbónica, copiando el modelo francés, introdujo el sistema de reclutamiento basado en las quintas. Se reclutaba a una *quinta* parte de los mozos en edad militar mediante sorteo. El sistema de quintas fue utilizado de forma irregular a lo largo del siglo XVIII, no regularizándose hasta la Ordenanza de 1800.

El inicio del siglo XVIII, con la Guerra de Sucesión, supone la continuación de una sangría humana que ya era perenne en la población giennense. Tras la victoria de las tropas borbónicas en Almansa, en 1707, el soldado Juan Ruiz del lugar de Carchelejo, que por sorteo se incorporó al Ejército tres años antes, desertó. Ello suponía que su pueblo debía enviar a su regimiento otro mozo que lo sustituyese. El miedo a la incorporación a filas estimuló la búsqueda del fugado por parte de los vecinos del lugar, encontrándolo en la limítrofe población de Cárcel, siendo enviado de nuevo a su regimiento con la custodia de dos guardas.¹

¹ GONZÁLEZ CANO, Jorge. «La Guerra de Sucesión: su incidencia en el lugar de Carchelejo». En *Sumuntán*, núm. 4 (1994), pág. 194.

La desesperación por evitar el servicio llevaba a otros reclutas a buscar amparo en lugar sagrado, aprovechando así la diferente jurisdicción que correspondía a estos lugares e intentando provocar un posible conflicto estamental. Iglesias, conventos y ermitas se convirtieron en lugares temporales de refugio. Por regla general se permitía la entrada a la Justicia; pero, a veces, la Iglesia facilitaba la fuga de los refugiados, antes que permitir la violación de sus privilegios. Este es el caso de dos desertores que se refugiaron en la Catedral de Jaén en 1717, a los que el Cabildo Eclesiástico, tras desarmarlos, les dio unas limosnas para que pudiesen comprar ropa de paisano y huir de la ciudad, debido al riesgo de perder la vida si eran aprehendidos por sus oficiales.²

Las deserciones del ejército durante la guerra de Sucesión fueron abundantes. Enbeda hubo numerosos desertores en este período y los repartimientos de soldados provocaron conflictos durante estos años.³ Los reclutamientos se hacían a menudo con violencia en exceso, prisión y extorsiones, por lo que desde las altas esferas de poder se instaba en 1703 a las autoridades locales a suavizar los métodos. El cupo de quintos correspondiente a cada población se extraía de un padrón de mozos elaborado por las autoridades locales, que no siempre se ajustaba a lo preceptuado. el pánico a la leva, que conducía a la huida de los afectados, se generalizaba a las familias de éstos, pues las autoridades apremiaban su regreso embargando la hacienda o presionando de cualquier otro modo a los padres.

Las deserciones llegaron a ser tantas que hubo un momento en el cual los que desertaban eran más que quienes tomaban las armas. Se pagaba hasta 100 reales a quienes delatasen la presencia de un desertor.⁴

En plena guerra de sucesión austriaca, Felipe V dictó la Real Ordenanza de fecha 5 de diciembre de 1741 para una leva de 7.919 hombres, correspondiendo 180 a la provincia y 20 a la ciudad de Jaén. Conociendo el rechazo a las levas por parte de la población, la ordenanza apercibía de las medidas que utilizan muchos mozos para evadirse, ausentándose de sus poblaciones y buscando las ciudades, por lo que se ordenaba a los corregidores y justicias hacer pesquisas de estos mozos y los prendieran.

² Archivo Histórico Diocesano de Jaén (A.H.D.J.) Act. Cab. 30-6-1717.

³ TARIFA FERNÁNDEZ, A.; y Parejo Delgado, M^a J.: «Incidencias socioeconómicas en la guerra de Sucesión enbeda». *Boletín del Instituto de Estudios Giennenses*, núm. 154. Jaén, 1994, pág. 201.

⁴ RODRÍGUEZ DE GRACIA, Hilario. «Fiscalidad de guerra en Jaén entre 1700-1715». En *Boletín del Instituto de Estudios Giennenses*, núm. 154. Jaén, 1994, pág. 210-211 y 217.

El porcentaje de mozos que correspondía a cada pueblo se hacía atendiendo a su población, de ahí que se falsease con frecuencia su número para que el cupo fuese menor, así como disminuir la cuantía de los impuestos. La duración del servicio de quintas era de tres años. Para asegurar la presencia de los mozos en el sorteo, el corregidor de Jaén ordenó prender a aquellos de los que debían salir los 20 soldados pedidos a la ciudad. En total eran 153, incluido el listado de milicias. Se consiguieron con gran trabajo 30 mozos, «sacando a unos de sus camas, y a otros que se encontraban en la calle». De ellos, sólo encontraron 10 aptos físicamente, de lo que se deduce una población crónicamente subalimentada, propensa a toda clase de enfermedades.

Para encontrar al resto de los mozos huidos de la leva se hizo necesaria su busca por los cortijos y heredades del término, recogiendo a 28 hombres, en gran parte también incapacitados físicamente para el servicio. Finalmente sólo se hallaron 13 mozos aptos para el sorteo. También se buscó a los huidos en las iglesias y conventos de la ciudad, sin encontrar ninguno. Finalmente, hubo de incluirse en el sorteo también a los mozos que servían en milicias, cuyo número era de 36; once de los cuales completaron el cupo junto a cuatro presos que incluyó el corregidor y el resto fue capturado, haciendo así el total de los 20 mozos que correspondían a Jaén en la leva de 1741.⁵

Estos hechos suelen ser comunes a todas las poblaciones, y frecuentes las referencias a ellos. Así, al pueblo de Carchelejo le correspondió un mozo en la leva de 1741 y, aunque sólo era uno, había quien huía para evitar el sorteo. Es el caso de Juan Morenillas que buscó refugio en el limítrofe monasterio de Cazalla; o el de Francisco de Vilches, también vecino de Carchelejo, en la leva de 1845, perseguido por la Real Justicia por el mismo caso.⁶

Una importante reforma en el ejército tuvo lugar en tiempos de Fernando VI, a mediados del siglo XVIII, que importó el modelo de ejército prusiano e intentó un servicio militar obligatorio que no pudo llevarse a cabo. Se crearon las academias militares de Avila y Segovia y se promulgaron en 1768 unas ordenanzas militares; también de esta época datan la bandera (1785) y el himno (1770). Los cupos de quintos solían repartirse entre las poblaciones de acuerdo con el censo de vecinos. Los sorteos de quintas se realizaban habitualmente cada dos años y el tiem-

⁵ LATORRE MENGÍBAR, F.: «Jaén y la leva de 1741». En *Actas del I Congreso Jaén. Siglos XVIII-XIX. Febrero, 1989*. Vol. I. Escuela Universitaria del Profesorado de E.G.B. de Jaén. Granada, 1990, pág. 354-360.

⁶ Archivo Histórico Provincial de Jaén (A.H.P.J.) Leg. 7171. Autos contra Juan de Morenillas. Carchelejo, 1741; y autos contra Francisco de Vilches. Carchelejo, 1745.

po que el mozo debía servir en el Real Servicio era de ocho años en un principio, posteriormente se reduciría. En principio eran llamados a quintas todos los mozos solteros de una población que estuvieran comprendidos entre los 17 y 36 años. Había frecuentes exenciones, los gremios en muchas ocasiones lo conseguían basando en la importancia de su trabajo para la riqueza del país. También estaban exceptuados del servicio los hijos de viudas, de ancianos (de padre sexagenario), de campesinos con pares de mulas propios y los hidalgos. Otra forma de engrosar las filas del ejército fue la leva forzosa de aquellos que el utilitarismo ilustrado no consideraba económica y socialmente rentable para el progreso del país como eran los *vagos* y *malentretenidos*.

La deserción continuó siendo bastante corriente pese a los castigos que el hecho conllevaba. Hay algunos casos de desertores que son realmente explícitos para darnos a conocer la mentalidad y condiciones de vida que lleva al quinto a abandonar el servicio de las armas y regresar a su casa. Uno de ellos fue Juan Marín, un giennense que fue destinado al depósito de quintos ubicado en Cádiz para los cuerpos fijos de América. Temiendo el embarque, decidió desertar y regresar a su tierra aprovechando la estancia de su regimiento en Cartagena. Desde el reino de Murcia, atravesó el Norte del de Granada hacia Jaén cuando fue detenido por el justicia mayor del lugar ante su apariencia de «vago o desertor» el 28 de enero de 1792, a las tres de la tarde, en el lugar de la Texera, término de Cúllar de Baza. Cuando fue apresado carecía de pasaporte, tenía 28 años de edad y dijo ser vecino de un pueblo cercano y que se dirigía a ver un hermano carpintero en Cúllar, lo que fácilmente el justicia averiguó que era falso por no conocer a tal persona en esa villa. Bajo la ropa de paisano se le hallaron algunas prendas que confirmaban su condición de desertor: «unos calzones azules, una chupa así mismo de paño, del propio color con mangas, y debajo del brazo se le halló unos zapatos con evillas doradas, un par de calcetas recias y en un bolsillo una cuchara de palo, un botón dorado, un bolsa de badana con diez o doce cuartos, un añadido para el pelo...»

La situación de Juan Marín en la cárcel de Cúllar era deplorable. Todos los presos compartían la misma celda, estaba casi desnudo y temía por su vida cuando ya llevaba cuatro meses encarcelado. Aunque no sabía escribir, un compañero de cárcel redactó una carta a su nombre que fue enviada a la Reina.

«Cullar de Baza 18 de Abril de 1702

Ynforme.

Serenisima Dios prospere su inportante vida con el exito que desea

Serenisima Señora

Juan Marin, vecino de Jaen, desertor, del fijo de la [Haba]Bana puesto A Sus Pies. de vuestra Magestad dise que pasando por esta villa de]Cullar] lo prendio el cavallero governador quitandole toda su ropa y de resultados de mi priçion dieron parte a la bandera questa en Cadiz. Contestaron que haçian deaçion de mi y el cavallero Gobernador no ha eçho caso de lo que me balgo de la Notoria Caridad y benigno Corazon de su Magestad para que determine de mi lo que fuere de su Agrado pues estoy pasando muchas Calamidades y trabajos sin tener mas anparo que el del Cielo ni tener quien me socorra con una libra de pan llevando de priçion tres meses, pues si su Magestad no se apiada de mi me morire de necesidad favor que espero del Noble Corazon de su Majestad interin pido A[!] todo poderoso pro[s]pere su inportante vida muchos años para que sea Amparo de pobres devalidos. Su humilde criado que sus pies besa. Juan Marin»
[carta dirigida a la Reina]»

La Reina se apiadó del desertor y a través del Conde del Campo de Alange,⁷ ordenó realizar investigaciones sobre su petición, poniéndose en marcha toda la pirámide de mando militar. Así éste ordenó al Marqués de Valle Hermoso⁸ información. El 12 de mayo de ese año el Marqués de Valle Hermoso pidió a su vez información al Marqués de Trujillos, comandante de armas de Guadix, coronel de artillería y del regimiento provincial de aquella plaza, que la requirió al auditor de guerra de la capitania general Manuel Arnandi Montenegro (5-junio-1792), y éste al Gobernador de Baza, que contestó que según sus investigaciones eran ciertas las quejas sobre su desamparo. Como solución proponía que SM expidiese una orden dirigida al gobernador de Cádiz obligando al comandante de la Bandera de dicho cuerpo a conducir al desertor a aquella plaza, donde se hallaba.

⁷ El Conde del campo de Alange, Marqués de Torremanzana, había sido ascendido en 1790 a la Secretaría y ministerio de Guerra.

⁸ Don Nicolás Manuel Bucarelli y Ursua, Marqués de Vallehermoso, Capitán General de la costa y del Reino de Granada.

La situación de Juan Marín se debía a la ausencia de un dispositivo de traslado a su regimiento, pues desde Cádiz, con fecha de 7 de febrero de 1792, contestó Manuel Remón, encargado de la bandera de reclutas para los regimientos fijos de América, que no podía mandar partida para traerlo, pues solo disponía de dos sargentos y dos cabos para el manejo y cuidado de más de 200 sentenciados. Fueron también infructuosos los intentos realizados en el mes de marzo para que la partida de Dragones de Numancia que pasaba por Cúllar hacia el Campo de Gibraltar llevando a cierto número de reclutas se llevase al desertor. Francisco Artola, sargento de la Partida, dijo que no se dirigía al Campo de Gibraltar sino a Ronda.

Las investigaciones ordenadas por la Reina motivaron que la situación de Juan Marín se aliviara, pues le fue entregada la ropa que le quitaron: chupa, calzones, zapatos, hebillas y calcetas. Mientras que el Teniente Coronel del Regimiento Provisional de Guadix, Julián de Navarrete, intentó cambiar la imagen de la prisión del desertor mediante un expediente en el que se afirmaba que al preso no le había faltado de nada, en el que el mismo Juan Marín afirmaba que recibía diariamente doce cuartos y que la queja dirigida a la Reina la hizo un día que se tardaron una hora en dárselos y fue inducido por otro presidiario que le escribió la carta y del que no sabía su nombre. El 18-junio-1792 se ordenó conducir el desertor a otro lugar, probablemente a su regimiento de Cádiz, camino de América.⁹

En el siglo XIX, aunque hay importantes reformas, no cambia sustancialmente el concepto de servicio militar. En las Cortes de Cádiz, en 1812, se estable el principio de obligatoriedad del servicio militar para todos los varones españoles sin discriminaciones, reiterándose en 1821, 1837 y 1856. En 1837 se abolieron las exenciones gratuitas y totales de que habían gozado con anterioridad las órdenes privilegiadas, las profesiones liberales, parte del campesinado establecido y la menestralía, sustituyéndose por redenciones y sustituciones del servicio militar, lo que favorecía a los ricos. Hasta 1876, con la nueva Constitución, el servicio no se generalizó para toda España: «todo español está obligado a defender su patria con las armas cuando es llamado por la ley» (art. III).

Entre las varias formas de librarse de este servicio, la más utilizada continuaba siendo la deserción, con lo que el quinto era declarado prófugo y consecuentemente perseguido, como fueron los casos de Juan Manuel Yeguas Herrera (sustituto de un quinto de Jaén) que en 1882 no

⁹ Archivo General de Simancas, SGU,6848,23. Juan Marín. Desertores.

quiso presentarse al embarque para Cuba;¹⁰ otra forma de librarse del servicio era el pago de dinero; o mediante la sustitución. De hecho, la mayoría de los reos prófugos en 1847 -14 en total-, cuyos procesos radicaban en el Juzgado de Primera Instancia de Jaén, lo eran por falsificación de documentos para sustitutos de quintos, por encima de los casos de robo -13 casos-, muerte y otros.¹¹

En el caso de la sustituciones se realizaba un contrato por el que un padre se comprometía a mandar a su hijo a cambio de una remuneración, a ello no era ajena la situación de penuria de la familia del sustituto o incluso la presión del pudiente sobre el necesitado. En el caso de José Luna, quinto sustituido por José Romero, en 1841, se estableció un contrato por el que el sustituido se comprometía a pagar 2.500 reales al padre del sustituto en diversos plazos y el sustituto a realizar los seis años de servicio, que en este caso terminó en juicio por incumplimiento del pagador.¹²

Otro tipo de sustitución en las primeras décadas de siglo era el apresamiento de un desertor y su convalidación por el quinto. Existen referencias a personas que se dedicaban a apresar desertores con este fin. Es el caso de Francisco Lario, vecino de Mengíbar, que para librar a su sobrino del servicio aprehendió primeramente a un prófugo, no valiéndole para conmutación por falta de talla. Un segundo apresamiento, en un prófugo de Villargordo, tuvo mejor resultado, quedando libre del servicio militar su sobrino.¹³

Indudablemente, los prófugos continuaban siendo abundantes. Ante la proximidad de la quinta, muchos de los mozos a sortear abandonaban los pueblos e iban a trabajar a distantes cortijos, no presentándose al alistamiento. Otros, cuya talla rozaba el límite de extensión establecido buscaban otros medios de exención, como el emborracharse la noche anterior a la medición, porque decían que el cuerpo se encogía en estado de embriaguez.

Ante esta temible contribución humana, también los mismos ayuntamientos intentaban exonerar a sus mozos. El caso de Carchelejo en el reemplazo de quintos de 1896 es evidente al respecto, tanto es así que

¹⁰ LÓPEZ CORDERO, J. A.; LIÉTOR MORALES, J.; y ROJAS LÓPEZ, J.: *Pegalajar: nueva aproximación histórica*. Ayuntamiento de Pegalajar. Jaén, 1994, pág. 153.

¹¹ B.O.P.J. 10-enero-1848.

¹² A.H.P.J. Leg. 4521. Demanda instruida a instancia de José Romero contra José de Luna, 1841.

¹³ A.H.P.J. Leg. 4520. Expediente de justicia sobre solicitud de sustitución de un prófugo por Francisco Lario, 1819.



¿Alcanzará? Pedro Rodríguez de la Torre.
Museo Provincial de Jaén

tuvo que intervenir la misma comisión provincial de alistamiento para que se presentasen ante ella los mozos que no lo habían hecho. Sin duda, la Guerra de Cuba, iniciada en 1895, era la clave ello; pues en Carhelejo eran muy pocos los que podían librarse del servicio a cambio de las 2.000 pesetas que se exigían.

El Ayuntamiento intentó la libranza del servicio a través del capítulo de alegaciones y, en concreto, a lo que al tallaje se refiere. El reemplazo de 1896 lo constituían los mozos nacidos en 1877, con 19 años de edad. Tras el tallaje realizado por una comisión municipal, nueve de los veinte examinados no alcanzaban la altura requerida (1,500 m.), siendo declarados como excluidos totales por parte de esta comisión municipal. Todos los mozos presentaron algún tipo de alegación; aparte de la talla, hacían referencia a dolencias o enfermedades, o que estaban a cargo de sus padres pobres y ancianos. Por lo que, a resultas de la medición y alegaciones, no se declaró útil en primera instancia a ninguno de los mozos, «quedando uno en depósito, cuatro pendientes de reconocimiento, cinco excluidos parciales y diez excluidos totales».¹⁴

De una u otra forma las quintas, como contribuciones dolorosas para el pueblo giennense, estuvieron continuamente presentes en la historia, marcaron la vida de gran parte de la población que las veía como las más terribles de las «contribuciones estatales», continuamente presentes en nuestra historia, archivos, literatura... o, incluso, en el arte; como es la obra del giennense Pedro Rodríguez de la Torre (1847-1915), donde figura un mozo al que el barbero rapa la cabeza para que el día siguiente pudiera exonerarse del servicio de quintas por no alcanzar la talla.

¹⁴ RUIZ GALLARDO, Manuel: «Carchelejo en 1896. Consideraciones generales y política municipal en la crisis de fin de siglo». *Sumuntán*, núm. 7 (1996). CISMA, pág. 71-76.

Petroglifos del Barranco de la Tinaja, en Otiñar (Jaén)

Juan E, Espinosa Lavín

El hombre ha tenido la necesidad de comprender el mundo que le rodea y principalmente las leyes que rigen la vida: el nacimiento, que representa la continuidad de la especie, el desarrollo de la misma, determinada por la íntima relación y dependencia que tenía con su medio natural, y el misterio de la muerte, que cierra el ciclo vital de la humanidad.

Este mundo mágico, esta lucha permanente por la supervivencia, estas fuerzas externas que gobernaban el mundo, le hizo crear dioses que vivieran en el cosmos.- Todo su mundo se movía en ritmos cíclicos, unas veces beneficiosos y otros desastrosos al converger circunstancias desconocidas, y que no eran otra cosa que la influencia de los dioses en la tierra.-

Todo ello hizo mirar a nuestros antepasados hacia los cielos e imaginar todo un mundo mágico de dioses, héroes y demonios que marcaban de una manera significativa la vida de las personas.- Un cielo sorprendente, luminoso y mudable, donde todo estaba en movimiento.- Un cielo repleto de constelaciones y estrellas que aún conservan en sus nombres los recuerdos de aquellas visiones, de aquellos dioses que veneraban nuestros antepasados.- Buscó la protección divina mediante actos y sacrificios que se transformaban en adoración.- Para representar esa relación, basada en la eternidad que no se podía definir con palabras, utilizaron tres maneras de comunicación: el símbolo, el mito y el rito, que es la base y sustento de la más honda tradición que nos ha sido legada por nuestros antepasados.- Según Jung, esta analogía se sigue transmitiendo de generación en generación a través del inconsciente colectivo.- Así se fue construyendo la primera cultura del mundo, basada principalmente en los símbolos.-

En todas las culturas de la Tierra los hombres primitivos trataron de expresar, a partir de algún momento, los conceptos abstractos y



fueron ayudados por algún tipo de instinto o, en términos religiosos, «revelación», común a toda la especie humana.- Aquí se podría decir también, que esa «revelación» general podría ser la intervención de otros seres llegados desde una civilización muy avanzada, hoy desaparecida, de la misma Tierra o del Cosmos.-

Aunque pueda resultar algo fantasiosa, la universalidad de los símbolos, de los arquetipos y la enorme cantidad de coincidencias entre las más lejanas religiones y cosmogonías parecen refrendar esta hipótesis.-

Todos los pueblos de la tierra han legado sus experiencias más íntimas a través de objetos y lenguajes simbólicos para relacionarse con lo divino, y sintetizar esa mística relación con las fuerzas de la Naturaleza o dioses, para que sean propicias y salvadoras.- Porque el símbolo es necesario y casi fundamental en el encuentro entre lo sagrado y lo humano, porque no hay otra manera de describir la experiencia espiritual si no es mediante el lenguaje ligado a la percepción de los sentidos.- Y de esta forma nacen los símbolos: la expresión intelectual de una idea, de un concepto y que es un signo eterno y visible al que va asociado una idea, emoción o sentimiento espiritual.-

El símbolo suele evocar una realidad de carácter general, habitualmente relacionado con lo sagrado.- El símbolo refunde en una imagen, en una figura, toda la experiencia colectiva que no se puede expresar en palabras y que necesita el apoyo fundamental de la imagen, por tanto es un conjunto de conocimientos ancestrales.-

Vamos a referirnos a los petroglifos del Barranco de la Tinaja, en Otiñar.- Este lugar se encuentra a unos 12 kilómetros de Jaén en dirección al pantano del Quebrajano, a continuación del 2º acceso al núcleo de población de Santa Cristina.- A la derecha se abre este imponente barranco.- Subiendo por la pista pedregosa que fue el curso del agua, nos llevará hasta el castillo de Otiñar.- A la izquierda está la pared donde se encuentran gran cantidad de figuras grabadas en la piedra, petroglifos o insculturas, que de ambas maneras se denominan.-

Hay varios grupos de estas figuras simbólicas en el zócalo, las más repetidas son los círculos concéntricos.- Creen algunos autores que fueron grabados por nuestros antepasados hacia el tercer milenio antes de nuestra era.-

El primer grupo, el que está más a nuestra izquierda, se encuentra casi desaparecido por las manchas de las filtraciones de agua y musgos.-

El siguiente grupo es el más interesante por la variedad de figuras.- Los que siguen son de círculos concéntricos agrupados de diferentes formas.-

Las figuras son: una cruz esvástica; otra cruz potenziada; una uve invertida y potenziada; dos especies de puntas de flecha; una "venus" de cintura a los tobillos; una figura antropomorfa; una especie de torso de esqueleto; un círculo de 2 anillos y un grupo de otros 5 círculos concéntricos de 2, 3 o 5 anillos dispuestos como en cruz.- Hay otros círculos más dispersos.-

De este grupo excluirémos la cruz y la uve potenziadas.- Su técnica nos dice de su relativa modernidad.- Estos motivos se utilizaron desde la Alta Edad Media y estaban relacionados con delimitaciones jurisdiccionales de cotos, municipios, etc. por eso hay que desligarlas del resto de los grabados prehistóricos.-



Barranco de la Tinaja
Grupo de círculos en cruz



Barranco de la Tinaja
Grupo de círculos en cruz inferior

La técnica para la confección de estos grabados la diferencian los estudiosos en dos tipos: En algunos casos los surcos presentan una sección transversal en forma de V con los bordes muy angulosos y las paredes rectas y ásperas, se aprecian las huellas de los golpes dados con un instrumento afilado y puntiagudo.- La profundidad de los surcos suele ser mayor que la anchura de los mismos.-

El otro tipo de técnica presenta surcos de sección transversal en U muy abierta, con los bordes enormemente desgastados, suaves al tac-

to y de una anchura al menos el doble que la profundidad.- Esta técnica es la predominante.- El método seguido ha sido la paciente labor de frotamiento continuo de la superficie a grabar.- Este frotamiento se hacía con la dura concha del caracol marino, cuya consistencia y dureza hicieron de ella, en la práctica, un taladro de gran precisión.- Por esta zona de Jaén se encuentran muchos fósiles marinos.- Otros ven dos fases sucesivas: la primera estaría constituida por el marcado del dibujo mediante un piqueteado fino, y la segunda puliendo acto seguido los surcos.- También se supone que sólo fuese un minucioso piqueteado que la erosión, en el transcurso de los siglos, se encargaría de disimular.-

Los grabados aparecen en las costas, principalmente en la oriental y occidental atlántica, en los grandes cursos de agua, en las laderas y en pequeños valles fluviales, con una hipotética orientación hacia el poniente.- La datación de su ejecución es muy imprecisa, va desde el Neolítico hasta el final del Bronce (3500 a 1000 a.C.).- Otros arqueólogos dicen que habría que situarlos entre el 6.000 y 3.500 a. C, es decir, entre el Mesolítico y el Neolítico.- En el Neolítico es cuando oficialmente se sitúa el Megalitismo.-

Dejemos aquí la parte teórica a los científicos.- Nosotros trataremos del simbolismo de las figuras, especulando con el mensaje que quieren transmitir.-

Lo primero que encontramos son los círculos concéntricos que nos están indicando del carácter simbólico-religioso que tiene el lugar y el mensaje.-

El círculo se ha identificado con el cielo, lugar donde residen los dioses o fuerzas que ordenan el mundo.- Simboliza la perfección.-

A continuación está la cruz esvástica con las terminaciones en arco que sugieren un movimiento rotativo.- Este símbolo está muy difundido por todo el mundo, especialmente en Asia y Europa.- Generalmente representa la rueda solar, la fuente de calor, de luz, de vida.- La esvástica, que es una cruz de brazos iguales girando sobre sí misma, le da un carácter más dinámico y globalizador a la cruz, que se entiende como un centro que se abre hacia el mundo, prolongando así el impulso creador que ejercen los grandes poderes del cosmos sobre un punto.- Su simbolismo también está unido al del círculo y a la cruz.-

La cruz es uno de los símbolos más antiguos y difundidos que aparecen en todas las culturas y épocas.- Puede reproducirse de forma muy diversa, pero la base está siempre constituida por el cruce de dos segmentos.- Desde la más remota antigüedad aparecen cruces por todo el mundo, siempre con carácter sagrado.- Es un símbolo universal.- Tie-

ne muchos significados, según las culturas y la época.- Representa la unificación de dos mundos, el espiritual, el eje vertical, y el material, el eje horizontal; el mundo superior y el inferior; dos fuerzas activas, las asignadas al cielo (principio masculino) y las de la tierra (principio femenino).-

El punto en el que se encuentran ambas líneas es el centro, es su esencia más íntima, es la representación de la unidad, y esta conjunción de lo espiritual con lo material es el Hombre.- Estos dos trazos que forman el signo de la cruz, la divinidad y el hombre, se combinan armoniosamente para generar la Vida.- La cruz simboliza a la Vida.- Las interpretaciones son muy variadas y frecuentemente van asociadas con otros símbolos gráficos, como el círculo, el cuadrado, el triángulo, etc.- Inscrita en el círculo, o en tramos, simboliza al sol, como la cruz gamada o esvástica.- O la unión del cielo (círculo) y la tierra (cruz), lo divino y lo humano.- Tiene muchos más simbolismos; hasta aquí los que nos interesan.-

Mas abajo de los anteriores hay dos grabados muy curiosos en forma de hoja o punta de flecha.- Uno tiene una cazoleta en el centro y una pequeña prolongación en ángulo en uno de sus pies, y al otro le sale un trazo del centro hacia abajo.- Se pueden clasificar como hojas de puñales triangulares sin emangar, o como alabardas.- En la parte inferior de este tramo de pared se encuentra la «venus», una representación femenina de abultadas caderas y nalgas representando a la fecundidad.- La mujer era la fuente de vida, de ahí que se resalte el pubis, el vientre y los senos.- Su imagen y función se deificó desde el Paleolítico, transformándose en la Diosa Madre.-

La continuación de la vida dependía de la fecundidad de las plantas, de los animales y de las mujeres.- El Sol es elemento crucial para la vida en la Tierra, y la Luna por su influencia en las aguas y en ciclos naturales.- Ambos fueron adorados como dioses y los personificaron asociando al primero cualidades masculinas y a la segunda perfiles femeninos.- De ahí que en este lugar, el Sol se represente con la esvástica y la Luna por la figura de la venus.-

El grabado que parece el esqueleto de un torso humano ¿qué representa?.- Tiene una cazoleta central rodeada de zonas concéntricas que son atravesadas por una línea recta, que desde el exterior llega al centro.- Bien podría ser el plano de una ciudad, como la descrita para Marroquíes Bajos, al norte de Jaén.- Una ciudad con un centro, donde reside el templo, el poder, y con franjas alternativas y concéntricas que pudieran ser de tierra y de agua, y esta descripción coincide con la que hace Platón de la capital de la Atlántida.-

También pudiera ser la expresión del Centro y Eje del Mundo.- La cazoleta sería el Centro, el lugar de donde todo parte, es símbolo de la divinidad.- El centro es el principio y la esencia, es el lugar donde se reúne la diversidad del mundo para crear la unidad.- La línea ascendente es el Eje del Mundo, el que une todos los planos o niveles de existencia, el que simboliza que todo el universo está unido y relacionado.- Otra interpretación sería la de Arbol de la Vida, partiendo del Centro, de la divinidad, inunda todos los planos de existencia.-

Debajo de la anterior hay otra inscultura figurando unos círculos concéntricos con un centro como con dos cazoletas.- Los círculos concéntricos también representan al cielo; un cielo activo, en movimiento; una bóveda celeste que se relaciona e interfiere en la vida de la tierra.- Es el poder de los dioses que residen en el cielo.- También representa a lo espiritual, a lo divino, a lo eterno, a lo absoluto, a la perfección.- El centro del círculo puede jugar un papel importante en la significación.- Con frecuencia puede representar la influencia de estas fuerzas sobre la tierra, o tienen la función de Centro del Mundo desde el cual emana la acción en todas direcciones.-

Las cazoletas son diversos tipos de hoyos excavados en la superficie de la roca, generalmente de forma hemiesférica, con el fondo más o menos cóncavo y un tamaño no superior a los 5 cm. de diámetro.- En muchos casos aparecen formando parte de otros motivos, como los círculos o semicírculos.- Son signos prehistóricos de los mas antiguos.-

La figura más enigmática de este panel es la antropomorfa.- Tiene una cabeza redondeada, sin facciones apreciables, y un cuerpo como enfundado en una especie de mono hinchado que no deja distinguir bien las extremidades.- ¿Una figura así en la prehistoria?.- Mas bien parece un astronauta.-

Como hemos hablado del simbolismo ortodoxo de las figuras grabadas, vamos a especular con otra interpretación más heterodoxa.-

La cruz nos está diciendo que en la tierra había vida organizada, homínidos entre otros.- Estos sirvieron de base genética para la intervención de unos seres llegados del cielo, de nuestro sistema solar, que crearon un nuevo tipo de vida, el humano, al cual dotaron de inteligencia y conocimiento para que comprendiera el mundo que le rodeaba y tuviera otras aspiraciones de transcendencia.- O sea, que aceleraron la evolución del «homo erectus»; el «eslabón perdido» de los científicos.-

Estos seres, representados por el astronauta, vinieron en unas naves, las figuras con forma de punta de flecha; la cazoleta es el interior de las mismas y el apéndice de la otra la energía impulsora.- Sus expe-

rimentos genéticos están relacionados con la procreación de nuevos seres, la «venus», y el origen de estos dioses era el universo, no sólo del sistema solar sino la amplitud visible de la bóveda celeste, representada por esa gran cantidad de círculos concéntricos que podrían estar indicando constelaciones, galaxias, otros mundos, y que éste sería el destino del nuevo ser creado.- Hasta la manera de agrupar los círculos sugieren ser un mapa estelar.- ¿Alguna constelación determinada?-

Podríamos concluir que unos seres muy evolucionados vinieron del Cosmos y, cogiendo barro o arcilla de la Tierra, los «homínidos», los perfeccionaron haciéndolos mas a su imagen, y después de varios experimentos, les infundieron el don del pensamiento (que algunos tratadistas lo igualan al espíritu), para que comprendieran y fueran responsables de su vida y de sus actos, y que aspiraran a ser como sus creadores, y que su destino también fuese el Cosmos, de donde procedían.-

En todas las mitologías y religiones hay relatos análogos.- Los dioses viven en el cielo y bajan a la Tierra para crear al Hombre.- Hay luchas entre dioses buenos, que protegen al Hombre, y dioses malos, que quieren corromperlo y destruirlo.- Después los dioses vuelven a las estrellas, al cielo, y prometen volver.- En el inconsciente de la Humanidad está grabado que fuimos creados por un dios, por tanto somos sus hijos, y tendemos a estar unidos a él.- Así las mitologías maya, inca, egipcia, babilónica, asiria, etc.-

Son muchos los autores que han tratado el tema de la intervención extraterrestre en la historia de la Tierra y la Humanidad.- Ninguno, a mi entender, como Zecharia Sitchin.- Este erudito lee y entiende el sumerio; profesor de hebreo antiguo y moderno; de lenguas semíticas y europeas; de historia y arqueología del Oriente Próximo y especialista en el Antiguo Testamento, etc., nos ha dejado en la serie Crónicas de la Tierra, la historia y prehistoria de la Tierra y el Hombre, basándose en la información y textos grabados en tablillas de arcilla por las civilizaciones del Oriente Próximo.-

Hoy en día, esta pared con tantos petroglifos repletos de mensajes de nuestros antepasados prehistóricos, está cercada por un aprisco.- Los excrementos animales, las pulgas y la suciedad están haciendo que nadie se acerque a contemplarlos.- ¿Dejaremos que se pierda este singular patrimonio?.- Las autoridades tienen la solución pero falta la acción.-

BIBLIOGRAFÍA:

Alberto Alvarez Peña.- Simbología mágico-tradicional.- Editorial Picu Urriellu.- Gijón.- 2003

A. de la Peña Santos y J.M. Vázquez Varela.- Los petroglifos gallegos.- Editorial De Castro.- Sada- La Coruña.- 1.992.

Massimo Centini.- El Simbolismo esotérico.- Editorial De Vecchi.-

Juan Eslava Galán.- Los grabados rupestres de Jaén.- Revista Cajasur.
Nº 29

Zecharia Sitchin.- Crónicas de la Tierra.- Ediciones Obelisco.- 2002

Una comida en la corte de Isabel Valois

Rufino Almansa Tallante.

En una de mis visitas al Archivo General de Simancas, en busca de documentos sobre el Adelantamiento de Cazorla, encontré casualmente un legajo, fechado en 1568, con la minuta de la comida ofrecida por la reina Isabel de Valois, tercera esposa de Felipe II, en honor de una de sus damas, D.^a Ana Félix de Guzmán, hija de los condes de Olivares, que iba a contraer matrimonio con D. Francisco de los Cobos y Luna, nieto de D. Francisco de los Cobos, el poderoso secretario de Carlos V.



Me interesó la noticia ya que el caballero contrayente era hijo del entonces adelantado de Cazorla, D. Diego de los Cobos y de Mendoza y de D.^a Francisca Luisa de Luna, marquesa de Camarasa, cuyos nombres esculpidos al pie del elegante monumento conmemorativo de la construcción de la «Carrera y Alameda» del Santo Cristo, continúan interpelando a los cazorleños, desde el 1565. Allí aparecen como «Adelantados Perpetuos», título en el que se quieren reafirmar, pues la legitimidad de su posesión está en litigio y, finalmente, en virtud de la concordia de 1604, se verán obligados a resignarlo en favor de Santa María de Toledo, auténtica dueña y señora del Adelantamiento, en la persona de sus arzobispos.

Pero también el contenido del documento despertó mi curiosidad: nunca había tenido en mis manos el listado interminable de platos de una comida pantagruélica, al estilo de la época, e instintivamente vino a mi memoria nuestra «Cena Jocosa», que, por aquellos mismos años del siglo XVI, dió a luz el genio de Baltasar de Alcázar, y quise equipararlas, a pesar de ser dos cosas completamente distintas, pues la «Cena Jocosa», aún fundamentándose en la vida real, no deja de ser una bella e hiperbólica ficción literaria, y el legajo que nos ocupa es testimonio de un hecho

festivo, celebrado por personas concretas, en un momento y lugar determinados.

Baltasar de Alcázar nos describe la cena de un caballero hidalgo, labrador, hacendado, que tal vez tuviera sus casas principales en la collación de San Ildefonso de nuestro castizo Jaén; cena enjundiosa, con entrantes de «ensalada y salpicón», al estilo campero, que tiene como centro «la morcilla ¡... gran señora, digna de veneración!», morcilla picante, pletórica de piñones y «asada por... manos hechas a cebar lechones», y todo ello regado con «vinillo aloque», «de la taberna de Alcocer». Es, por tanto, la «jocosa», una cena fuerte, para estómagos recios, que no admite comparación con los manjares de la corte, aunque el banquete regio, por la cantidad de platos y su grosura, tampoco parece estar hecho para estómagos delicados.

Treinta y ocho platos distintos, sin contar los de «potagería», se sirvieron en la comida ofrecida por Isabel de Valois, y, tan sofisticados, que la mayoría de ellos admitía variedad de sabores, según las salsas y aditamentos con que se acompañaran. Aunque no pude encontrar lista de vinos y licores, todos serían de la mejor calidad. Y, es de suponer, que, según la costumbre en boga, durante el baile, pasaran criados uniformados de librea, portando grandes bandejas de plata, rebosantes de golosinas y joyas para obsequiar a las damas.

Y, sin más preámbulos, pasamos a transcribir el legajo en cuestión, cuya solapa vuelta lleva el siguiente título, escrito con posterioridad, de otra mano: «Menú de la comida ofrecida por Isabel de Valois, con motivo del casamiento de su dama D.^a Ana Félix de Guzmán, año 1568». Luego, desplegado el documento, leemos:

«COMIDA DE SU Magestad en el Casamiento de D.^a Ana Félix de Guzmán».

FRUTAS DE PRINCIPIO

- 4- Platos de natas.
- 4- Platos de orejones.
- 4- Platos de Naranjas.
- 4- Platos de Ensalada verde.
- 2. Perniles de Tozino.

PRIMER SERVICIO

- 4- Capones cozidos con sopa color de carnero y tozino.
- 4- Pobos.

- 4- *Platos de Torreznos y turmas.*
- 4- *Platos de pechos de ternera rellenos.*
- 4- *Gansos cebados nuevos.*
- 4- *Platos de pasteles ojaldrados.*

- 4. *Solomos de vaca.*
- 4. *Liebres.*
- 4- *Platos de manjar blanco.*
- 4- *Pasteles a la Inglesa.*
- 4- *Platos de codornices.*
- 4- *Empanadas de jabalí con salsa negra.*
- 4- *Capones empana.*
- Potagerías.*

FRUTOS DE POSTRE

- 4- *Platos de cerezas.*
- 4- *Platos de manzanas cobradas.*
- 4- *Platos de Suplicaciones.*
- 4- *Platos de grajea de anís.*

SEGUNDOS SERVICIOS

- 4- *Capones asados.*
- 4- *Piezas de vaca cozidas.*
- 4- *Platos con cada dos perdices.*
- 4- *Platos con cada cuatro gazapos.*
- 4- *Lenguas çeçinas con cecina.*
- 4- *Piernas de carnero picadas.*
- 4- *Platos de papos de pavos rellenos.*
- 4- *Platos de tórtolas.*
- 4- *Medios cabritos.*
- 4- *Platos de pollas.*
- 4- *Piezas de ternera.*
- 4- *Empanadas de pichones.*
- 4- *Empanadas de ternera.*
- 4- *Empanadas de salmón.*
- 4. *Platos de Buñuelos.*
- 4- *Platos de almojavanas.*

(A.G.S. Casa Real. Obras y Bosques, Leg. 398, 10).

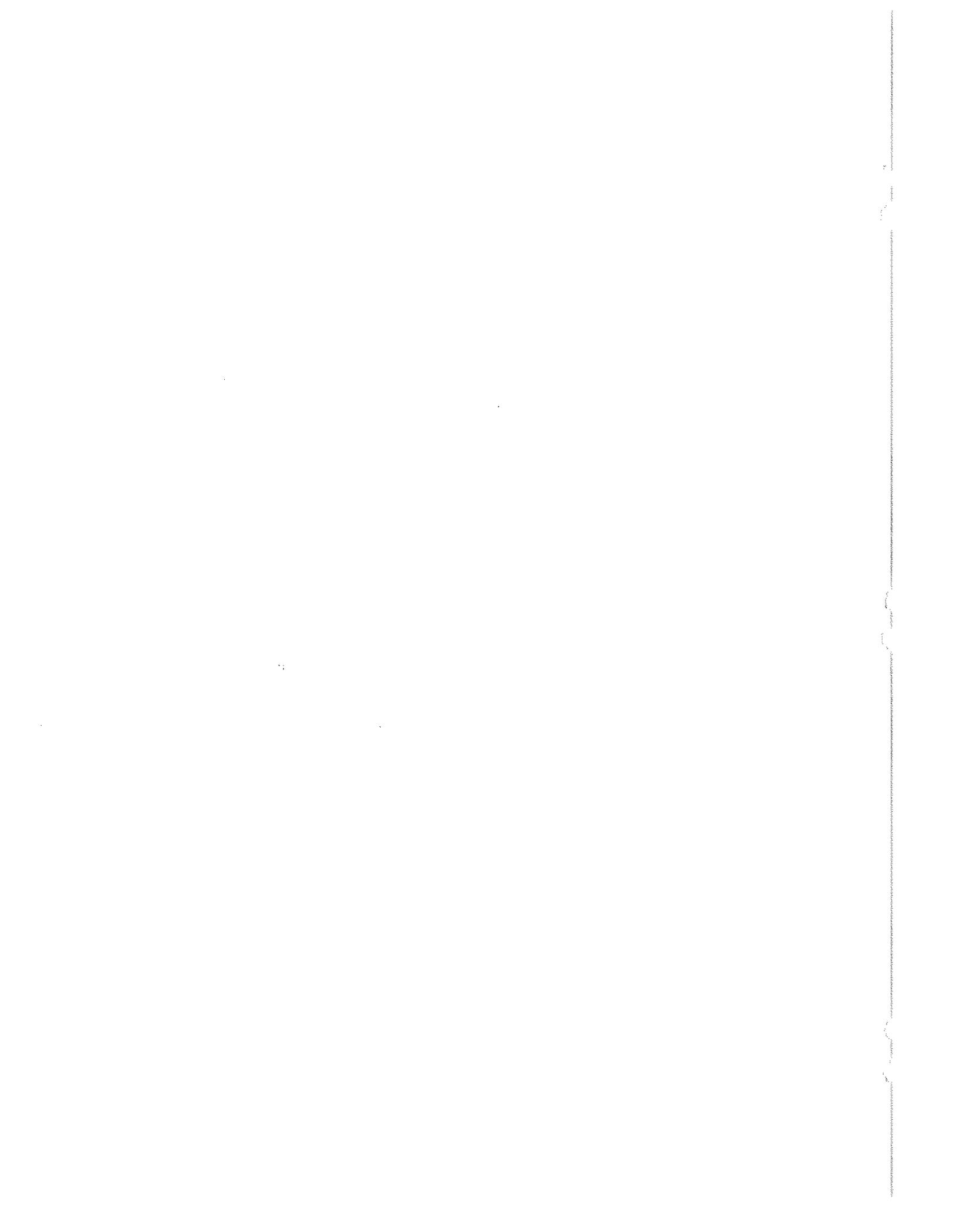
Desconocemos la fecha exacta, tanto de la comida regia, como del enlace matrimonial, si bien una y otro debieron tener lugar en el primer semestre del expresado año 1568, ya que, más tarde, el luto que cayó sobre la corte y sobre España, hubiera impedido la celebración de tales festejos, pues, en la madrugada del sábado 24 de julio, fallecía el desdichado príncipe D. Carlos, dejando tras de sí un halo de misterio e incertidumbre que, trascendió las fronteras nacionales y fue, durante mucho tiempo tema de conversación e intriga en todas las cancillerías de Europa, empañando el buen nombre de la Corona española. Pero no sólo eso, setenta días después, el 3 de octubre, la misma reina Isabel, que se encontraba en estado de buena esperanza, sufrió un fuerte ataque nefrítico, que desembocó en aborto y, sin que los galenos de la época pudieran evitarlo, la joven soberana dejó de existir.

Tampoco sabemos si la comida tuvo el carácter de despedida de soltera, a la que asistieran sólo la reina y sus damas de honor, entre las que figuraba la mítica princesa de Éboli, o si se celebró el mismo día de los desposorios, en calidad de banquete nupcial. Entre los invitados, no faltaron representantes de la más alta y antigua nobleza, que esto se tenía en mucho, aunque estos, celosos de sus prerrogativas, no veían con buenos ojos el encumbramiento de funcionarios reales y les consideraban como advenedizos a su círculo aristocrático. Como consecuencia de esta actitud, se dice que, durante mucho tiempo, se comentó en la corte la irónica ocurrencia de D. Diego de Mendoza, hermano del marqués de Mondejar, que se presentó en la boda tocado con un llamativo sombrero de plumas, dando a entender que se trataba de una celebración «*de plumas no de plumajes*», aludiendo al origen de los contrayentes, cuyos antepasados no figuraban entre la primera nobleza, ya que ambos eran hijos de secretarios, que se habían granjeado el favor real en el desempeño de sus funciones.

En 1575, falleció D. Diego de los Cobos y Mendoza, heredando su hijo, D. Francisco de los Cobos y Luna, los títulos de marqués de Camarasa y adelantado de Cazorla, si bien, como queda indicado, este último título, continuaba en litigio con la mitra toledana, que finalmente recuperó su soberanía sobre el señorío cazorleño, del que, en 1606, tomó posesión el licenciado Ávila Vera, en nombre de D. Bernardo de Sandoval y Rojas, cardenal arzobispo de Toledo.

Durante treinta años, desobedeciendo las resoluciones pontificias, enfrentándose a los adelantados nombrados por los arzobispos y con disgusto de sus súbditos, D. Francisco de los Cobos y Luna y D.^a Ana Félix de Guzmán, marqueses de Camarasa y señores de Sabiote, ostentaron el título de adelantados de Cazorla, disfrutando de los derechos y

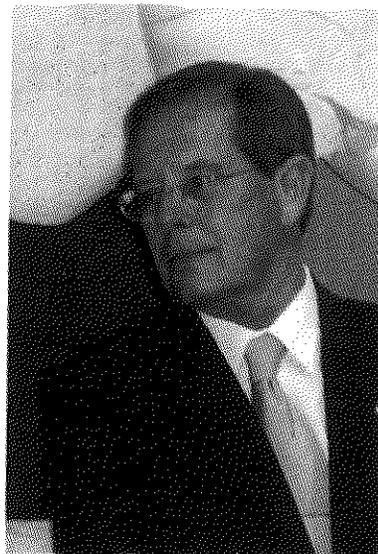
prerrogativas que tal dignidad conllevaba. A lo largo de este tiempo, D.^a Ana Félix desarrolló un protagonismo especial en el campo de la beneficencia, y, con la anuencia de su esposo, tomó parte en el gobierno del señorío; pero donde desplegó mayor actividad fue en la fundación del Colegio que habían de regentar los PP. de la Compañía de Jesús en Cazorla, para ello, reunió los bienes que con este fin había dejado el arcipreste D. Rodrigo de Ovalle y otras donaciones de personas particulares, y, sumando una dotación de 16.000 ducados, sobre las rentas del Adelantamiento, se constituyó en fundadora principal del nuevo colegio, cuyos trámites quedaron formalizados en 1589. El siguiente año de 1590, abrió el colegio sus puertas, con una comunidad de siete religiosos «*que enseñasen a leer y a escribir sin interés alguno a la juventud*». Entre las condiciones que se establecían en las actas de fundación, figuraba la prohibición, por parte de la fundadora, de que los jesuitas pudieran trasladar el colegio a ningún otro lugar. No muchos años después, cuando los marqueses de Camarasa perdieron el Adelantamiento, la misma señora escribía al padre general de la Compañía de Jesús, anulando esta condición y manifestándole su satisfacción si levantaba el colegio de Cazorla. El deseo de la marquesa fue desestimado y el colegio permaneció abierto cumpliendo sus fines fundacionales, hasta la expulsión de los jesuitas, decretada por Carlos III, en 1767.



Evocaciones de mi padre y sus amigos pintores

José García García

Cada vez que he visitado nuestro Museo Provincial y he contemplado las salas de pintores de Jaén, desde los más clásicos hasta los más modernos, no he podido evitar la evocación de mis años mozos, infancia y adolescencia sobretodo, en los que buena parte de los fondos exhibidos estaban repartidos o depositados en diversos lugares. En el Ayuntamiento, concretamente en la escalinata y en el pasillo de la alcaldía, se lucían los más conocidos y admirados por mí: *Las Presidentas*, *Contrastes*, *Los extremos se tocan...*



Mi padre a la sazón ordenanza (luego conserje) de aquella casa, comentaba con frecuencia que parecía mentira que en Jaén no se contara con un adecuado museo, teniendo la ciudad, como tenía, aunque dedicado a cuartel, un buen edificio para ello. Era un enamorado de su ciudad y de su patrimonio. Concretamente refiriéndonos al museo y sus pinturas, en una ocasión, me hizo la confidencia de que había cometido una, según mi criterio bendita, indiscreción. Un gobernador militar visitaba el Ayuntamiento y le comentó al alcalde de entonces algo así: *Aquí si que tenéis un buen montón de cuadros; en cambio, nosotros en el gobierno, no tenemos ni uno, Ya podías donarnos o prestarnos algunos...* Ante ese comentario, Carmona, que sujetaba la puerta del despacho mientras pasaban, prestó atención a la respuesta. El alcalde, político ante todo y, por lo que se verá, al menos poco reflexivo, vino a responder de esta guisa: *Eso está hecho. Cuenta con ello.*

Aquella misma tarde, el entonces director del repartido museo, conocedor de la conversación a través del indiscreto, activaba un plan de actualización y registro de los fondos depositados y, a la mañana siguiente, previa visita protocolaria al alcalde, comenzaba el recorrido por el Palacio Municipal. Al menos ese recordatorio frenaría la alegría irres-

ponsable de una posible o préstamo de algo que no pertenecía al Ayuntamiento.

De estos cuadros depositados, también recuerdo uno muy grande, *Rea Silvia* (para mí, en aquel tiempo, *el entierro*), que ocupaba un testero de una de las aulas de la antigua Real Sociedad Económica de Amigos del País, y el respetuoso mimo con que lo protegíamos cuando, en aquellas desaparecidas aulas, montábamos las exposiciones de pintura, dibujo, escultura, fotografía o artesanía, con ocasión de diversas festividades y concursos, sobre todo durante las ferias de octubre.

Hoy me parece aberrante el que montáramos un casillete protector del enorme cuadro mencionado para, sobre él, colgar unas cortinas grises, las cuales servían de paramento expositor de otros cuadros...; porque había que aprovechar aquel testero.

¡Y no digamos nada del sistema de bambalinas para la iluminación! Sobre tres tensos alambres cabalgaba un dosel de papel con su visera que protegía de la luz al espectador. En el alambre central, se colgaba, por parte de los electricistas municipales, una cadeneta de portalámparas en los que se enroscaban las bombillas procurando evitar molestias y brillos inoportunos. A pesar del calor de las lámparas y la proximidad del papel a ellas, no hubo nunca un incendio; ¡corrijo!, sí que lo hubo, pero mucho tiempo después, cuando ya en la Económica no funcionaban las escuelas y un aula se había convertido en casi sala permanente de exposiciones. Colgaban sus cuadros Fausto Olivares y se inauguró la exposición con una batería de cabos de vela que Carmona consiguió en su casa, en la fabricanía de alguna cofradía de pasión y en la sacristía de San Ildefonso. ¡Aquello resultó de lo más bohemio...!

De aquellos años en que comencé a ayudar seriamente a mi padre, el cincuenta y siete o cincuenta y ocho, cuando estudiaba segundo o tercero de bachillerato, y hasta finales de los sesenta en que me marché a Granada, después de haber ejercido como maestro en la aneja, guardo innumerables recuerdos de montajes, trabajos, recepción y desembalaje, fichado y embalaje de obras para los concursos nacionales, provinciales o locales... En más de una ocasión, ante la avalancha de cuadros que era imposible colocar en los espacios disponibles, hubo de hacerse una criba de admisión. Curiosamente, algún funcionario encargado, junto con algún asesor, hacían de su capa un sayo y, supongo que con su mejor voluntad, pero con criterio, si no despreciable sí inexistente, hacían dos montones, el de los que sí y el de los que no. Carmona, con mano izquierda y paciencia (alguna vez invocando a persona entendida y no involucrada en el concurso), lograba rectificar algunas exclusiones o in-

clusiones que no eran más que errores garrafales. También alguna vez «coló» y colgó, a pesar de la criba, algún cuadro de autor local...

Una vez se recibió un cuadro abstracto (creo recordar que era un esmalte o acrílico de cincuenta por cien, aproximadamente) que como no tenía cáncamo, ni agujero para él, ni rótulo trasero, ni firma en el lienzo, a pesar de ser muy sugestivo, nadie sabía como colgarlo, si en vertical o apaisado, hacia arriba o al contrario. Lo dejaron a criterio de Carmona y éste, al mío. Lo colgué apaisado y en un sentido en que la pintura semejaba una serie de oleadas que se desprendían hacia el espectador, como en sucesivas y descendientes curvas de nivel que partiera de un foco superior de color más intenso. Debimos de atinar, porque, una vez devuelto a su autor, nada reclamó sobre la huella del cáncamo.



Juan García Carmona

En más de una ocasión, a mis doce o catorce años, algunos de aquellos jóvenes e impacientes pintores que comenzaban a pelear en Jaén por hacerse un hueco en el hermoso y difícil mundo de la pintura, me reclamaban más o menos directamente, mientras que el jurado de turno deliberaba, para que les diera noticias de los resultados... Pinchaban en hueso. Nunca fui amigo de llevar y traer... Además, Carmona me lo tenía advertido: *Tú; ver, oír y callar.*

Eran los años de las primeras salidas colectivas de los Ayala, Viribay, Hidalgo, Parras; Fausto y José Olivares; Pepe Cortés, Antonio Cortés, Ballesteros, Gabucio...; y también Carlos Barrera, el escultor Rodríguez Callejón y Paco Cerezo y Puga e incluso Martín del Castillo.

Recuerdo que, con ocasión de las visitas que, como jurado de concursos, hizo Abascal a Jaén, se hizo amigo de Carmona hasta el punto de que éste se permitió pedirle una recomendación para el ingreso en Santa Isabel de Hungría, de una pintora jovencita jiennense.

Uno de los montajes en los que aportó su trabajo fue el de los cuadros y apuntes del estudio del desaparecido Serrano Cuesta, a cuya viuda le compró un precioso apuntito.

Y siguieron después los días del llamado Foro de Arte, primero en la Económica (casa e institución a la que la cultura jiennense tanto debe), después en la Diputación, con el patrocinio de la emisora Sindical, que dependía de Ramón Blanco, quien, a pesar de trasladarse a Bilbao, desde allí siguió sugiriendo y tirando de algún pintor jiennense (Alfonso Parras y Carmona pasaban por Madrid, camino de Bilbao, en la Navidad del 69, cuando, recién casado, me encontraba allí con mi esposa de viaje de novios).

En ese foro de la Diputación, un día, me encontré con que me había regalado un cuadro, que hoy cuelga en mi despacho. Presentaba sus lienzos una pintora alcalaína, Lola Montijano. Comenté con mi padre que uno de sus cuadros, un paisaje urbano muy rico en materia y de una fuerza increíble, me recordaba la cafetería Ferreira, de Alcalá la Real, localidad en la que, en otoño del sesenta y tres, serví mi primera escuela. Él lo comentó con Lola. Acabó la exposición y, como Carmona solía encargarse de controlar, entregar y, a veces, llevar y cobrar los cuadros vendidos, al ver el punto rojo en aquel, preguntó a la autora que a quien había vendido el cuadro.

– *Este es para tu hijo* –le dijo ella, sin más explicaciones.

No nos conocíamos; pero más adelante sí que lo hicimos y pude personalmente agradecerle su regalo.

De aquellos años y de la dedicación de mi padre a sus amigos pintores, o a los pintores que, tan sólo por serlo, él los consideraba amigos, también conservo gratos recuerdos, aunque no tan abundantes, puesto que viví en Granada y mi vida ya discurría por otros vericuetos. No obstante, bastantes cartas testimonian su relación con quienes no vivían en Jaén. Con algunos hizo de mediador u hombre bueno, porque los chispazos, celillos, rivalidades... no son extraños en el mundo de los artistas.

Es muy abundante la nómina de aquellos a los que, sobre todo en estos años a los que ahora me refiero (68 al 74, más o menos), Carmona les monta exposiciones, les hace de desinteresado representante, les gestiona sala y fechas, les cobra y remite importes de ventas si no vivían en Jaén, los anima a seguir o, en su caso recuerdo, le compra un cuadro a precio de catálogo para que de ello descuente su trabajo y con el resto pueda el hombre pagar la factura del hotel Comercio, el de la calle Hurtado, porque durante la exposición no se había vendido ni uno. Con casi todos siempre mantuvo una cordial y desinteresada amistad y, con algunos de los que no residían en Jaén, una abundante correspondencia que, quizás, alguna vez mereciera algún comentario específico. Además

sirvió de puente para que alguno encontrara un apoyo en Valencia, en Bilbao, en Granada..., para montar exposiciones en tales ciudades. Sus ganchos, en estas tres ciudades, fueron Pepe Cózar, Ramón Blanco y Lola Montijano, respectivamente.

En fin, de esa larga nómina, parte de la cual he mencionado antes, de la que en la familia quedaron algunos recuerdos, y sin ánimo de exhaustividad ni orden ni concierto, citemos a Vicente Mora; a Gunter Parkincher, que se casó con una villariega; a Marcelo Góngora; a Luis Orihuela; a López Morelló; a Rufino Martos; a Gloria Merino; a Pedro Palenciano; a Alcalá; a Diego Marcos; a José Horna; a Aldehuela; a Ramón Lendínez; a E. de la Parra; al granadino Maldonado; a María del Río; a Pilar Redondo; a Antonio Moyano; a Hörgat; a Carmelo Palomino; a Manolo Kayser; a Criado Sola; a Miguel Sánchez; a Fernández Barba; a González; a José Parra; a José Ramos; al malagueño Arturo; a Francisco Carrasco, un pintor granadino, hijo adoptivo de su ciudad y del que siempre colgó en mi casa una pequeña marina, con un velero, que fue el primer regalo que un pintor hizo a mi padre, allá por el cincuenta...

No es extraño que, aun hoy, si alguno de los dos hijos que quedamos vivos conecta con alguno de estos innumerables pintores y de muchos otros más jóvenes o no recordados en los momentos en que escribo estas líneas, se nos haga un nudo de emoción al escuchar siempre las mismas o similares frases de recuerdo: *Fue un amigo de todos. Echó una mano a quien se lo pidiera. Una persona inolvidable...*

Y, lo más curioso de todo. Se pasó de buena parte de su vida entre pintores, en sus exposiciones, en sus estudios... Y, a pesar de que dibujaba muy aceptablemente, nunca intentó pintar ni un solo cuadro.

Espadas y copetazos

Ángel Aponte Marín

Los giennenses del siglo XVII eran aficionados a las armas. Había poderosas razones que explicaban este hecho. En primer lugar por una cuestión de mentalidad y por lo general aceptación de los valores aristocráticos. La espada era símbolo del caballero y estaba al alcance de cualquier vecino por unos pocos reales. Sin que leyes y normas impidiesen de manera eficaz su posesión y ostentación, como ocurría en otras partes de Europa. También tenían peso ciertos hábitos igualitarios, muy de la novísima Castilla, como se llamó a Andalucía. Si los hidalgos ceñían espada no había razón para que no pudiesen hacer lo mismo los buenos hombres llanos de Jaén, gente honrada, cuyos abuelos habían vivido en la arriscada libertad de la frontera de nuestro otoño medieval. Espadas recibían los aprendices al acabar su formación en casa del maestro y espadas llevaban los regidores y alcaldes de los pueblos en los domingos de Ramos. Que en esto no iban a ser menos los magistrados lugareños que los grandes y títulos del Reino o que los linajudos caballeros veinticuatro de Jaén.

En segundo lugar, había otras razones nada ornamentales o simbólicas. Hay pruebas sobradas de que los vecinos de Jaén no sólo portaban armas sino que las utilizaban cuando era menester. Considere el lector las circunstancias de Jaén de la época: una ciudad con más de 20.000 habitantes, muchos de ellos varones, jóvenes o viejos, puntillosos, fácilmente irritables, de escasa paciencia y poco dados a resignarse ante ofensas reales o imaginarias. Cada cual tenía que proteger la honra, la bolsa y la vida con sus propios medios, de una manera activa, en una época en que la seguridad pública dependía de unos pocos alguaciles, paniaguados de los corregidores, mal pagados y peor dispuestos, frecuentemente impopulares y dados a corruptelas. Modestos dependientes, a fin de cuentas, a los que un miembro del Ayuntamiento, a finales



del siglo XVI calificaba como «polilla de la república», y que difícilmente podían garantizar el orden. Sobre todo por la noche, en calles oscuras y descampados en los que eran frecuentes, en palabras de los regidores, «las ofensas a Dios» y otros desafueros. Hubo sin embargo casos de tipos bragados, como debió de ser el alguacil mayor don Lucas Manuel de Velasco, que vivió en el reinado de Carlos II, y del que más adelante me ocuparé. Todo esto explica la abundancia de estocadas, golpes de espada, dados de plano, sobre cabezas y narices, piquetes, chirlos, molledos dañados y demás lesiones, mortales o no, que se llevaban por delante «cuero, carne y güeso», que así lo especificaban, con gran realismo, los escribanos en sus testimonios. No estará de más recordar que, en más de una ocasión, se prohibió a los regidores de Jaén participar en los cabildos con armas defensivas y ofensivas, para evitar escándalos y desgracias y que recurriesen al acero para solventar votaciones y controversias. Felipe IV y su Real Consejo de Hacienda, que no sabían ya de donde sacar un maravedí, decidieron en 1663 acrecentar una regiduría en todas las ciudades y villas de la Corona de Castilla, con los privilegios de que sus titulares pudiesen nombrar tenientes para su ejercicio y asistir a los Ayuntamientos con espada al cinto. En Jaén compró uno de estos oficios don Alonso de Moya, aunque tuvo que renunciar a tales ventajas para no malquistarse con el resto de los caballeros del gobierno municipal, inflexibles hasta niveles obsesivos en cuestiones protocolarias.

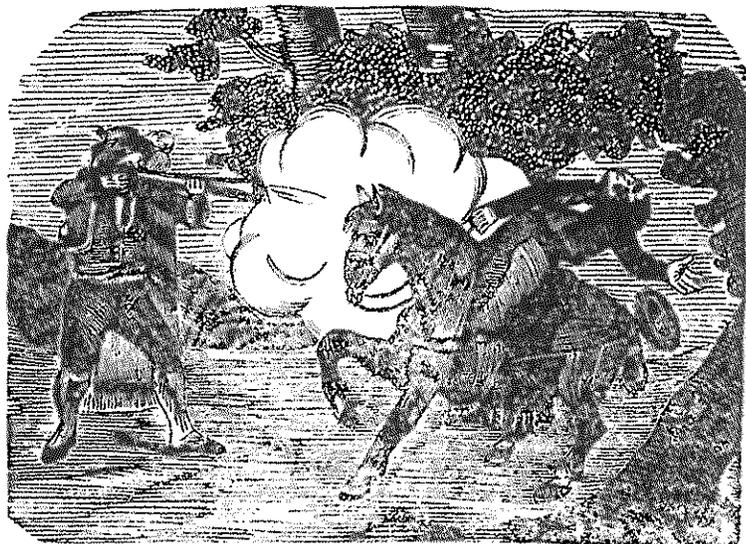
A la práctica ausencia de prohibiciones, o a la tolerancia de hecho, respecto a la posesión de armas, hay que añadir que las espadas resultaban bastante baratas y que por un módico desembolso se podían adquirir junto a un vistoso tahalí, unos tiros y una aceptable daga. Cual-



quier hijo de vecino podía pasear, de esta manera, razonablemente pertrechado y tocado con chambergó, por calles y plazas, y hablar con otros de la baja del vellón, de las mañas para burlas el pago de la alcabala por la Puerta Barrera y del gobierno del mundo y sus monarquías. Con todo, se prohibió portar espadas de noche por razones obvias, aunque creo que sin demasiado éxito, como dispuso en 1626 el corregidor don Andrés de Godoy y Ponce de León, tal como nos muestra Pedro de Jaén en sus *Papeles Viejos*.

Menos abundantes eran las armas de fuego, más caras y difíciles de adquirir. Además los arcabuceros debían de ser artífices muy meritorios y nada corrientes. Sabemos de algunos que hicieron de relojeros y de cerrajeros, quizás por

su pericia en fabricar, ajustar o reparar mecanismos de cierta complejidad. Un arcabucero que trabajó en Jaén, a mediados del siglo XVII fue Alfonso de Torres. Da la impresión de que los vecinos poseían y conservaban estas armas con cierta discreción. Quizás por la severidad de las leyes reales en lo referido a su posesión. Especialmente en las armas cortas. Podemos citar, entre otros, dos ejemplos: en 1653 un vecino de Jaén llamado Andrés Martínez fue condenado a una multa y a servir al Rey durante tres años en Melilla «por aver sido aprehendido con una pistola corta» y en 1664 Juan Escribano estaba en la Cárcel Real «sobre averle aprendido un pistolette en las casas de morada». Los poseedores de arcabuces tenían además las requisas en los repetidos intentos de organizar la Milicia, o con motivo de los socorros ante los ataques ingleses a Cádiz, como ocurrió en 1596 o 1625. En estas ocasiones el Cabildo de Jaén tuvo verdaderos problemas para conseguir equipar decentemente



a dicha fuerza. A todo esto se añade el hecho de que, ya de vuelta de tales jornadas, los soldados se presentaban en Jaén sin los arcabuces, bien porque los había retenido el duque de Medina Sidonia, para armar los contingentes de reserva, o por haberlos perdido en el camino, y cabe pensar que con explicacio-

nes confusas y poco convincentes. En el Cabildo se comentaba que algunos milicianos se los quedaban y los mantenían ocultos en sus casas, para su uso privado. Por ejemplo para cazar. De esta actividad puedo aportar un dato de 1601, cuando la *Ciudad cometió a Juan de Soria, veinticuatro, escriba al señor Antonio de Talavera a la Corte para que en esta ciudad se haga diligencia, suplicando a Su Magestad se provea por pragmática y dé provisión para que no se tire a la caça al buelo ni haga perdigones, atento al gran daño que se hace y será acabar la caça*. Me permito además otra noticia, ésta de Huelma, donde en 1607 aparece un vecino, un auténtico desalmado aunque por otras razones que no vienen al caso, y que tenía *por oficio ser cazador y caza con tiros de polbora y otras cosas*. Este dato prueba además, no sólo la arraigada tradición ca-

zadora de los giennenses, sino la difusión de las armas de fuego en gentes del más diverso lustre. También entre los clérigos, a pesar de las prohibiciones de las autoridades eclesiásticas, que impedían a los de dicho estado y condición la posesión de armas y la caza con perros y ojeadores, la llamada caza clamorosa. A pesar de todo, era notorio en la ciudad, no pocos ilustres ordenados tenían buenas armas en sus casas. De un probable accidente de caza fue responsable un clérigo de órdenes menores llamado don Rodrigo de Quesada, vecino de Linares pero creo que natural de Jaén, que hacia 1661 le propinó una «perdigonada de arcabuz» a un tal Alonso Bautista, con tan mala fortuna que «estaba totalmente ympedido y ciego del un oxo y del otro algo ympedido», aunque «no le rompieron la niña ni cosa alguna». Al final las cosas se arreglaron, mal que bien, con una indemnización de 70 ducados. Otro hombre de Iglesia, de finales del siglo XVII, prior en Baños de la Encina y que por sus apellidos debía de estar emparentado con un conocido escribano de Jaén, era don Melchor Blanca de la Cueva, propietario de una pistola, con un cañón de cuatro palmos *con sus volsos para la munición y una taleguilla para la pólvora*, que seguramente, no empleaba para ir al cuco, en las soleadas tardes de febrero de Sierra Morena. Confirma todo lo anterior el suceso narrado por don Luis Coronas Tejada, en el que unos frailes encolerizados, procedentes de varios conventos de Jaén, hicieron comunidad para liberar a un condenado a muerte y *enbistieron todos los unos con espadas, otros con pistolas y otros con dagas*. Y no faltaban los que decidían abandonar la regla y las austeridades conventuales para dedicarse a la vida libre y aventurera, en fragosidades y despoblados, como aquel fraile del que habla Jerónimo de Barrionuevo en sus *Avisos*, en los últimos años del reinado de Felipe IV, que *dio consigo en Sierra Morena, donde esta ahora acaudillando una gran tropa de aquella buena gente que sale a los caminos a pedir limosna con los cañones reforzados*.

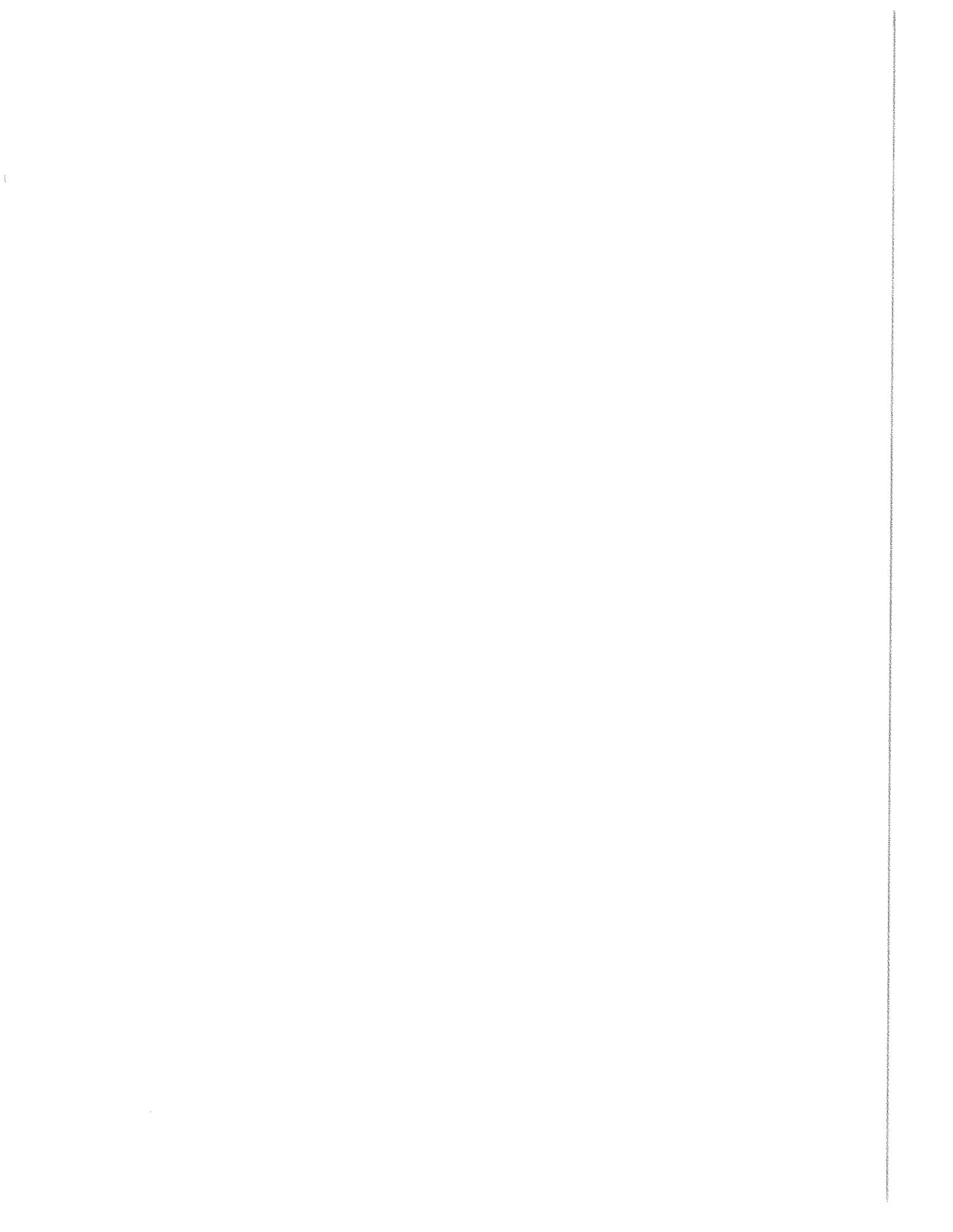
Las fuentes notariales mencionan con frecuencia la existencia de escopetas de diverso tipo, arcabuces, carabinas y *bocas de fuego cortas*, pistolas con *sobrepuestas de plata* y pistoletos de fabriquera. Armas, en resumen, que podían ser persuasivas como la de aquel trabuco de un bandolero famoso, cantado por los ciegos en los romances *que a un pedrero se le iguales / era de bronce y tan grande / que le cabía una naranja*. De mayor calibre era las regentadas por el jurado Salvador Caro de Rojas, un reputadísimo artillero que, en 1624 y en honor de Felipe IV, disparó unas salvas desde el castillo de Santa Catalina, cuando su visita a Jaén, jornadas de las que dejó una espléndida descripción don Rafael Ortega y Sagrista. Otro detalle a tener en cuenta es el alto precio de la pólvora, más de 3 reales la libra hacia 1600, un producto cuyo tráfico estaba intervenido por la Corona. A pesar de todo, a finales del XVI había

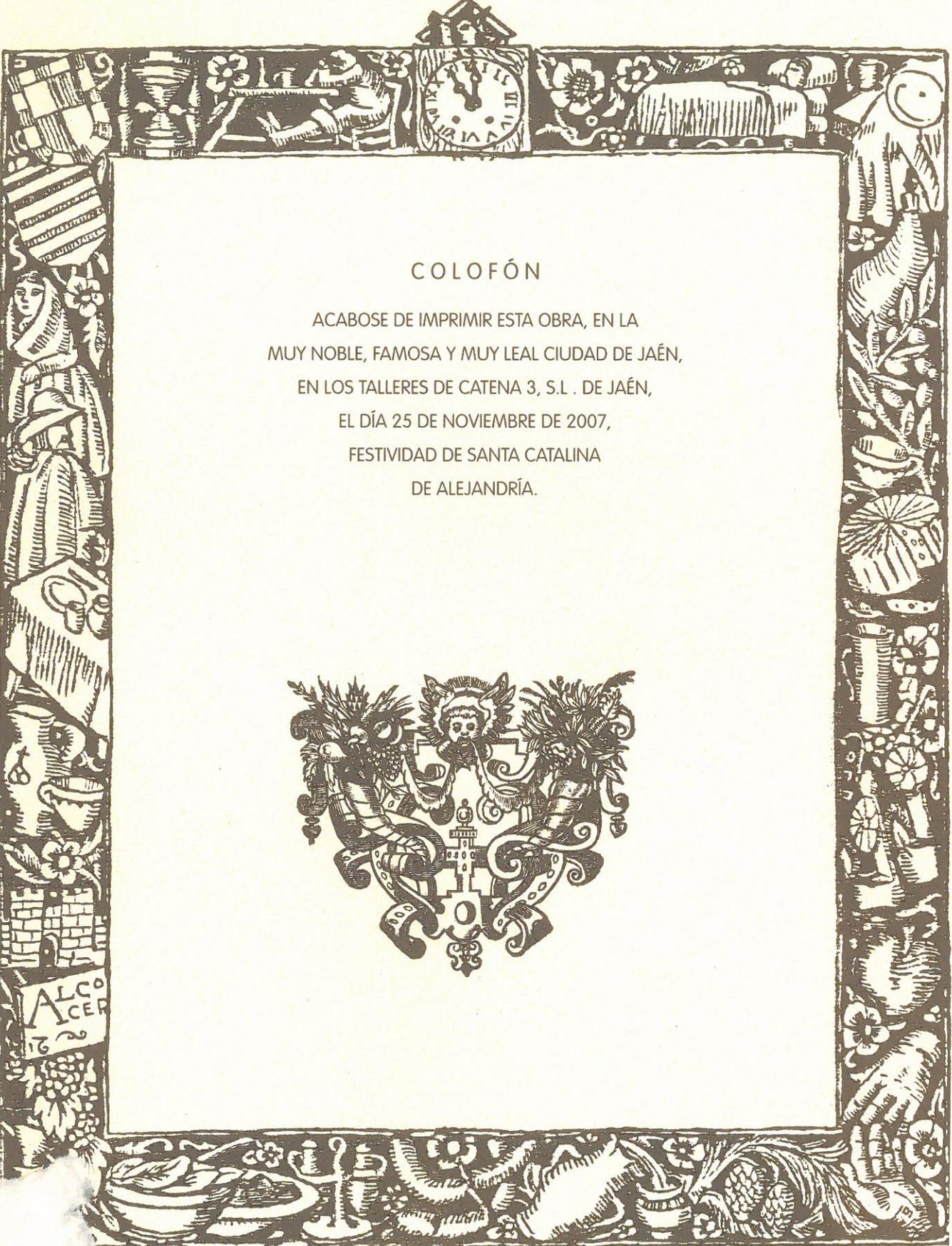
un vecino de Pegalajar llamado Luis de Quesada que la fabricaba de manera ilegal, a pesar del asiento que polvoristas de Granada habían concertado con la Real Hacienda.

Las armas de fuego supusieron un cambio cualitativo en las formas de violencia. Es posible que todavía en el siglo XVII una buena estocada fuese más de temer que un pistoletazo. Hay que tener en cuenta que, según los que de estas cosas entienden, en tiempos de Napoleón los cartuchos fallaban uno de cada seis, esto en condiciones óptimas, y uno de cada cuatro con tiempo húmedo o en combates prolongados. A cierta distancia las posibilidades de marrar el tiro se multiplicaban, un 95% si se disparaba a unos cien metros. Otra cosa ocurría con los disparos a bocajarro, como tendré ocasión de referir. No nos debe sorprender por tanto que el arcabuz, la carabina y la escopeta aparezcan con profusión en las causas criminales del XVII giennense. Escopetazos para resolver asuntos particulares y también contra recaudadores de millones, para alejar compañías de soldados mal recibidas en sus alojamientos, espantar rebaños y solventar diferencias en deslindes de tierras. A carabinazos fueron perseguidos un escribano y un contador en 1667; el veinticuatro de Jaén, don Gil de Ballartas, fue amenazado con una escopeta por unos airados labradores de Torredelcampo en 1665 y, muchos años antes, en 1617, los de Huelma trataron de arcabucear a don Alonso de Guzmán y Quesada, que trataba de poner orden en los linderos de Matabegid.

Un episodio que debió de tener una gran repercusión fue el ocurrido en 1681. El suceso se publicó en 1914 en *Don Lope de Sosa*, donde viene bien narrado. Después fue recogido por nuestro amigo José García en su obra sobre cuentos y tradiciones de Jaén. Todo comenzó cuando el alguacil mayor don Lucas Manuel de Velasco entró en una casa donde se sospechaba, y con fundamento, que se refugiaban gentes de mal vivir y de mucho cuidado. Cuando el alguacil se lanzó con decisión a detener a los hampones recibió un trabucazo, disparado a una distancia de cuatro pasos, y fue alcanzado por cinco balas. Milagrosamente salvó la vida gracias a un relicario de Nuestro Padre Jesús que recibió los impactos y que, además, conservó íntegro el cristal que resguardaba dicha imagen. Todo esto se consideró un milagro y se hizo la correspondiente información por decisión del provisor don Juan de Quiroga y Velarde, de la que se conservaban copias, según dicho artículo, en el convento de los carmelitas y en el Obispado. El que esto escribe leyó, hace ya unos veinte años, una escritura del escribano Ramos de Ulloa que confirma el suceso, aunque no menciona suceso milagroso alguno, de manera que el 25 de mayo de 1681 don Lucas Manuel de Velasco *estando de presente erido y a peligro de muerte de un carabinazo que me dieron* afirmó no poder testar, y dio poderes al corregidor de Jaén don José Francisco de Aguirre

para que le preparase la sepultura, nombrándole además albacea y *por mi eredero porque así es mi voluntad*. Actuaron como testigos los cirujanos Jacinto de Arteaga, Antonio González Bazán y Cristóbal de Ureña, que podían dar cuenta de la situación del alguacil mayor que *por la gravedad de las eridas no firmó por no poder firmar y firmó a su ruego un testigo*.





COLOFÓN

ACABOSE DE IMPRIMIR ESTA OBRA, EN LA
MUY NOBLE, FAMOSA Y MUY LEAL CIUDAD DE JAÉN,
EN LOS TALLERES DE CATENA 3, S.L. DE JAÉN,
EL DÍA 25 DE NOVIEMBRE DE 2007,
FESTIVIDAD DE SANTA CATALINA
DE ALEJANDRÍA.



ALCO
ACER



25

Noviembre

2006